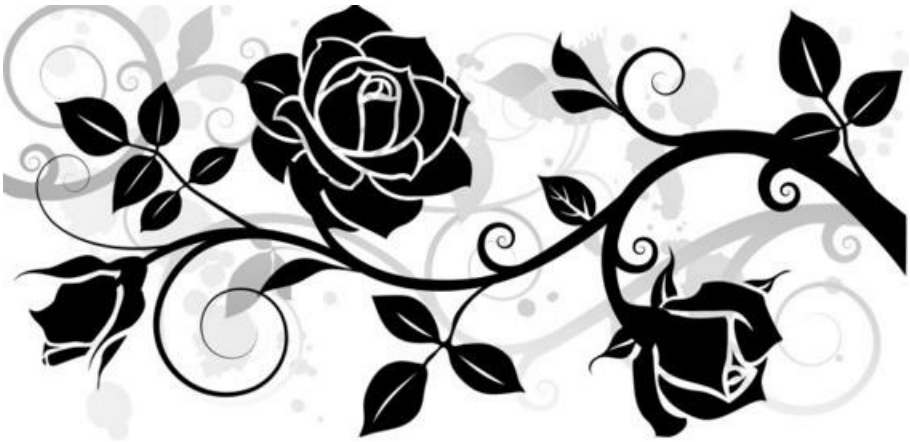
CLARA ANN SIMONS

A VECES, ES IMPOSIBLE
IGNORAR QUIÉN ERES



UN PASADO CON ESPINAS

Un pasado con espinas



Clara Ann Simons

Un pasado con espinas
Clara Ann Simons

Copyright © 2024 Clara Ann Simons.
Todos los Derechos Reservados.
Registrado el 1/02/2024 con el número **2402016823822**

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.
La portada aparece a afectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.
Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

Twitter: @claraannsimons1
Instagram: claraannsimons
Tiktok: @claraannsimons

Me gustaría agradecer la ayuda de Maysun Halah Bañón y Carmen Colorado Ferreira por su infinita paciencia mientras escribía este libro. Sin ellas, el resultado no habría sido el mismo.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Otros libros de la autora

Capítulo 1



Crow

Al salir de prisión, me aseguraron que ante mí se abría una nueva vida. Pero, cada noche, en mi apartamento, la ansiada libertad se parece más a un arresto domiciliario. Tan solo encuentro soledad y puertas cerradas a mi alrededor.

Nadie quiere contratar a una expresidiaria.

El aire de la noche parece pesar mientras me dirijo a mi apartamento. Camino aprovechando las sombras, más por la fuerza de la costumbre que por necesidad. Por mucho que me repita a mí misma que ya no tengo nada que temer, que todas mis deudas con la justicia están saldadas, no puedo evitar que mis sentidos estén en alerta. Supongo que los viejos instintos nunca desaparecen del todo.

Crecí en estas duras calles. Aquí aprendí a sobrevivir y, aun así, tras ocho años entre rejas, ahora me parecen un paraje extraño. Anhelo el refugio de mi pequeño apartamento. En la soledad, nadie me etiqueta, mi pasado no me persigue. Puedo ser yo misma.

Ojalá la vida fuera tan fácil.

Resulta extraño. La libertad no me ha traído la paz que esperaba. Me siento todavía encadenada. Quizá ahora, no por las normas de la prisión, sino por los prejuicios de una sociedad que se niega a aceptarme. Un sistema en el que el pasado pesa más que el presente.

Te dicen que la cárcel está hecha para la redención, pero su estigma te persigue como un castigo perpetuo. Cada solicitud de trabajo es rechazada al instante. Las miradas incriminatorias, el miedo en sus ojos, me indica que jamás podré escapar a los pecados de mi juventud.

Con cada paso sobre las gastadas escaleras de mi edificio el suelo de madera cruje bajo mis pies. Cada pisada se hace eco de la realidad. Estoy sola. No tengo familia y mis amigos desaparecieron durante mis ocho años en prisión. Las frías paredes del apartamento encierran mi soledad.

—Mierda —mascullo para mí misma al observar un ligero movimiento a mi derecha.

Una figura surge entre las sombras e, instintivamente, giro sobre mis talones para escapar. Debo evitar cualquier tipo de enfrentamiento mientras estoy en libertad provisional.

—¡No te muevas, Crow!

La orden me congela en el sitio. Han pasado ocho largos años, pero reconocería esa voz en cualquier lugar. Me ha perseguido en demasiadas pesadillas.

—Detective Isabella Álvarez. ¡Cuánto honor! —bufo, desviando la mirada.

—¿Me has echado de menos, Crow?

—Mi nombre es Angie, no Crow. Últimamente, no echo de menos a nadie, pero a ti no te echaría de menos aunque fueses la última persona sobre la faz de este jodido planeta —respondo, chasqueando la lengua con desdén—. ¿Por qué merodeas por esta zona?

La detective Álvarez se acerca y la luz de la luna se refleja en sus ojos negros. Siempre pensé que era muy injusto que una zorra como ella tuviese unos ojos tan bonitos.

—Quiero hacerte unas preguntas.

La observo con detenimiento. La mujer que tengo ante mí no parece la misma que me dio caza hace ocho años. La que se enfrentó a mí en el tribunal, recitando con desdén mis delitos ante el juez. Sus rasgos parecen haberse suavizado ligeramente.

—No tenemos nada de que hablar. Creo que te equivocas de persona —espeto, clavándole la mirada en modo amenazante.

—Acompáñame a comisaría. Tengo un coche patrulla esperando —insiste.

—¿Estoy detenida?

—¿Quieres estarlo?

—Dime al menos de qué se trata —protesto, alzando los ojos y dejando escapar un largo soplido.

Mi cabeza es un avispero de ideas. Una parte de mí me recuerda que debo colaborar, o las consecuencias serán aún peores. Pero es una parte muy pequeña. El resto se acuerda demasiado bien de la zorra que tengo frente a mí. La misma que me persiguió de manera incansable durante años hasta meterme entre rejas, como si su propia vida dependiese de ello.

—¿Te suena de algo? —pregunta, enseñándome la fotografía de un asesinato.

—No conozco al muerto.

Trato de disimular, pero un escalofrío recorre todo mi cuerpo al observar la rosa negra que el asesino ha colocado junto al cadáver. La conozco muy bien, una “Black Baccara”, yo misma solía dejar una de ellas en cada uno de mis golpes. Por aquel entonces, para mí simbolizaba la belleza dentro de la oscuridad. La elegancia dentro del caos.

—No me vas a meter en esto —mascullo.

—Te guste o no, ya estás metida. Hasta el cuello, así que es mejor que colabores, Crow —insiste la zorra en su habitual tono autoritario y me trae recuerdos que preferiría olvidar para siempre.

Mis instintos toman el control y, con un fuerte empujón, la aparto de mi camino. Corro escaleras abajo y salgo del portal con toda la velocidad de la que soy capaz.

No dejo gran cosa en mi apartamento, aunque lo echaré de menos. Aun así, aquí se acaba cualquier oportunidad de una nueva vida. Supongo que para gente como yo, la libertad es tan solo una quimera, una mentira del sistema.

Otra más.

La detective Álvarez vuela tras de mí, sin duda está en forma, quizá siga boxeando, pero a mis piernas las impulsa la desesperación de un animal salvaje que busca la libertad.

Recorro unos callejones que conozco bien, giro a la derecha por una calle sin iluminación y, cuando estoy convencida de que por fin la he perdido, me intercepta un coche patrulla.

—¿Por qué siempre tienes que hacerme correr, Crow? —protesta la detective, tratando de recuperar la respiración.

—¿Por qué siempre me persigues? Y parece que no me esperaba un coche patrulla, había varios —gruño, mis piernas todavía temblando por el esfuerzo.

—Te he llegado a conocer bastante bien antes de que entrases en prisión. Ahora, por favor, acompáñame a la comisaría. De momento no estás detenida, pero vas camino de ello como sigas así —indica, abriendo la puerta del coche patrulla y colocando una mano sobre mi cabeza para meterme dentro.

—¿Y las esposas?

—Son tan solo por precaución. Contigo nunca se sabe —espeta, alzando las cejas.

¿Ha dicho “por favor”? Por una décima de segundo he tratado de escudriñar sus ojos en busca de cualquier indicio de engaño, pero no he encontrado nada.

Me revuelvo en el asiento trasero del coche de policía. Mis instintos me gritan que intente huir en cuanto abran la puerta, que proteja la frágil libertad que ahora poseo, pero eso significaría pasar el resto de mis días como una fugitiva. He intentado con todas mis fuerzas alejarme de mi antigua vida, aunque parece que el destino tiene otros planes y cuanto más trato de alejarme de ella, más fuerte tira de mí.

Las esposas me rozan las muñecas. Mantengo la cabeza gacha, una costumbre desarrollada en la cárcel, donde era mejor evitar la mirada de los guardias. Lo odio. Me molesta que me traten como a un animal peligroso, como a alguien de quien se debe desconfiar a toda costa.

Me recuerda demasiado a cuando nos llevaban de la celda al patio en la prisión de máxima seguridad. Siempre controlando, de continuo restringiendo cada uno de nuestros movimientos. Juré que nunca volvería a sentir eso, que lo dejaría atrás para siempre.

En cambio, aquí estoy de nuevo, bajo custodia policial, despojada de mi precaria libertad a pesar de no haber hecho nada malo.

Capítulo 2



Crow

—Trata de mantener la calma y no des problemas —escupe la detective Álvarez, inclinándose hacia mí de manera discreta.

Mantener la calma. Me muerdo la lengua para no contestar, no quiero montar una escena en medio de una comisaría, sé que seré yo la que salga perdiendo. Aun así, cuando llegamos a la sala de interrogatorios, incluso con las manos esposadas, me apetece pegarle un cabezazo y romperle esa bonita nariz.

La iluminación es dura. Hacía años que no pisaba una de estas salas y no han cambiado mucho. Conozco bien el proceso, todo está preparado para que te rompas, para que acabes confesando incluso crímenes que no has cometido.

La detective se acomoda frente a mí en una silla de metal que cruje contra las baldosas del suelo al moverla. Extiende sobre la mesa varias fotografías de la escena del crimen.

—Terminemos cuanto antes, Crow. Ninguna de las dos queremos estar aquí más tiempo del necesario —masculla, señalando una de las fotos.

—¿Le conoces?

—Ya te he dicho que no —suspiro entornando los ojos.

Álvarez se aclara la garganta y ojea el expediente antes de seguir hablando.

—Hace aproximadamente cuarenta y ocho horas se descubrió el cadáver de ese hombre junto al canal. Una sola herida de bala en la cabeza, estilo ejecución —explica, deslizando sobre la mesa un informe policial para que lo lea.

Informe Policial Número 55498
El día 15 de mayo, a las 10:23 pm, el Departamento de Policía recibió una llamada anónima informando de un posible homicidio cerca del Canal Sur de la ciudad. Los oficiales Rodríguez y Thompson fueron los primeros en llegar a la escena a las 10:37 pm.
Al llegar, los oficiales encontraron el cuerpo sin vida de un hombre de origen hispano, tirado bocarriba cerca de la orilla. El sujeto presentaba una herida de bala en la parte anterior de la cabeza, aparentemente a quemarropa. No se encontró ningún arma ni casquillo de bala en la escena.
Los oficiales aseguraron el perímetro para el equipo forense e iniciaron la investigación.
El hombre fue identificado como Diego Ortega, de 32 años. No se encontró identificación en su cuerpo, pero se le logró identificar por las huellas dactilares.
Según el informe forense preliminar, la causa de muerte fue la herida de bala en la cabeza, la cual le habría causado la muerte instantánea. La zona del impacto presenta quemaduras de pólvora. No se encontraron otras heridas visibles en el cuerpo.
La escena y evidencia recolectada sugiere que se trata de un homicidio, dado el tipo de herida y circunstancias. No se descarta un ajuste de cuentas teniendo en cuenta las actividades ilícitas de la víctima.
Oficial James Rodríguez
No. Placa 45632

15 de mayo 2024

—Guau, no me jodas, ¿la evidencia sugiere que se trata de un homicidio? ¿En serio? Eso lo sabe hasta un niño de tres años.

—No te hagas la graciosa, Crow.

Señala de nuevo una de las fotos y, muy a mi pesar, mi vista se desvía hacia ella.

Los ojos sin vida del hombre me miran fijamente, con terror. La sangre y la masa encefálica salpican el mugriento pavimento que hay tras él. Pero no es la herida mortal lo que atrae mi atención. Acurrucada junto a su mejilla, casi colocada con cariño, está esa rosa negra que conozco demasiado bien.

—Una Black Baccara —susurro, empujando la foto hacia la detective Álvarez.

—Tu firma. La que dejabas cada vez que irrumpías en alguna propiedad privada. Por eso estoy aquí, hablando contigo en vez de disfrutar de una noche de viernes.

—Con ese carácter dudo que tuvieses muchos planes —murmuro entre dientes—. ¿En serio crees que le he matado yo?

—Digamos que ahora mismo eres una persona de interés para el caso. Tu historial es imposible de ignorar. ¿Puedes explicar dónde estuviste esa noche?

—¿La noche del miércoles? Follando en mi apartamento.

—Supongo que no tendrás la suerte de que alguien quiera corroborarlo —insiste, alzando las cejas.

—No creo que quiera venir voluntariamente a una comisaría —respondo, cruzándome de brazos de manera defensiva—. Por mí, podéis registrar todo mi apartamento. No os llevará mucho tiempo, ni te molestes en pedir una orden judicial.

—Crow, voy a ser buena persona y suponer, por el momento, que no has sido tú, sino que alguien está usando tu antiguo modus operandi —expone, sus ojos negros sondeando los míos—. ¿Quién más sabe lo de las rosas?

—¿Quién más sabe lo de las rosas? Te recuerdo que hace ocho años me hice bastante famosa gracias a ti. Ahora me llueven los contratos de trabajo.

—Supongo que ya no las cultivas.

—Llegas ocho años tarde, Álvarez.

—El equipo forense encontró algo en dos de los pétalos de la rosa y en el tallo —añade, levantando la vista para clavarme la mirada—. Restos de Ámbar gris.

—¿Debe sonarme?

—Es una sustancia que expulsan los cachalotes y puede llegar a costar entre 50.000 y 80.000 dólares el kilo —explica.

—Un abono un poco caro para una rosa negra.

—Se usa en cosmética. En perfumes muy exclusivos. Quien dejase ahí esa rosa usa un perfume que cuesta varios cientos de dólares —agrega, echándose hacia atrás y extendiendo los brazos por encima de la cabeza.

—Detective, en mis actuales circunstancias, tengo suerte de poder seguir utilizando desodorante, del barato. No creo que en estos momentos dé el perfil de alguien que lleva un perfume de varios cientos de dólares —me quejo, todavía preguntándome cómo esta mujer pudo darme caza hace ocho años si es medio idiota.

—Quizá lo robaste.

—Sí, claro. No tengo mejores cosas que hacer que jugarme volver a la cárcel por robar perfumes —protesto, chasqueando la lengua y poniendo los ojos en blanco.

—Yo solo sigo las pruebas —se disculpa.

—En la dirección equivocada. Si te fijas en la escena del crimen, la rosa ha sido colocada con cuidado, casi formando parte de un decorado junto con la sangre. Eso y el uso de un perfume tan caro nos indica que el sospechoso valora las apariencias: el lujo, la belleza. Es algo deliberado —le explico.

—De nuevo, vuelves a encajar en el perfil.

—¡Joder! ¡Déjame ver la foto!

—¿Esta?

—En digital, ¿la tienes en digital? Necesito verla ampliada —insisto.

La detective Álvarez hace ademán de levantarse, pero, de inmediato, vuelve a sentarse y niega con la cabeza, alzando las manos.

—Ah, no, no. No puedes tocar un ordenador. A saber las cosas que podrías hacer con uno de ellos conectado a la red de la comisaría.

—Hace ocho años que no hackeo ningún sistema, Álvarez. La tecnología ha cambiado mucho. Solo quiero ampliar la imagen por algo que he visto.

Tras meditarlo unos instantes, deja escapar un soplido y hace una seña a uno de sus compañeros a través del espejo de visión unilateral que hay frente a ella. Pronto, otro policía entra con una tablet en la que tienen almacenadas las fotografías del caso.

—¿En serio engañáis a alguien con esos espejos? Siempre quise preguntártelo.

—¡Céntrate, Crow! No me hagas perder el tiempo —ladra la detective.

—Amplía esa parte. ¡Mira, ahí! ¿Ves esa pulsera tirada en el suelo? Vale más de doce mil dólares. ¿La habéis recuperado como prueba? —pregunto, señalando una pequeña pulsera plateada, parcialmente cubierta por la hierba.

La cara de la detective Álvarez pierde el color al darse cuenta de la metedura de pata de sus subordinados. Me mira, abre la boca un par de veces como intentando decir algo, pero las palabras no salen de su garganta.

—¡Qué inútiles, joder! —indico, llevándome las manos a la frente—. Y lo digo con todo el respeto del mundo, ¿eh? Vale, no pasa nada, no sé si merece la pena volver, porque alguien la habrá cogido ya. Una pena, seguramente contendría huellas que os llevarían al asesino. En cualquier caso, esa pulsera solo se vende en dos tiendas de la ciudad. ¡Qué suerte el que se la haya encontrado tirada en el suelo!

—Y lo sabes, ¿por?

—Me ofrecieron dar el golpe en una de ellas hace tres semanas. Pero lo rechacé, te lo juro, no quiero nada con mi antigua vida —me apresuro a responder, alzando las manos en señal de rendición y señalando con la barbilla a las esposas que todavía tengo en mis muñecas.

La detective Álvarez sale de la sala de interrogatorios como una exhalación e, incluso a través de la pared, puedo escuchar sus gritos mientras recrimina a los dos agentes que aseguraron la escena del crimen, dejando la prueba fuera del perímetro.

—Mira, creo que es mejor que me dejes colaborar en el caso. No hace falta que me paguéis, bueno, si queréis hacerlo, no me voy a quejar y…

—Pensaba que no querías nada con la policía y por eso te escapaste corriendo.

—Eso era antes de saber que hay un asesino que deja como firma la misma variedad de rosas que yo hace ocho años. O resolvéis el caso o me veo de vuelta en prisión, pero con muchos más años de condena —agrego, negando lentamente con la cabeza.

—¿No confías en que le pillemos?

—¿Sinceramente? No.

—Preferiría cortarme un dedo antes que trabajar contigo —susurra la detective, inclinándose hacia delante y separando cada sílaba, como si quisiese que sus palabras se me graben en la memoria—. Ahora, lárgate y no andes muy lejos. Algo me dice que volveremos a vernos muy pronto, Crow.

—Angie, me llamo Angie, ya no soy Crow —murmuro antes de salir por la puerta.

Capítulo 3



Isabella

A solas en mi despacho, mientras reviso una y otra vez el expediente, no consigo dejar de pensar en Crow. Su innegable belleza, salvaje y peligrosa, vuelve a atraparme como lo hizo hace ocho años.

Sé que es un sentimiento irracional. Es una delincuente de la peor calaña. Ladrona, hacker, quién sabe si también algo más. Aun así, esos penetrantes ojos azules, ese aire indomable… joder, son imposibles de ignorar. Me gustaría pensar que tras su paso por la cárcel se ha reformado, pero, sé por experiencia que la gente como ella rara vez lo hace.

Atraparla hace años fue una auténtica pesadilla. Siempre íbamos un paso por detrás. Recuerdo que hasta soñaba con esa mujer. Una mezcla de desprecio y admiración.

El aroma a lujo me atrapa en cuanto entro en la exclusiva boutique de la que salió el perfume utilizado por el asesino y quizá también su pulsera.

Me recibe un hombre de unos sesenta años, pelo cano, impecablemente vestido. Me escruta de arriba abajo con mirada inquisitiva, como queriendo discernir si vengo a comprar algo o simplemente a curiosear. Sonrío para mis adentros al darme cuenta de la ironía. Estoy persiguiendo a un asesino que es capaz de gastarse casi la mitad de mi sueldo en colonia… o mi sueldo de varios meses en una pulsera.

—¿Busca algo en especial? —inquiere en un tono de voz bajo, arreglándose el nudo de la corbata.

—Detective Isabella Álvarez, de homicidios —saludo, enseñando la placa—. Necesito hacerle algunas preguntas.

El hombre no se molesta en disimular su disgusto. Alza una sola ceja con precisión, como si pretendiese, con ese simple gesto, demostrar que está por encima de mí.

—¿Sobre qué? —pregunta por fin—. Estoy especialmente ocupado esta mañana —agrega.

Miro alrededor. No hay ni un solo cliente. Por el tipo de productos que venden, no creo que haya estado muy ocupado en toda su vida. El altísimo precio tan solo se lo pueden permitir unos pocos privilegiados.

—Estoy interesada en una pulsera de hombre en oro blanco y brillantes de una conocida marca francesa. Más que en la pulsera, en la persona que la compró.

—Siempre estoy dispuesto a colaborar con la policía, detective Álvarez, pero comprenda que trabajamos con clientes muy selectos, personas que valoran su privacidad y…

—¿Le suena esta pulsera? —interrumpo, enseñándole la fotografía ampliada.

—Ah…

—Ah, ¿qué? ¿Le suena o no le suena? —insisto.

—Este caso es diferente. Muy diferente. Recuerdo bien al hombre que la compró —admite, de nuevo, arqueando una sola ceja al observar la fotografía—. No es el tipo de cliente habitual.

—¿A qué se refiere? —presiono.

—Verá, detective. Nuestros clientes tienen un cierto, *je ne sais quoi*, un toque especial

de elegancia que va más allá del dinero, por eso eligen nuestra boutique. Ese hombre, desde luego, estaba muy lejos de tenerlo, por mucho dinero que estuviese dispuesto a gastar.

—¿Podría hablar claro? —protesto.

—Su aspecto distaba mucho de ser elegante, más bien parecía… peligroso. Digamos que se asemejaba más un matón que a un *connoisseur*. Carecía por completo de refinamiento.

—¿Podría describirlo con más detalle? ¿Era grande? ¿Tipo de peinado?

—Muy grande. Diría que aproximadamente un metro y noventa centímetros de puro músculo. Cabeza rapada. No es un hombre que pueda pasar desapercibido y menos en una tienda exclusiva como la nuestra. Quizá lo más llamativo fuese un enorme tatuaje de una serpiente. Empezaba justo debajo de su oreja y se extendía por todo el cuello y parte de la cabeza. También un horrible anillo de oro en el dedo meñique, algo sin clase —explica el encargado de la tienda, chasqueando la lengua con un claro gesto de desdén.

—Supongo que no tiene más datos, nombre, dirección. Imagino que no utilizó tarjeta de crédito.

—No, pagó en efectivo. Doce mil dólares en billetes. ¿Se imagina, detective?

—Lo que trato de imaginarme es por qué no tomó sus datos. Como sabe, está obligado por ley a informar al IRS de cualquier transacción por encima de los diez mil dólares en efectivo —le recuerdo.

El encargado de la tienda deja escapar un largo suspiro de resignación y su mirada parece cambiar. Es como si pronto se diese cuenta de que podría meterse problemas por ignorar las leyes federales sobre blanqueo de dinero.

—Era una mañana muy atareada, detective. Apenas tuve tiempo para nada —se disculpa —. Le juro que cuando quise darme cuenta ya se había marchado.

—No sé por qué no me sorprende. ¿Cuánto hace de esto? ¿Se acuerda? —le corto, intentando mantenerle centrado.

—Hará unos quince días, aproximadamente. Como le digo, un tipo así no pasa desapercibido. Respiré en cuanto abandonó la boutique.

***

Regreso a la comisaría enfadada. Si el imbécil de la boutique hubiese hecho su labor, ahora mismo quizá podríamos tener los datos del asesino. Tenía la esperanza de que su descripción nos permitiese identificarlo, pero, o bien se ha hecho ese tatuaje hace poco, o se esconde muy bien. No tenemos a nadie en las bases de datos que encaje con esos rasgos.

Aun así, mi enfado no es nada en comparación con el que experimento en cuanto el jefe me llama a su despacho.

—De ninguna manera pienso colaborar con esa delincuente —espeto, alzando la voz.

El jefe Davis no pierde la calma. Levanta lentamente la vista de su escritorio, su expresión pétrea.

—No es una petición, detective Álvarez. Te estoy dando una orden.

—Es una delincuente que acaba de cumplir ocho años en prisión. Ni siquiera sabemos si está involucrada en el asesinato. Lleva su firma —grito, golpeando la mesa con ambas manos y provocando que mi jefe me lance dagas con la mirada.

—Ella es la principal interesada en que el asesinato se resuelva o puede verse envuelta. Si ha formado parte del caso, mucho mejor tenerla cerca. Prefiero que piense que confiamos en ella y tenerla localizada, que escondida en algún lugar donde no podamos encontrarla. Te recuerdo que Crow es capaz de vivir totalmente fuera del sistema, sin dejar rastro.

—Jefe, no se puede confiar en ella. La conozco bien y…

—¡Ya basta, Álvarez! —ladra mi superior, alzándose de la silla y lanzándome una mirada amenazante.

—Pero, señor…

—Es una orden, detective. O la cumples o me entregas la placa y la pistola ahora mismo. Limítate a tener a esa tipeja bien atada para evitar que nos cause problemas.

—Increíble —mascullo para mí misma.

Aprieto los puños, desesperada por golpear algo, pero una nueva orden del jefe me saca de mis pensamientos.

—¡Llámala, Álvarez! Y encuentra a ese asesino cuanto antes.

Es un error. Sé que el jefe está cometiendo una grave equivocación. No es consciente de lo peligrosa que es esa mujer. No la conoce como yo.

Si Crow está involucrada en el asesinato, incluso si el culpable es alguno de sus amigos, podría boicotear toda la investigación y no nos daríamos ni cuenta.

Eso sin mencionar la posibilidad de que, en un descuido, pueda ganar acceso al sistema informático de la policía. Por mucho que me haya asegurado que lleva ocho años sin hackear una red, algunas cosas nunca cambian.

Capítulo 4



Crow

El teléfono suena mientras estoy preparando mi tercer café de la mañana y, por algún motivo, se me escapa una sonrisa tonta al comprobar de quién se trata.

—Detective Isabella Álvarez, tienes que dejar de llamarme tanto. Lo nuestro va a empezar a notarse demasiado —bromeo.

Lo primero que escucho es un suspiro de desesperación. Esta mujer no tiene sentido del humor.

—¿Puedes dejar de decir tonterías, Crow? Necesito hablar en serio contigo —insiste la detective—. ¿Dónde estás?

—En mi apartamento. Te enviaría una foto, pero estoy desnuda.

Isabella decide obviar mi último comentario y no entra al trapo. Con lo que me gusta provocarla.

—Necesito que vengas a la comisaría.

—¿Con un abogado?

—Como colaboradora del departamento —expone bajando el tono de voz, como si estuviese avergonzada de lo que ha dicho.

—¿Puedes volver a repetirlo? No sé si he escuchado bien. ¿Necesitas mi ayuda?

—Son órdenes del jefe Davis. Si por mí fuera no te volvería a ver en mi vida —gruñe.

—¿Tu jefe te obliga a trabajar conmigo? ¿Me vais a pagar?

—Crow, te doy veinte minutos para llegar a la jodida comisaría —insiste, separando las sílabas como si no entendiese su idioma o fuese imbécil.

***

—Debes firmar una serie de documentos para trabajar como consultora experta. Un acuerdo de confidencialidad y un contrato por un mes o hasta que resolvamos el crimen, lo que ocurra antes —anuncia Isabella con desgana, deslizando unos papeles por encima de la mesa.

—Te noto tensa —ironizo mientras echo una firma al acuerdo de confidencialidad sin ni siquiera leerlo.

—No tengo por costumbre trabajar con delincuentes —espeta.

—Exdelincuente. Ahora soy una ciudadana ejemplar. Incluso colaboro con la poli.

Otro largo suspiro.

Sonrío y hago el ademán de reclinarme para poner los pies sobre su mesa.

—Ni se te ocurra —amenaza, señalándome con un bolígrafo.

—¿No es así como trabajáis los policías? Lo he visto en algunas películas. ¿Vamos a comer donuts?

En vista de que decide ignorarme y disimula, haciendo como que está muy ocupada colocando unos papeles, decido subir un poco más la tensión.

—Bueno, Izzy. Puedo llamarte Izzy, ¿verdad? Ahora somos compañeras, colegas y eso.

—Puedes llamarme detective Álvarez y quiero que tengas las cosas muy claras desde el principio. No somos compañeras, ni amigas, ni nada similar. Estás como colaboradora por

decisión del jefe Davis y no puedes hacer nada, ni tocar nada sin consultármelo antes.

—Eres más aburrida que mi agente de la condicional —me quejo.

—¿Lo has entendido o no?

—Sí, joder. No puedo tocar un ordenador, tener contacto con los miembros de mi antigua banda, hablar con nadie sobre el caso. Debo estar acompañada en todo momento dentro de las instalaciones policiales, la escena de un crimen o el laboratorio forense. Cuándo vaya al baño, ¿también me acompañas tú?

—No estoy jugando, Crow. Esto es un acuerdo profesional. Nada más.

—¿Sigues boxeando? Te noto mucho mejor que hace ocho años —susurro, guiándole un ojo.

De nuevo, decide ignorarme. Pero ese ligero rubor en sus mejillas le acaba de dar una mezcla entre determinación y timidez muy difícil de ignorar.

—Empecemos con el caso —interrumpe muy seria—. Tenemos un asesinato con tu firma. Vamos a partir de la premisa de que no lo has hecho tú. ¿Quién puede estar tan enfadado contigo como para intentar involucrarte? —inquiere, inclinándose hacia mí y alzando las cejas.

—No tengo enemigos —me apresuro a responder—. ¿Y si fuera un imitador?

—No tienes pocos enemigos —murmura la detective.

—Vale, quizá alguno.

—Voy a ser muy directa contigo, Crow. Esto es lo que yo pienso. Has vuelto a las andadas, al fin y al cabo haces lo que se te da bien. Esta vez se te fue de las manos y ese hombre acabó muerto. Su relación contigo no la conozco, quizá es un competidor, un cliente de la mercancía o los datos robados, no lo sé.

—¿Por eso colaboro con vosotros? ¿Para pillarme a mí misma? Eso es nuevo.

—Colaboras con nosotros porque es lo más seguro para ti. Crees que sabrás en todo momento cómo va el caso y quizá albergues esperanzas de manipularlo en algún momento. Y te diré por qué lo sospecho.

—¿Por la rosa negra?

—No. Eres tan egocéntrica que no puedes evitar dejar tu firma en cada uno de tus crímenes, pero, en eso tienes razón, cualquiera podría haber colocado una para involucrarte. En cambio, nos has dejado una pulsera de hombre muy cara cerca de la escena del crimen, en un claro intento de desviar nuestra atención. Seguramente, has pensado que si buscamos a un hombre, alejarías de ti toda sospecha. ¿Voy bien encaminada? —pregunta, señalándome de nuevo con el bolígrafo.

—Cariño, o ves muchas películas o juegas mucho al ajedrez.

—Hablemos de tu colaborador. El hombre que compró la pulsera. Ya sabes, un gorila de uno noventa con la cabeza rapada y el tatuaje de una serpiente en el cuello —expone la detective.

Le dedico mi mejor sonrisa, pero, por dentro, se me revuelve el estómago. Está claro que quien cometiese el crimen ha acertado de pleno sobre cuál sería el razonamiento de la detective. No me suena lo del tatuaje de la serpiente, pero la descripción no me gusta. Preferiría no encontrarme con ese cabrón.

—No tengo ni idea de lo que hablas —mascullo, intentando mantener la calma lo mejor que puedo—. Hay ciertas líneas que no estoy dispuesta a cruzar, ni ahora ni hace ocho años. Lo mío eran los robos, sobre todo de datos, aunque también me colaba en propiedades ajenas de vez en cuando y les dejaba una de mis rosas. No mato, no secuestro, no torturo.

Entiendes por dónde voy, ¿verdad? Incluso te diré más. La gran mayoría de mis víctimas se lo merecía y el dinero terminó en mejores manos.

—Ya, como Robin Hood.

—¿Es un hacker nuevo? Na, en serio, sé quién era, en la cárcel tuve mucho tiempo para leer. El reloj no avanza en ese sitio, ¿sabes?

—A mí me dijeron que estuviste muy ocupada, digamos que eras… bastante popular entre las reclusas —espeta de pronto, y se ha vuelto a ruborizar.

—Si no te conociera, diría que te has puesto celosa, Álvarez —bromeo.

—No me has dicho nada sobre mi teoría. Fuiste capaz de localizar la pulsera cuando no era nada más que una pequeña mancha borrosa en una fotografía, como si supieses perfectamente dónde se encontraba. Algo que se les pasó a dos de mis agentes.

—¿Quieres que te dé mi opinión profesional sobre tus agentes? En serio, detective. He pasado ocho años en prisión. Ahora estoy libre. ¿De verdad piensas que tengo ganas de volver? Joder, que estoy en libertad condicional, cualquier descuido y voy de cabeza a la cárcel. Yo no tengo nada que ver. Ya no soy esa persona —le aseguro muy seria.

La detective está a punto de abrir la boca para hablar cuando una llamada a la puerta de su despacho nos interrumpe.

—¿Qué quieres, McGrath? —ladra, claramente molesta.

—Creo que es importante que veas esto, jefa, un nuevo asesinato. Le han dejado una de esas rosas —indica el oficial, entregando unos papeles a Isabella y mirándome con desprecio.

—Joder —suspira la detective tras leerlos, deslizándolos sobre la mesa para que les eche un vistazo.

Informe policial número 64278
Fecha: 18 de mayo
Hora: 10:45 horas.
Agente: John Waltom.
Número de placa 4567
Descripción del Incidente:
Aproximadamente a las 10:20 horas se recibe una llamada anónima al 911, avisando del hallazgo de un cuerpo inerte en un callejón tras el bar The Iron Horse en la calle 54 con la octava avenida. Al llegar a la escena, junto con mi compañero, el agente Ramírez, encontramos el cuerpo sin vida de un hombre tirado boca abajo sobre el pavimento.
La víctima es un hombre caucásico de aproximadamente 35-40 años, complexión delgada, 1.80 m de estatura, pelo castaño corto. Vestía traje negro, camisa blanca y corbata roja. Sin identificar.
Un primer examen de la escena evidencia una única herida de bala en la cabeza, con orificio de salida frontal. No se recolectó ningún casquillo, aunque por el diámetro de entrada podría haberse utilizado una pistola de 9 mm Parabellum a quemarropa.
Junto al cuello de la víctima, en la parte derecha, se encontró una rosa negra.
No hay señales de forcejeo o lucha. El callejón no presenta cámaras de vigilancia.
Se acordonó la escena y se solicitó la presencia de un equipo forense para la recolección de evidencia y análisis.

—Los forenses se encuentran en la escena del crimen en estos momentos, jefa —anuncia el oficial.

—Vámonos —ordena la detective, levantándose de la silla y cogiendo su abrigo—. Ni se te ocurra tocar nada cuando lleguemos —avisa, deteniéndose de golpe frente a mí.

—Lo sé, lo sé. Te mueres de ganas por esposarme. Y yo de que lo hagas, pero al cabecero de la cama —bromeo, dedicándole un seductor guiño de ojo y ganándome una mirada asesina por parte de la detective.

Capítulo 5



Isabella

El típico olor metálico de la sangre derramada sobre el asfalto nos recibe nada más pisar la escena del crimen. Es un tufo inconfundible, intenso. Una mezcla entre carne cruda y óxido. Un olor que parece impregnarlo todo. *"Otro día más en la oficina"* me repito a mí misma.

Nos agachamos para pasar por debajo de la cinta amarilla que delimita la zona y observo por el rabillo del ojo a Crow. Si no la conociese bien, incluso diría que no se encuentra cómoda.

—Como se te ocurra tocar algo o coger alguna prueba, te disparo yo misma. Luego, ya me arreglaré con los de asuntos internos —amenazo, antes de que se acerque al cadáver.

—Soy tu obediente *"girl scout"*, detective. Siempre detrás de ti sin tocar nada y con la boquita cerrada a menos que tú me lo indiques —bromea, haciendo un exagerado saludo militar.

Pongo los ojos en blanco y decido ignorar su gesto dramático mientras el jefe del equipo forense se acerca a nosotras a grandes pasos. Gary es un hombre ya entrado en años, a punto de retirarse, pero muy inteligente y con una amplia experiencia a sus espaldas. Me gusta trabajar con él.

—Creo que te interesarán un par de cosas —señala, dirigiéndome hacia la zona en la que se encuentra la víctima.

—¿Qué has encontrado?

—Es un varón caucásico, diría que de unos 35-40 años. Con antecedentes penales, como el anterior. Presenta una única herida de bala en la cabeza. A quemarropa. De nuevo, igual que la otra víctima —añade, colocándose en cuclillas junto al cadáver.

—¿Alguna similitud más?

—Terminarías antes preguntándome si hay alguna discrepancia. Ambos crímenes parecen calcados. No hay casquillo, tampoco señales de forcejeo o lucha. Y ahí tienes a tu rosa negra —anuncia, señalando con la barbilla a una rosa perfectamente colocada junto al cuello de la víctima.

Una Black Baccara, las favoritas de Crow.

Dejo escapar un largo suspiro, esto empieza a ser demasiado. Por el rabillo del ojo observo que Crow se acerca también a nosotros.

—¿Vienes a admirar tu trabajo?

—Solo a admirar el trabajo del equipo forense —responde sin ni siquiera inmutarse.

—Supongo que tampoco le conoces de nada —indico, señalando al hombre muerto.

—No.

No esperaba otra respuesta de su parte. Aun así, presiento que no está cómoda.

—Hay otra cosa que debes ver, Isabella —interrumpe Gary, enseñándome una bolsa transparente con un papel arrugado—. Estaba en la boca de la víctima y tiene un mensaje.

—¿Un mensaje? —inquiero confusa.

—"La rosa negra se marchitará entre rejas" —lee en alto—. Imagino que no te dice nada

—pregunta el jefe del equipo forense, arqueando las cejas.

Crow se acerca un poco más, como si pretendiese echar un vistazo a la caligrafía, aunque sin atreverse a pedirlo.

—¿No te estás pasando un poco con tus pistas falsas? Ya empieza a ser cansino.

Esta vez no hay duda. Está incómoda. Su carcasa de seguridad parece haberse desmoronado, al menos en parte. Sus hombros se tensan y cierra la mano derecha en un puño.

—Ya te he dicho que no tengo nada que ver. ¿Puedo esperar en el coche, o algo así? —pregunta, aparentemente deseando salir de la escena cuanto antes.

—En la parte de atrás del coche patrulla, Crow —le advierto.

—No pretendía robar un vehículo policial, tienen muy mala venta —responde, diciendo adiós con la mano sin ni siquiera darse la vuelta.

A un pequeño rincón de mi cabeza, regresa la idea de que Crow pueda ser inocente. Quizá alguien pretende vengarse de ella por algún motivo. Por mucho que quisiese dejar pistas falsas, dos asesinatos seguidos nada más salir de la cárcel son demasiado, incluso para ella. Estaría pidiendo a gritos volver a prisión y nunca había llegado tan lejos en sus crímenes.

De lo que estoy segura es de que sabe algo más que no dice… Y de que este segundo asesinato no será el último.

—¿Alguna huella en la nota?

—Ninguna. El asesino sabe cómo hacer las cosas —reconoce el forense.

La vibración de mi teléfono móvil me saca de mis pensamientos. Regreso a la realidad, y mi corazón hace un salto mortal al ver quién envía el mensaje.

Crow: Tengo que hablar contigo de manera urgente.

Me disculpo con el jefe del equipo forense, rogándole que me mantenga informado de cualquier nuevo descubrimiento, mientras prácticamente corro hasta el coche patrulla, donde Crow se ha encerrado a sí misma en la parte trasera.

—¿Se puede saber de qué se trata? ¿Vas a entregarte?

—Necesito tu ayuda —responde sin dudar.

Por unos instantes me quedo sin palabras. Su mirada está triste, como distante. Ya no parece la Crow que me hacía subirme por las paredes con su ironía constante.

Parece, joder, parece casi vulnerable.

—¿Mi ayuda?

—Por favor, Isabella.

—Es la primera vez que me llamas Isabella —suspiro.

—Necesito tu ayuda —repite, su tono de voz apenas audible.

—¿Qué es lo que necesitas?

—Acceso a un ordenador potente. A la red de la brigada de ciberdelitos.

—No me jodas, Crow —grito, alzando los brazos al cielo—. Por un momento casi me habías convencido. Si te dejo cerca de esos ordenadores no quiero ni pensar lo que ocurriría. Estás loca si crees que me vas a convencer. Los términos de tu libertad condicional prohíben expresamente cualquier…

—Lo sé. Por favor —insiste, enseñándome un mensaje en su teléfono móvil.

“Ahora sé que eres la culpable y pagarás por ello. No puedes esconderte de mí. He seguido cada uno de tus pasos desde que saliste de prisión. Tic tac, tic tac. Tu tiempo se acaba, Cuervo. Disfruta de tu libertad mientras puedas porque pronto volverás a tu jaula.”

—Te estás pasando con el dramatismo, Crow.

—Añade un mensaje encriptado. Para eso necesito acceso a la red de delitos informáticos —anuncia, enseñándome en la pantalla algo que no tengo ni idea de lo que es.

—Vamos por partes. Supongamos que te creo y que me trago tu historia de que no estás detrás de los crímenes, sino que eres otra víctima más. Desde luego, alguien se está tomando un montón de molestias para involucrarte. Te tiene que odiar de narices. Si te llevo a esa red de ordenadores, ¿puedes rastrear el móvil que envió el mensaje?

—Lo dudo —responde de inmediato.

—¿Y de qué nos serviría?

—Quiere que leamos el mensaje encriptado. Por eso lo envía.

—¿No sería más fácil enviarlo sin encriptar? —inquiero, todavía sin comprender lo que ocurre.

—Hay gente muy rara. Quizá solo quiere ganar tiempo. No lo sé, pero si envía el mensaje es para que se lea. De eso estoy segura —explica, encogiéndose de hombros.

Todos mis instintos como policía me gritan que está tratando de liarme de algún modo, pero, mierda, ese atisbo de vulnerabilidad en su mirada me desarma.

—Está bien, vamos —accedo.

Capítulo 6



Crow

A regañadientes, la detective Álvarez accede a llevar mi teléfono móvil al departamento de delitos informáticos de la policía para tratar de descifrar el mensaje, aunque durante el trayecto me advierte, una y otra vez, que no debo tocar nada sin su permiso.

—Shelly Lorenz, directora del departamento de delitos informáticos —indica Isabella, señalando a una mujer más o menos de mi edad con el pelo recogido en una cola de caballo.

—Encantada —saludo, extendiendo la mano hacia ella.

—Guau, la mismísima Crow. Soy una gran admiradora. He dedicado un montón de horas a estudiar tu algoritmo de código fantasma. Es absolutamente legendario —afirma, apretando mi mano entre las suyas—. ¿Cómo se te ocurrió crear un protocolo de comunicación encriptado con múltiples nodos proxy, cada uno con una clave simétrica diferente y mezclarlo con un sistema de contraseñas de un solo uso generadas con funciones hash, donde cada contraseña deja de funcionar en cuanto se usa? Tuvo a nuestro departamento loco durante años —admite, asintiendo repetidamente con la cabeza.

—Vamos a centrarnos en el caso, Shelly, Crow ya tiene el ego lo bastante subido como para que vengas tú a empeorarme las cosas —interrumpe la detective justo cuando iba a empezar a explicarle que mi idea inicial había nacido del sistema de encriptación de la Dark Web.

La tal Shelly Lorenz se encoge de hombros y me lanza una mirada como diciendo “sé que Isabella es un cardo de mujer” y me conduce a una estación de trabajo en la que tienen instalados todo tipo de programas que hubiesen sido mi sueño hace unos años: *keyloggers, sniffers, exploits, RATs, rootkits, botnets*. Me encantaría que me dejasen un tiempo a solas en este lugar.

—No creo que sea buena idea dejar que toque un ordenador, Shelly —advierte la detective en cuanto me siento frente al teclado.

Mientras Shelly me explica lo mucho que ha mejorado una conocida suite de hackeo, utilizo la red de ordenadores para desencriptar el mensaje. Como me esperaba, no lleva demasiado tiempo. O bien quería expresamente que lo descifrásemos o sus conocimientos de encriptación no son avanzados. O ambas cosas.

—¿Qué coño es eso? —pregunta Isabella, sorprendida.

—Parece una especie de acertijo —confirma la directora del departamento de delitos informáticos.

Y puede que para ellas el jodido acertijo no signifique nada, pero para mí, más que un acertijo es una puta advertencia que está más clara que el agua.

Bajo el techo donde la joven cuervo extendió por primera vez sus alas, los pajaritos aguardan a su reina olvidada.
Ahí donde inició el vuelo
Espera aquella que robó su corazón
En ese recinto que guarda un amor de juventud

Se esconde quien conoce los secretos de una obsesión
34.2367° N, 49.987° W
Las coordenadas señalan sin engaño
Dónde se encuentra su amor de antaño
Cerca de ese centro difícil de olvidar
Aguarda el fantasma de una inocente a la que voy a matar.

—¡Qué hijo de la gran puta! —mascullo, pegando un manotazo sobre la mesa.

—¿Te dice algo?

—Debemos ir ahora mismo, Isabella —insisto, levantándome de la mesa como un resorte.

—¿Ir dónde?

—Es el centro comunitario en el que aprendía a programar. Acogen a niños con familias desestructuradas o que viven en la calle y les enseñan a … bueno, da igual, te lo explico por el camino. ¡Vamos cuanto antes!

—Shelly, ni una palabra de esto a nadie —advierte la detective—. No sabemos cuánta gente puede haber involucrada.

—Podéis contar conmigo, ya lo sabes —asegura la informática—. Y, ¿Crow? Si necesitas un trabajo cuando acabes con la aburrida de Isabella, aquí tienes las puertas abiertas.

Ni siquiera me da tiempo a agradecer su oferta, la detective Álvarez pone los ojos en blanco y me coge por el codo, prácticamente empujándome fuera del laboratorio informático.

En el coche, de camino al centro comunitario, se instala entre nosotras un silencio ensordecedor, tan solo roto por algún mensaje ocasional en la radio de la policía. Quien sea el cabrón que está detrás de estos asesinatos va directamente a por mí, ahora no tengo ninguna duda. El problema es que se ha vuelto demasiado personal. Las dos víctimas eran simplemente conocidos, gente con la que había trabajado en el pasado de manera ocasional. Eran tan solo un aviso.

Ahora pretende hacerme daño de verdad.

***

La directora del centro abre los ojos de par en par cuando me ve, envolviéndome en un abrazo que parece no tener fin.

—Sigues de una pieza —suspira, apartándose por unos instantes antes de volver a abrazarme.

Nos conduce hasta su despacho y, por el camino, no puedo evitar fijarme en las viejas aulas. Siguen igual que siempre, aunque por suerte, los ordenadores han mejorado mucho.

—Llevamos un buen tiempo metidos en un bache —se disculpa al ver que observo una pared a la que se le empieza a caer la pintura—. Desde que ya no puedes enviarnos dinero, las cosas se han puesto cuesta arriba. No sabes la cantidad de niños a los que has ayudado durante años, Crow —susurra, acariciándome el brazo derecho con una ternura que ya no recordaba.

La detective Álvarez intenta sacar información de la directora del centro, aunque lo único que consigue es alarmarla, y eso que es una mujer que no se asusta fácilmente.

—Crow, esto es muy serio. Empiezo a creer que no tienes nada que ver, porque si eres tú, no entiendo este juego. Por lo tanto, eres la principal interesada en que demos con el asesino —expone—. Quiero que me des el nombre de las personas con las que tuviste alguna aventura en este centro. Pienso que las dos tenemos muy claro que va a por una de ellas.

—Me llevaría al menos tres horas, detective —bromeo.
—Crow…
—Solo hay un nombre —admito con un largo suspiro—. Marla Trenton.

Capítulo 7



Isabella

Conducimos hasta el apartamento de Marla Trenton en un silencio incómodo. Crow se concentra en mirar a través de la ventanilla, como si las viejas calles de estos barrios periféricos fuesen lo más fascinante que ha visto en su vida. Ni siquiera responde a ninguna de mis preguntas. Tensa la mandíbula, su memoria seguramente perdida en algún momento pasado.

—Marla fue mi primer amor —dice de pronto, sin dejar de mirar por la ventanilla—. Tenía dieciséis años y sé que puede parecer una tontería, pero, por aquel entonces, era todo mi mundo.

Su voz está cargada de nostalgia. Incluso, a través del reflejo que me ofrece el cristal, juraría que sus ojos se han humedecido. No hay rastro de la Crow provocadora e irónica.

—Era perfecta, ¿sabes? Divertida, brillante. Supo ver en mí cualidades que nadie más veía, ni siquiera yo misma. Me hizo sentir que era alguien, no una jodida rata que vivía en la calle, destinada a la cárcel o a acabar muerta en algún callejón. La adoraba —confiesa, bajando la mirada—. Ahora ese hijo de puta va a por ella. Es la siguiente. Si le pasa algo por mi culpa, no me lo perdonaré—agrega, apretando los puños con rabia.

Hace una pausa, parpadeando varias veces antes de girarse hacia mí con una vulnerabilidad que no reconozco en ella.

—Estoy dispuesta a hacer lo que sea para mantenerla a salvo. Si ese monstruo le hace daño por mi culpa…

Se detiene, dejando escapar un larguísimo suspiro y aparta la mirada para que no vea sus ojos humedecidos. Y, antes de que me quiera dar cuenta, me sorprendo a mí misma apretando su mano.

—Llegaremos antes. No te preocupes —le aseguro.

—Para eso envió el mensaje encriptado. No era por la dificultad, tan solo para ganar tiempo, sabía que se nos adelantaría —aprieta los dientes al decir esa última frase, y su actitud de chica dura regresa a su rostro, aunque no retira la mano.

La casualidad quiere que aparquemos frente al complejo de apartamentos donde vive Marla Trenton justo en el momento en que ella regresa del supermercado. Crow sale del vehículo antes incluso de que lo detenga y ambas se miran con sorpresa, como si hubiesen visto un fantasma del pasado.

—¿Angie? —susurra Marla, dejando caer al suelo las bolsas de comida.

—Ha pasado mucho tiempo —suspira Crow, y ambas parecen dudar antes de fundirse en un largo abrazo.

—No hay tiempo para saludos, ya os pondréis al día más tarde —interrumpo—. Señorita Trenton, estos oficiales la llevarán a un lugar seguro.

Asiente con la cabeza sin desviar su mirada de Crow, mientras se aleja con una de las patrullas que han acudido como refuerzo.

—Vosotros cuatro, acordonad la zona. Si ese hijo de puta está en el edificio, no se nos puede escapar —ordeno a los agentes, que toman sus posiciones de inmediato—. Marla

estará bien, Crow. Puedes ir con ella si quieres, déjanos esto a nosotros —susurro, apretando su hombro derecho con suavidad.

—Te acompaño —anuncia.

Entorno los ojos y solicito un chaleco antibalas. No tenemos tiempo para discusiones y sé que puede ser más terca que una mula cuando algo le importa.

Con las pistolas en alto, subimos con cautela las escaleras del edificio de apartamentos. Huele a suciedad. A medida que avanzamos podemos sentir a varios de los inquilinos observando por la mirilla. Es algo habitual en este tipo de lugares. Todos observan, pero nadie sabe o dice nada. Crow se coloca detrás de mí, mientras uno de mis agentes cierra el grupo por si alguien nos atacase desde atrás.

Levanto el puño cerrado para detenernos. A continuación, llevo dos dedos a mi oído y lo toco repetidas veces, indicándoles que estén atentos a cualquier ruido. Estoy a punto de dar la orden de continuar en el momento en que escucho a alguien corriendo. Ha salido de la nada, con un salto que dejaría orgulloso a un atleta olímpico.

—¡Alto, policía! —grito, apuntándole con la pistola, pero se nos ha adelantado y galopa escaleras abajo sin saber que en el portal se encontrará con dos de mis hombres.

Escucho un breve forcejeo, y no creo que pasen ni un par de minutos hasta que recibo un mensaje por radio informando de que le tienen.

—Revisemos el apartamento —propongo en voz baja, haciendo un gesto con la cabeza para que entremos. Parece que, por una vez hemos tenido suerte.

—¡Quieta! —escucho de pronto.

Crow me coge por la cintura y me empuja hacia atrás, tirándome al suelo y quedándose pegada a mí.

—¿Qué coño haces? —protesto, tratando de recuperar la respiración, y el calor de su cuerpo es una sensación extraña.

—Mira, en el suelo, a unos quince centímetros —indica.

Joder, si antes mi pulso se había acelerado, ahora se detiene. Me quedo petrificada, un sudor frío recorre mi frente mientras pienso en las posibles implicaciones. Justo detrás de la entrada, prácticamente imperceptible, alguien ha colocado un hilo de nylon.

—Es una trampa —susurra Crow junto a mi oído, todavía pegada a mí, como si yo no supiera que, seguramente, me acaba de salvar la vida.

—Crow, ¿dónde coño vas? —protesto al ver que se levanta y se adentra en la casa, evitando el hilo de la entrada.

Sigue con cautela el rastro hasta que, de improviso, se detiene. Menea la cabeza y mira en nuestra dirección.

—¡Una bomba, fuera de aquí! —grita, haciendo un gesto con la mano para que nos vayamos.

—¡Llama a central, que envíen un equipo de artificieros de inmediato! —ordeno al agente que nos acompaña, que ha perdido todo el color de su cara—. No te quedes ahí parado como un gilipollas, hay que empezar a evacuar el edificio.

—No hay tiempo —suspira Crow con voz calmada, antes de agacharse a inspeccionar el explosivo.

Me quedo a unos metros escasos de ella. Sin saber muy bien cómo reaccionar. El agente que nos acompañaba corre escaleras abajo como si le persiguiese un demonio.

Nuestras miradas se cruzan y, cuando me clava esos ojos azules llenos de determinación, algo hace clic en el interior de mi cabeza. A pesar de todos mis esfuerzos por evitarlo, en

estos momentos estoy dispuesta a confiarle mi vida. Para bien o para mal, ahora mismo, nuestra vida pende del mismo hilo.

—Crow, por favor, dime que sabes lo que haces —susurro, a punto de entrar en pánico.

Simplemente me ignora. Ladea la cabeza para examinar el explosivo desde varios ángulos, recorriendo con suavidad los cables con la punta de los dedos. El ceño fruncido.

Antes de que quiera darme cuenta, coge uno de los cables y tira de él con fuerza. Instintivamente, cierro los ojos y me tapo la cara con los brazos, como si eso pudiese librarme de morir en caso de que la bomba estallase.

—Ya puedes mirar —sisea Crow, su respiración aún agitada.

—Joder, me cago en la puta —mascullo, secando el sudor que cubre mi frente con la manga de la chaqueta.

—Te dije que podría ser útil —exclama con un guiño de ojo mientras se acerca a mí—. ¿Te encuentras bien?

—¿Dónde coño has aprendido a hacer eso?

—No creo que quieras saberlo, detective Álvarez —bromea, rodeando mi cintura para acariciarme brevemente la espalda.

Capítulo 8



Isabella

Mis manos no dejan de temblar. Aprieto el volante hasta que los nudillos se quedan blancos mientras conduzco en dirección a la comisaría. La adrenalina inunda aún mi organismo. Hoy, ambas podríamos haber muerto.

La miro de reojo, sentada en el asiento del copiloto. Ha vuelto a su actitud habitual, casi rayando la fanfarronería, como si desactivar una bomba le hubiese dado el chute de adrenalina que su organismo necesita para funcionar. O quizá, por haber salvado a Marla Trenton, su primer amor.

No es la primera vez que me enfrento a la muerte en mi trabajo. Desde que me trasladaron a homicidios me he visto envuelta en varios tiroteos. Pero hoy fue diferente. La forma en que Crow me tiró al suelo, el modo en que se pegó a mí para protegerme. Joder, todavía puedo sentir su calor en mi espalda.

Sacudo la cabeza en un intento de desterrar esos pensamientos de mi mente. Me salvó la vida y estoy agradecida. Nada más. No puede haber más.

—¿Te encuentras bien? —susurra, dibujando en sus labios una sonrisa que podría derretir el mismísimo Polo Norte.

—Sí —respondo con sequedad.

—Eh, la primera vez que casi te estalla una bomba en la cara siempre es intensa. Impresiona. No hay de qué avergonzarse —bromea, arrugando la nariz en esa manera tan característica que tiene cuando pretende tomarte el pelo.

Simplemente sonrío. No estoy dispuesta a mostrar debilidad. Pero tiene razón, esto me ha afectado más de lo que me gustaría admitir. No es solo haber estado a punto de morir. Me ha salvado la vida y no me gusta deberle un favor. No uno tan grande. No sé cómo seguirá la investigación, pero quizá deba devolverla a la cárcel. Y, no quiero admitirlo, pero, en esos breves instantes tiradas en el suelo, con su cuerpo pegado al mío, nuestros corazones latiendo en sincronía… joder, sentí una atracción que ya no puedo negar. Al menos, no a mí misma.

—Lo hiciste bien ahí fuera —expone, rozando brevemente mi mano sobre la palanca de cambios.

Un simple cumplido, pero que me golpea directamente en el pecho. Y es que la posibilidad de sentir algo por esta mujer me asusta más que cualquier bomba.

De vuelta a la comisaría, Crow se dirige directamente a la sala donde espera Marla Trenton. Mis compañeros la han estado interrogando y, como esperábamos, no tiene ni idea de por qué han ido a por ella. A través del cristal unidireccional observo cómo se funden en un largo abrazo.

Charlan con facilidad, los años de separación desvaneciéndose cada segundo que pasa. Crow descansa su mano en el brazo de Marla, acentuando sus palabras con suaves caricias. Y, cuando Marla estira la mano para apartar un mechón de pelo del rostro de la hacker, me atraviesa algo demasiado parecido a un ataque de celos.

Instintivamente, me tenso. Aprieto los puños. Esto no tiene ningún sentido. Crow es tan

solo un medio para conseguir un fin. Nada más. Eso si ella misma no está involucrada y es una jodida asesina.

Marla murmura algo que la hace reír, algo que no llego a escuchar, pero que me escuece. Por algún motivo, quisiera ser yo quien provoque esa risa despreocupada, y eso me pone demasiado nerviosa.

Me quedo embobada observando su cuello cuando inclina la cabeza hacia atrás para reír, el brillo de picardía en esos preciosos ojos azules. Sus labios entreabiertos. Mierda.

—Siento interrumpir el reencuentro —gruño, entrando de golpe en la sala—. Tenemos un sospechoso al que hay que interrogar.

Crow me mira extrañada, como diciendo que, seguramente, el interrogatorio podría esperar cinco minutos más. Ni yo misma sé por qué las he interrumpido de ese modo.

—Nos vemos, preciosa —masculla Marla, dedicándole un guiño de ojo que me revuelve el estómago.

Tengo que frenar esto.

***

—Vamos a repasarlo de nuevo —amenazo, dando un manotazo sobre la mesa en la sala de interrogatorios mientras me inclino hacia el sospechoso—. ¿Quién te ha contratado?

Jeremy Bennet tiene una larga lista de asuntos con la justicia, algunos de ellos pendientes. Se retuerce incómodo bajo la dura luz, pero no es algo nuevo para él.

—No sé cuántas veces debo repetirlo. Me contrataron a través de la Dark Web. Nunca llegué a conocer al tipo. Me pagó la mitad por adelantado y la otra parte la pagaría en el momento en que hiciese el trabajo. Todo en Monero.

—Joder, lo que me he perdido por estar en la cárcel —susurra Crow, que parece estar fascinada con el sistema de firmas en círculo que tiene esa criptomoneda, permitiendo hacer transacciones sin revelar ningún tipo de información.

—Debes tener un nombre, alguna forma de contactar con esa persona. ¡Dame algo, Jeremy! —insisto, alzando la voz.

—Todo lo que sé es que en la Dark Web se hacía llamar Viper, pero solo nos comunicamos de manera electrónica.

—¿Cuál era exactamente tu misión para ese tal Viper?

—Plantar la bomba en el apartamento. Lo juro, ni siquiera sabía para quién era. Joder, ¿sabes lo difícil que hubiese sido secuestrar a esa mujer yo solo a plena luz del día? Es una gilipollez. ¿Cómo iba a hacerlo? Mi único trabajo era dejar la bomba, siguiendo las instrucciones de Viper —confiesa el detenido.

—¡Ahórrate las chorradas! Esa bomba estaba preparada para matar. ¿Tú lo sabías?

—¿Cómo coño lo iba a saber? Le hubiese pedido mucho más dinero. Yo no la armé, ni nada. Solo la coloqué. Ni siquiera tengo la menor idea de cómo fabricar una bomba, solo nociones de cableado. No me pareció un trabajo difícil —asegura Bennet, ahora más nervioso, al darse cuenta de que podría caerle un intento de asesinato.

Mi instinto me grita a voces que dice la verdad. Es tan solo un peón. No la persona que está detrás de todo esto, pero necesitamos más información.

Justo en ese instante, observo a Crow por el rabillo del ojo y me hace una seña extraña, como indicando que quiere hablar conmigo.

—Vamos, espero que sea importante —gruño, saliendo con ella de la sala de interrogatorios.

—Así no vas a conseguir nada —espeta en cuanto llegamos a la sala contigua.

—Ya, porque tú eres una experta en interrogatorios, ¿verdad?

—Uy, no te puedes ni imaginar los tipos de interrogatorios que he visto, aunque no creo que quieras repetirlos en una comisaría. Incluyen mucha sangre —bromea.

—¿Tú puedes localizar a ese Viper en la Dark Web?

—Eso es una gilipollez. Cambiará de alias cada vez que quiera encargar un trabajo.

—Vale, ¿cuál es tu teoría? Porque por la cara que pones veo que te mueres de ganas por demostrarme lo lista que eres —protesto, haciendo una mueca de disgusto.

—Ese tipo dice la verdad. Marla tan solo era el cebo para que corriésemos al apartamento. La bomba no era para ella.

—¿Era para ti?

—Nop.

—¿Para… era para mí? —pregunto con miedo.

—Sip.

—¿Qué coño te hace deducir eso?

—Sabían que yo detectaría la colocación de la bomba. No era para mí —anuncia, sin dar más detalles.

Otra vez me deja con esa sensación de que va tres pasos por delante. Ese regusto de que sabe algo que no quiere compartir. Crow es como las jodidas rosas negras que usaba en cada uno de sus crímenes. Belleza y oscuridad. Una delincuente con un extraño código ético en sus acciones. El bien y el mal.

—¿Tienes alguna idea o solo quieres pasarme por las narices que no estoy consiguiendo nada? —ladro.

—Cárgale con los dos asesinatos.

—Joder, Crow. No puedo hacer eso.

—Pero él no lo sabe —responde encogiéndose de hombros—. Está acostumbrado a tratar con la policía, pero para cosas pequeñas. Cuando vea que le pueden caer dos asesinatos más un intento de homicidio a un agente de la ley, se va a cagar en los pantalones.

Niego con la cabeza. La idea de Crow tiene lógica, pero no ética.

—Shelly, ¿has encontrado algo? —inquiero, haciendo una rápida llamada al departamento de delitos informáticos.

Me comenta que ha puesto un software de vigilancia por si el tal Viper volviese a aparecer en la Dark Web intentando contratar algún servicio ilegal, pero que no ha conseguido nada de momento.

—Ni lo va a conseguir —añade Crow, poniendo los ojos en blanco con desdén—. Sé cómo piensa la gente como él. No será tan imbécil como para entrar con el mismo alias. De todos modos, tampoco nos hace daño tener ese rastreador. Nunca se sabe.

—¿Crees que podría volver a usar el mismo foro para contratar a un nuevo sicario? ¿Aunque sea con otro nombre?

—No me extrañaría. De momento, es incluso posible que no sepa que hemos capturado a Bennett. Tu mejor baza es asustarle. Mucho. Asustarle de verdad —repite.

Con un largo soplido, regreso a la sala de interrogatorios, seguida por Crow, dispuesta a jugar mi última carta, aun sabiendo que su legalidad es más que cuestionable.

—Bien, este es el trato, Bennett. De momento, te voy a acusar de dos asesinatos relacionados con el caso, más el intento de homicidio de hoy… a menos que me des algo más sobre ese tal Viper. ¡Y me refiero a ahora mismo! —amenazo, alzando la voz.

Tal como esperaba Crow, Jeremy palidece.

—Yo no he matado a nadie —suspira, escondiendo el rostro entre las manos.
—Eres el principal sospechoso —afirmo, encogiéndome de hombros.
El sudor comienza a cubrir su frente. Está asustado.

Capítulo 9



Isabella

—Sigo esperando, Bennett —gruño en pie frente a él, inclinándome mientras coloco ambas manos sobre la mesa—. Dame algo útil sobre ese Viper o te cargo dos asesinatos y un intento de homicidio. El tiempo corre, tic tac, tic tac. Y a mí se me acaba la paciencia.

Jeremy Bennet me observa nervioso, su frente ahora empapada en sudor

—Vamos, Jeremy, no seas imbécil. Dame algo, un nombre, una ubicación, lo que sea. Es tu mejor oportunidad para librarte de la perpetua —presiono.

Noto que empieza a derrumbarse. Se retuerce nervioso sobre la silla metálica. Mueve los ojos de un lado a otro, como si buscase una salida. Se encorva ligeramente, el peso de las nuevas acusaciones le aplasta. Es algo que he visto en muchas ocasiones. Está a punto de ceder.

Deja escapar un largo suspiro, todavía debatiéndose sobre si le conviene más enfrentarse a una posible cadena perpetua o a la venganza del hombre que le ha contratado. Muerde el interior de su mejilla, haciendo que los músculos de la mandíbula se tensen.

Falta poco.

—Muy bien, Bennett, tú lo has querido —insisto, haciendo ver que abandono la sala de interrogatorios.

—¡Espera! —grita—. Había un plan B. Solo en el caso de que no pudiese colocar la bomba en ese apartamento —admite, escondiendo el rostro entre las manos.

—Te escucho —indico en tono bajo, sentándome frente a él.

—El Club Náutico de River Street. Es una gala para recaudar fondos, no sé exactamente para qué. Acudirá mucha gente. Marla Trenton estará allí. Si no conseguía lo de la bomba, mi trabajo era pasar por ese club y esperarla. Solo debía asustarla, lo juro —se apresura a explicar—. Asustarla de verdad, Viper me dejó total libertad.

—¿Cómo que te dejó libertad? —interrumpe Crow, acercándose peligrosamente al detenido.

—Juro que no le iba a hacer daño, pero Viper me dijo que podía hacer todo lo que yo quisiera con ella —responde Bennett, alzando las manos y bajando la mirada para no encontrarse con la de Crow.

—¿Eso es todo lo que tienes para mí? —inquiero con brusquedad, pretendiendo presionarle un poco más.

—Eso es todo. De verdad. Por favor, dime que me servirá de algo. Os he dicho todo lo que sé —agrega nervioso.

Ni siquiera le respondo, me levanto y abandono la sala de interrogatorios, seguida de Crow, que se vuelve para regalar una última mirada amenazante al detenido.

—¿Tú comes o te alimentas del aire? —protesta, señalando con la barbilla el reloj que tenemos en la pared.

—¿Estás enfadada por algo?

—Tengo hambre. En las películas los polis estáis todo el día comiendo donuts, y no me has ofrecido ni uno, detective —bromea, alzando las cejas.

—¿Te vale una hamburguesa? Yo invito. Creo que te debo una.

Crow asiente y pronto nos envuelve el aroma de las grasientas hamburguesas del bar frente a la comisaría. Nos sentamos sobre unos asientos de vinilo rojo, desgastados por el paso del tiempo, mientras Crow dibuja una sonrisa de oreja a oreja en sus labios.

—¿Te gusta el sitio?

—Me gusta que a ti no te guste —responde—. Vive un poco, detective, no todo en la vida es cuidarse.

Antes de que me quiera dar cuenta, Crow pide una desorbitada cantidad de comida para las dos. Creo que su único criterio ha sido el nivel de grasa que contiene y no sus gustos, pero, por algún motivo, su actitud relajada consigue relajarme a mí también.

Al poco rato, la camarera deja frente a nosotras una montaña de nachos, cubiertos de queso fundido, que Crow devora con la mirada como si no hubiese comido en un mes.

—Buah, esto está buenísimo —admite, cerrando los ojos.

Me encojo de hombros y trato de comer algo. No soy una fanática de los nachos y menos si están hasta arriba de queso. Al menos, la hamburguesa está bastante decente.

—Prueba esta salsa —exclama Crow, mojando un nacho en una salsa de tomate picante y extendiendo el brazo para llevarlo a mi boca.

Y no sé si es que ese nacho pica mucho o el hecho de que Crow lo haya llevado hasta mi boca, pero, lo cierto es que empiezo a sudar más de lo que yo quisiera.

No ayuda demasiado que poco más tarde nuestros dedos se rocen accidentalmente sobre una fuente de patatas fritas junto a los nachos. Retiro la mano, ofreciéndole una rápida disculpa, pero mi corazón se ha saltado varios latidos. A la siguiente vez, juraría que Crow deja su mano más tiempo del necesario, buscando un contacto que trato de evitar a toda costa.

La conversación fluye de manera cómoda y, quizá por primera vez, me siento muy a gusto a solas con ella. Parece estar de buen humor y cada una de sus sonrisas es como si un rayo de sol se colase entre las nubes. Pero, si tiene una sonrisa encantadora, sus labios llaman demasiado mi atención. Son perfectos, el cosquilleo que se forma en la parte baja de mi vientre al pensar qué sentiría al besarlos es imposible de ignorar.

—Tienes un poco de salsa, no te muevas —susurra de pronto.

Aunque quisiera moverme, no podría. Crow recorre con la punta de los dedos mi labio inferior con tanta delicadeza que consigue que todo mi cuerpo comience a temblar.

Sonríe, plenamente consciente del efecto que ha tenido. Se inclina ligeramente. Lento. Muy lento. Tanto que el tiempo parece haberse detenido. Me pierdo en la profundidad de esos ojos azules que me miran fijamente, clavándome una mirada felina que está a punto de derretirme.

Joder. Siento cada latido de mi corazón en la sien. Tendría que levantarme, poner la excusa de ir al baño, lo que sea, pero el deseo que veo en sus ojos me hace perder la cabeza y ella lo sabe.

No puedo permitirlo. Una parte de mí lucha por evitarlo. Contengo la respiración mientras se acerca centímetro a centímetro, sus preciosos labios entreabiertos. El mundo se reduce a nosotras dos.

Sonríe. Una sonrisa maravillosa, pícara y dulce. Sabe que me tiene y yo soy una imbécil por dejarme llevar.

—Detective —susurra a centímetros de mi boca y, sin poder hacer nada por evitarlo, abro ligeramente los labios.

Inclina la cabeza y sus ojos se posan en mi boca. Imito instintivamente sus movimientos, sin atreverme a respirar, entrecerrando los ojos y entonces…

—Joder —suspira Crow, echándose hacia atrás y alzando los ojos al cielo.

El sonido de una llamada entrante rompe la magia del momento. Dejo escapar un largo suspiro involuntario. El jefe Davis me ha salvado de una buena.

—Cuente con ello, señor —indico al colgar.

—¿Qué quiere? —pregunta Crow, visiblemente decepcionada con la llamada.

—Debemos ir a esa gala del Club Náutico. Ha conseguido dos entradas y quiere que nos pasemos por allí por si vemos algo raro. Han confirmado que Marla iba a asistir —le explico.

—¿Vamos como pareja?

—Vamos juntas.

—Bueno, ya me entiendes, habrá que disimular, ¿no? Quedaría un poco raro que vayas a un metro y medio de mí. Parece que llevas un letrero de neón sobre tu cabeza gritando "policía, policía" —bromea, haciendo una mueca con los dedos en el aire.

—¿Tienes algo formal para ponerte?

—No, en la cárcel no solíamos tener muchos de esos bailes.

—El jefe me ha dicho que podemos pasar por una tienda de ropa a comprarte un vestido. Hay una a un par de manzanas de aquí que está bastante bien —le indico, dejando un billete de cincuenta dólares sobre la mesa antes de levantarme.

—¿Me vas a comprar un vestido? ¡Qué gesto tan romántico, Izzy!
—susurra antes darme un pequeño codazo.

—Te recuerdo que estamos en una misión importante y que no puedes llamarme Izzy.

—Eres un cardo —murmura con una sonrisa.

En la tienda, Crow parece disfrutar eligiendo su vestimenta para la noche. Descuelga uno tras otro, antes de mostrarme un elegante vestido negro de tirantes.

—¿Qué te parece? —pregunta, alzándolo con ambas manos.

—El que quieras.

—Debo comprar ropa interior a juego, no quedaría bien con un sujetador deportivo. ¿Crees que queda mejor sin sujetador?

—Compra lo que quieras, Crow —gruño, deseando salir cuanto antes de la tienda.

—Pero ¿tú qué piensas, detective? ¿Estaría sexy con esta lencería negra o mejor sin sujetador ni bragas?

Abre la boca como para insistir, pero creo que la cara que he puesto, negando con la cabeza, la ha convencido para probarlo y dejarse de bromas.

—¿Podrías darme tu opinión dentro del probador? —pregunta alzando las cejas, mientras hace como que se coloca el sujetador.

—Crow…

—Relájate, estoy de broma. Ahora salgo —susurra con un guiño de ojo.

Desaparece en uno de los probadores, cerrando la puerta tras ella. En mi espera, no debería estar imaginándome a Crow mientras se desnuda. Tampoco debería dibujar en mi mente cómo le quedará ese conjunto de lencería, o la manera en que se arquearía su espalda bajo mis manos si hacemos el amor.

Capítulo 10



Isabella

Para ser un evento en el que pretenden recaudar fondos, el montaje de la propia gala es un auténtico despilfarro de dinero. Una orquesta toca música de jazz en vivo, mientras una buena parte de la alta sociedad neoyorquina bebe y charla de manera animada. Supongo que para ellos, es más importante dejarse ver y hacer algún negocio que lo que puedan aportar a los más desfavorecidos.

Observo lentamente el reluciente salón de baile, mis sentidos agudizados en busca de cualquier señal de peligro. Crow permanece a mi lado, preciosa en su vestido negro, pero visiblemente incómoda en un mundo de lujo y falsas sonrisas que no son su hábitat natural.

—¿Quieres dejar de cogerme por la cintura y centrarte? —protesto.

—Recuerda que somos una pareja, detective —susurra con un guiño de ojo antes de apoyar una mano en mi cadera.

—¿Ves algo raro? —insisto.

—¿Además de aquella ridícula escultura de hielo en forma de sirena?

—¿Qué me dices de aquel tipo junto al bar? —pregunto, señalando con la barbilla de manera disimulada.

—¿El que está bebiendo un whisky?

—Ese mismo.

—Desde luego podría ser el que estamos buscando. Parece más un matón que un empresario. Se le ve incómodo, como si estuviese cabreado por algo. Quizá esperaba ver a cierta persona que no ha venido —ironiza, entrecerrando los ojos en su dirección.

—Crow, ¿necesitas gafas?

—¿Qué coño dices?

—Crow… No me lo puedo creer. Dime, ¿qué pone en el letrero que hay justo a su derecha? —inquiero para tratar de verificar mis sospechas.

—¿Quieres saber si sé leer? Ya te he dicho que en la cárcel leía mucho.

—¿Tienes miedo de tapar esos ojitos azules con unas gafas? —bromeo.

—No pensé que con un solo Martini te fueses a poner tan tonta, detective —espeta, haciendo una mueca de disgusto, pero sin admitir que no ve bien.

—Tenemos que acercarnos. Encaja perfectamente en la descripción. Grande, muy fuerte, la cabeza rapada. Joder, ese esmoquin se va a romper en cualquier momento como flexione los brazos. Solo nos faltaría confirmar lo del tatuaje, pero desde aquí no puedo verlo, a menos que se dé la vuelta. Tiene que ser nuestro hombre. El que describió el joyero.

Le observo con mayor detenimiento. Escudriña el salón de baile con una agresividad controlada, como si buscase a alguien en concreto o esperase que pasase algo en cualquier instante.

—Está muy atento, en cuanto vea que alguien se acerca directamente se dará a la fuga —asegura Crow.

—No si llegamos hasta él bailando —propongo.

—Buah, detective. Si con un Martini me invitas a bailar, con dos o tres no sé lo que me

harías —bromea, mordiéndose el labio inferior y alzando las cejas.

Prefiero no responder y extiendo la mano en su dirección, esperando que no se note mucho el rubor que siento subir por mi cuello.

—Tú sí que sabes tratar a una mujer —ríe, cogiendo mi mano para adentrarnos en la pista de baile.

Pongo los ojos en blanco y, de nuevo, no respondo. Disfruta provocándome y hay veces que no sé si darle una bofetada o empujarla contra una pared para besarla.

O quizá otras cosas en las que no quiero pensar ahora, porque en cuanto entramos en la pista de baile, el resto del mundo se desvanece. Coloco las manos en su cintura con timidez, pero ella se mete de lleno en el papel, rodeando mi cuello y pegándose a mí hasta apoyar la cabeza en mi hombro.

Nos balanceamos lentamente al ritmo de la música, pero el calor de su cuerpo, el aroma de su perfume, el roce de sus pechos en los míos, las suaves caricias en mi nuca con la punta de sus dedos mientras bailamos, son demasiado como para que me pueda concentrar.

Intento pensar en la misión, aunque mi respiración ligeramente entrecortada y los latidos acelerados de mi corazón, indican que quizá no lo esté consiguiendo del todo.

—Ya estamos cerca, ¿puedes ver el tatuaje? —susurra junto a mi oído, disimulando como que va a besarme tras el lóbulo de mi oreja.

No creo que el leve suspiro que se me escapa cuente como respuesta, y espero que el suave ronroneo de Crow mientras roza la punta de la nariz en mi cuello sea tan solo para provocarme.

—Sí, es el —admito con las rodillas temblando.

—Vamos más cerca —sugiere.

De pronto, se tensa, observa nerviosa por encima de mi hombro.

—¡Mierda! —exclama justo antes de acunar mi rostro entre sus manos y besarme.

Mi mente es incapaz de reaccionar, abro ligeramente los labios y siento la punta de su lengua recorrerlos con lentitud, buscando la mía y el vergonzoso gemido que apago contra su boca es lo último que esperaba escuchar.

Con la misma rapidez, rompe el beso, dejándome aturdida.

—Lo siento, creo que nos había visto. Era el mejor modo de disimular —confiesa.

—Sí, tienes razón —afirmo con el pulso acelerado, incapaz de razonar—. Mierda, se va.

El tipo de la cabeza rapada se dirige a grandes zancadas hacia la salida. De espalda, se ve claramente el tatuaje de una serpiente, cubriéndole la nuca.

Con disimulo, corro tras él. Empuja a algunos invitados, su enorme espalda parece aún más fuera de lugar en su huida.

—¡Policía, alto! —grito al ver que le estoy perdiendo, pero no se detiene.

En la calle, el frío de la noche me golpea nada más salir. Es asombrosamente rápido para su tamaño. Aun así, me quito los zapatos de tacón y acorto distancias.

Al sentirme cerca, se da la vuelta con rapidez y me sacude en la cara con su enorme puño, cerca del pómulo izquierdo. Intento esquivarlo y posiciono el cuerpo para absorber el golpe, lo que no evita que me tire al suelo, donde permanezco desorientada durante unos instantes.

—Joder, menos mal que boxeas —bromea Crow, poniéndose en cuclillas junto a mí.

—Se nos ha escapado —maldigo, todavía con la visión nublada.

—Eh, ahora sabemos que es diestro. O que maneja muy bien ambas manos —agrega con un guiño de ojo—. Vamos dentro para ponerte hielo.

Me apoyo en su hombro con dificultad y caminamos hacia el Club Náutico, cuando, de

pronto, observo que Crow cierra el puño sobre algo brillante.

—Joder, por favor, Crow —bufo con indignación—. Dime que no has estado robando ahí dentro.

—Eh, no. ¿Por quién me tomas? ¿Por una delincuente? Se le cayó al calvo de la serpiente mientras corría. ¿Sabes lo que vale esto? —pregunta, sacudiendo en el aire el reluciente reloj.

Capítulo 11



Isabella

—¡Dámelo, Crow! —exijo.

—Antes vamos a poner un poco de hielo en ese golpe. Yo te lo guardo mientras tanto.

—Crow… dame ese reloj. Es una prueba —insisto, extendiendo la mano.

—No sé por quién me tomas. Solo lo iba a guardar temporalmente, te veo un poco desorientada por el puñetazo que has recibido. No es que pretenda quedármelo, ni nada de eso —gruñe mientras lo deposita sobre la palma de mi mano.

—¿Es muy caro?

—¿Un Patek Philippe Calatrava en oro blanco? Carísimo —responde sin dudar—. No sé cómo el tipo ese puede pagárselo. Pero, con este es posible que tengas más suerte y te lleve a una joyería que guarde registros fiables de lo que vende —añade.

Pongo el reloj a buen recaudo en mi bolso y, mientras caminamos de vuelta hacia el Club Náutico, pienso que quizá no debí dudar de Crow. Sin duda podría haberse parado a esconder ese reloj. En cambio, lo mantuvo en el puño para llegar más rápido hasta mí. Supongo que es inevitable no recordar su pasado. ¿Puede cambiar alguien como ella? ¿Puede reformarse una delincuente con un largo historial de crímenes?

—Lo siento, no es que dude de ti —me apresuro a explicar—. ¿Alguna idea de cómo lo pudo haber sacado?

—Se lo robaría a alguno de esos capullos del club que ni siquiera se habrá dado cuenta. Redistribución de la riqueza, supongo —bromea mientras pide en la barra del bar una bolsa con hielo.

La elegante gala benéfica parece disiparse en la niebla mientras aplica el hielo sobre mi pómulo, el ceño fruncido, como si estuviese preocupada por algo.

—¿Seguro que estás bien? —insiste—. No te ha abierto herida, con lo sexy que estarías con una pequeña cicatriz en el pómulo —bromea, dando un cariñoso golpecito en la punta de mi nariz que me deja sin palabras.

Y justo cuando estoy a punto de responder, mi peor pesadilla se hace realidad.

—Isabella Álvarez… menudo espectáculo para la policía de Nueva York: bailando y besando a una conocida delincuente a la que estás investigando —escucho a mi espalda.

No necesito darme la vuelta para saber quién es la zorra que emite esas palabras.

—No la estoy investigando… Crow, no te estoy investigando —aseguro, bajando la voz al pronunciar esas últimas palabras.

No sé por qué he sentido la urgencia de explicarme en vez de alzarme y cerrarle la boca.

—¿Qué haces aquí, Kalinsky? —gruño, chasqueando la lengua con desdén.

—Yo estoy aquí con mi pareja —anuncia orgullosa, acercándose a un hombre que le sacará al menos treinta años, pero que destila dinero por todos sus poros—. ¿Y vosotras dos? ¿De escapada romántica?

—Estamos en una investigación. Órdenes del jefe Davis.

—Oh, sí, estoy segura de que el jefe Davis te ordenó darle un morreo a la delincuente en medio de la pista de baile. Mañana estará encantado de saber que has cumplido sus órdenes

al pie de la letra —ironiza, lanzando una mirada desafiante a Crow—. Siempre has estado obsesionada con esa criminal —agrega con una mueca de asco.

—¡Ya está bien, Kalinsky! —protesto alzando la voz—. Entramos en la pista de baile para acercarnos a un sospechoso y no existió tal beso, hicimos como que nos besábamos para disimular cuando llegamos a su lado. Por si no te has dado cuenta, el sospechoso ha huido. Si estabas tan atenta a lo que hacíamos, ¿puedes explicarle también al jefe Davis por qué no has intervenido? —añado enfadada.

Por suerte, su pareja le dice algo al oído al percatarse de que estamos llamando la atención y se detiene. Su rostro pasa por varias tonalidades de rojo antes de volver a hablar. La mirada llena de odio.

—Esto no va a quedar así, Álvarez —amenaza antes de que su acompañante se la lleve por el codo.

Bufo mientras les veo alejarse y fundirse entre la multitud, temblando de rabia hasta que Crow coge mi mano entre las suyas para acariciar mis nudillos con el dedo pulgar.

—¿Sabes? Mi vida era mucho más fácil cuando me investigaba Kalinsky. Es medio idiota, no se enteraba de nada. Pensé que la habrían echado del cuerpo a estas alturas —ironiza.

—Es una imbécil —mascullo.

—Vámonos de aquí, detective —susurra, haciendo un gesto con la cabeza hacia la salida.

***

—Podría haber llegado sola hasta mi portal, Crow —me quejo, entornando los ojos.

—Quería asegurarme de que estabas bien con lo del golpe. Ya sabes.

—¿Quieres decirme algo? —inquiero, al ver que parece nerviosa, cambiando el peso de su cuerpo de una pierna a otra.

—Es solo que… siento haberte causado problemas con lo del beso y eso. Quizá no sea fácil de explicar al jefe Davis —admite.

—Kalinsky siempre ha sido una imbécil. No te preocupes —le aseguro.

—Ya, bueno, aun así, yo… yo nunca debí besarte sin preguntarte antes y…

—Crow —suspiro, y antes de que me quiera dar cuenta, coloco una mano en su cintura, inclinándome para besar sus labios.

Es un beso suave, rápido, un simple roce, pero suficiente para que mi corazón esté a punto de tener un infarto.

—Guau, supongo que ahora estamos en paz —bromea, aunque el brillo en sus ojos me dice que quiere más. Mucho más.

—¿Te ha molestado? —pregunto con miedo.

—¿Estás de coña? Puedes repetirlo cuando quieras, en cualquier parte de mi cuerpo que tú elijas —añade con un guiño de ojo repleto de picardía.

—¿Quieres subir? —susurro, y de pronto, me doy cuenta de que puedo estar cometiendo el mayor error de mi vida, aunque no estoy en condiciones de parar.

—Vale, pero solo por asegurarme de que no te mareas y llegas bien a tu apartamento, no te hagas ilusiones.

—Para que conste, llevaba mucho tiempo queriendo darte ese beso —confieso mientras abro la puerta de mi casa.

La única respuesta que recibo es el cuerpo de Crow presionando el mío contra la pared, al tiempo que cierra la puerta de entrada con el pie. Mi corazón se acelera al sentir su calor. Tira de mi melena, haciéndome girar el cuello y me besa con pasión mientras busca frotar

sus pechos con los míos.

Su lengua recorre mi labio inferior y, antes de que me quiera dar cuenta, me levanta el vestido, colando la mano derecha por debajo de mis bragas y deslizando los dedos entre mis piernas.

—¿Tienes prisa? —jadeo.

—No lo sabes bien —sisea junto a mi oído antes de tirar con ambas manos del lateral de mis bragas para romperlas.

Y, durante un breve momento de lucidez, me percato de la gilipollez que estoy haciendo. Sí, estoy excitada, tremendamente excitada, pero también confusa y asustada. No es solo que no confíe plenamente en ella, sino que si esto llega a saberse estoy acabada. Si Crow está involucrada de algún modo en estos crímenes, mi pequeña aventura lo mandará todo al garete.

Por desgracia, ese momento de lucidez dura justamente eso, un chispazo y nada más, porque mis gemidos cuando siento sus dedos en mi interior no me dejan pensar con claridad.

—Déjate llevar —suspira mientras apoyo la pierna derecha en una silla para que tenga mejor acceso.

Me agarro a su cuello, sintiendo el calor de su cuerpo, la pasión con la que la palma de su mano roza mi clítoris cada vez que empuja dentro de mí, y ya no quedan dudas ni miedos. Todo desaparece. Tan solo queda Crow.

Mis rodillas tiemblan, repito su nombre entre jadeos. Siento cómo me presiona contra la pared, deshaciéndome en gemidos cada vez que curva sus dedos hacia arriba y me vuelve loca de placer.

—¡Joder! —grito, y todo mi cuerpo se estremece al sentir cómo se va formando un orgasmo en mi interior.

Me agarro a ella con más fuerza, enraizando las manos en su pelo, gimiendo, suspirando su nombre mientras me dice al oído todo lo que pretende hacerme a continuación. Es un sexo intenso, salvaje, primario, pero mejor que cualquier otro que haya tenido con anterioridad.

Sus caderas se sincronizan con las mías, sus dedos parecen saber dónde presionar para volverme loca de deseo. Besa mi cuello, muerde el lóbulo de mi oreja y, cuando alcanzo un maravilloso orgasmo, una sola palabra sale de mi garganta en forma de suspiro entrecortado: “Crow”.

Capítulo 12



Isabella

—Ha sido increíble —susurra, sus dedos todavía dentro de mí mientras gotas de sudor recorren mi espalda.

Simplemente, asiento lentamente con la cabeza y trato de recuperar la respiración. Ella me clava la mirada y sonríe.

—¿Dónde está el dormitorio? —suspira, deslizando la mano derecha por mi melena.

Sin decir palabra, caminamos hasta mi habitación, dejando un reguero de prendas esparcidas por el suelo.

—Me encantan esos ligeros abdominales, detective —confiesa, recorriendo mi vientre con la punta de los dedos.

—No pensaba que tú estuvieses en tan buena forma —admito sorprendida.

—Es por el parkour.

—¿Haces parkour?

—Solo cuando me persigue la policía —bromea, tumbándose junto a mí para besarme.

No puedo evitar sonreír. Hay algo en ella que comienza a hacerse irresistible.

La tumbo bocarriba sobre el colchón, inclinándome para seguir con el dedo índice uno de los tatuajes antes de acariciar sus pechos. Cierra los ojos y suspira. Arquea ligeramente la espalda mientras sus pezones se endurecen entre mis dedos y, aunque debo admitir que alguna vez he imaginado este momento, la realidad lo supera con creces.

Todo su cuerpo es tremendamente receptivo. Cada caricia, cada beso, la hace estremecer. Y esos pezones en mi boca… joder, me parecen lo más sensual del mundo.

Trazo el dibujo de un nuevo tatuaje, esta vez con mis labios, que me lleva hacia su vientre y, desde ahí, a su pubis. Al sentirme cerca de su sexo, Crow estira su cuerpo como si fuese una gata, dejando escapar unos suaves gemidos que me vuelven loca de deseo.

Me detengo unos instantes para admirarla. Soplo sobre su clítoris, haciendo que su espalda se arquee al sentir mi aliento. Se revuelve nerviosa, esperando algún tipo de contacto. Contrae los dedos de los pies, acaricia con suavidad mi melena, pero no dice nada. Es como si disfrutase de esa dulce tortura.

Beso delicadamente su sexo, percibo el aroma de su excitación, su sabor, y pronto escucho nuevos gemidos, ahora mucho más evidentes. Enraíza ambas manos en mi pelo, atrayéndome hacia ella en un movimiento urgente, primario, mientras alza las caderas al compás de cada movimiento de mi lengua.

Pronto, me sorprendo a mí misma devorando su sexo como si el mundo pudiese acabarse en cualquier instante. Crow se pierde en un recital de gemidos y jadeos, su mano derecha abandona mi pelo para pellizcar sus pezones, hasta que emite un suave y larguísimo gemido y se queda muy quieta, a excepción de los pequeños espasmos de placer que sacuden sus caderas.

—¡Guau, detective! —suspira, echando la cabeza hacia atrás y entornando los ojos.

—Creo que puedes llamarme Izzy.

—Ya me estoy acostumbrando a lo de detective —bromea, mientras tira de mis brazos

para que cubra su cuerpo desnudo con el mío.

Siento su corazón latiendo con fuerza mientras recupera la respiración. Araña con suavidad mi espalda, llegando hasta mis nalgas para darme un cariñoso azote en el culo antes de besarme con pasión.

—Quiero esposarte a la cama —suelta de pronto.

—No creo que eso sea buena idea —protesto.

—No seas aburrida. Te recuerdo que tú me has esposado unas cuantas veces. Esto será mucho mejor —asegura con un sensual guiño de ojo.

Mi corazón se salta varios latidos al escucharla. Nunca me han esposado al cabecero de la cama, mucho menos con unas esposas reglamentarias como pretende Crow. Aun así, la propuesta tiene un punto de morbo que me excita una barbaridad.

Prácticamente, tiemblo mientras asegura mis muñecas. Un subidón de adrenalina que recorre mi cuerpo como si fuese una corriente eléctrica. Es una situación extraña. Estoy a su merced. Esposada a la cama, expuesta a lo que ella quiera hacerme. Y es más excitante de lo que jamás hubiese imaginado.

Recorre mi cuerpo, acariciando, provocando. Es un escenario de un erotismo sublime. Desliza la punta de los dedos sobre mi piel, poniéndome la carne de gallina a su paso. Recorre mis pechos, vadea mi areola sin llegar a tocar los pezones, me hace suplicar.

Sonríe.

—Me estás torturando, Crow —me quejo con la respiración entrecortada.

Se inclina sobre mí, lame mi cuello con la punta de la lengua, siguiendo el recorrido de la yugular hasta llegar a mi oído.

—Te voy a follar hasta que grites mi nombre —susurra antes de morder el lóbulo de mi oreja.

Y debo reconocer que cumple su promesa. Pronto, mi cuerpo se retuerce bajo sus manos. Me acaricia con delicadeza, besa cada milímetro de mi piel con una lentitud infinita y, cuando por fin llega a mi sexo, estoy tan excitada que no necesita mucho para que me deshaga en un intenso orgasmo.

Todavía tratando de recuperar la respiración, Crow suelta las esposas y me abraza.

—La próxima vez utilizaremos unas de algún material suave —me asegura, acariciando las marcas rosadas que el metal ha dejado en mi muñeca.

Se acurruca a mi lado, apoyando la cabeza en mi hombro, rodeando mi cintura con uno de sus brazos, y el silencio que envuelve el dormitorio es una sensación maravillosa.

Sonrío como una boba al sentir sus pequeños besos en la clavícula. Beso su cabeza, coloco un mechón de pelo rebelde detrás de su oreja y, cuando estira el brazo para taparme con la sábana antes de quedarnos dormidas, me sorprendo a mí misma susurrando un “te quiero” que se queda flotando en la noche.

***

La luz de la mañana se filtra a través de las cortinas y, por unos instantes, sentir la cálida piel de Crow sobre la mía me hace sonreír. Acurrucada contra mi cuerpo, respira tranquila, relajada, abrazándome justo por debajo de mi pecho izquierdo.

A continuación, la realidad me golpea como un tren de mercancías. Trago saliva, mi corazón se acelera. ¿Qué coño he hecho?

—¡Soy gilipollas, joder! —mascullo entre dientes.

Me levanto con cuidado, alzando el brazo de Crow con delicadeza para no despertarla y me dirijo, todavía desnuda, a la cocina. La culpa me atenaza el estómago. He cruzado una

línea prohibida. Un montón de ellas. Si esto se sabe… si debemos ir a juicio porque ella está involucrada de algún modo… Joder, mi carrera como policía está acabada.

Soy imbécil. No voy a negar lo que siento por ella, pero es imposible. Esto nunca debió ocurrir. Lo de anoche fue un momento de debilidad que no me puedo permitir. No debo.

Me agarro a la encimera con fuerza, hasta que los nudillos se quedan blancos por la presión y dejo escapar un grito ahogado de pura frustración.

De pronto, me asalta un extraño presentimiento. Sin poder sacarlo de la cabeza, corro al salón. ¡Mierda! ¡Joder!

—¡Crow! ¿Dónde está el reloj? —grito al abrir el bolso y observar que no hay ni rastro de él.

Se acerca desnuda, todavía con cara de sueño, frotándose los ojos.

—Despertarse y ver ese cuerpo sin nada de ropa estoy segura de que trae buena suerte —bromea, bostezando.

—¿Dónde está el puto reloj? —insisto, pegando un manotazo en la mesa.

Su rostro cambia por completo. Se pone muy seria. No hay ni rastro de la preciosa sonrisa de hace unos minutos. Pero no es enfado, ni culpa, ni arrepentimiento. Es decepción.

—Lo metiste ayer por la noche en ese cajón de ahí —me recuerda en voz baja, señalando con el dedo el mueble principal del salón—. Al sacar el teléfono de tu bolso se cayó y decidiste guardarlo.

—Mierda, Crow, lo siento… yo no…

—Está bien. No pasa nada, me voy.

—¡No, espera, Crow! —insisto, un sentimiento de culpa revolviéndome las entrañas.

—Mañana nos vemos en la comisaría. Sé muy bien cuando no me quieren alrededor —espeta antes de recoger su ropa del suelo y ponérsela con prisas.

—Crow…

—Tranquila, detective Álvarez. Nadie se va a enterar de lo que ha pasado —murmura sin ni siquiera mirarme, mientras sale por la puerta.

Capítulo 13



Crow

En la comisaría, las luces fluorescentes parecen brillar hoy de manera más cruel, mientras esperamos los resultados del equipo forense que investiga el reloj.

Apenas me ha dirigido la mirada, como si para ella, la noche que pasamos juntas fuese el mayor error de su vida. Por unas horas, había vislumbrado un posible futuro a su lado. Acurrucada junto a su cuerpo desnudo, me aventuré a ver un atisbo de esperanza.

Su falta de confianza atravesó mi corazón como una daga helada. Su fría mirada me hizo comprender: a sus ojos, no soy más que una delincuente. Para ella soy basura.

El aire en su despacho se hace pesado. Un "buenos días" es la única conversación que hemos mantenido. Por el rabillo del ojo veo que me observa. Un par de veces, incluso juraría que ha abierto la boca, como si quisiese decir algo, pero las palabras no se han atrevido a salir de su garganta. Cualquier vínculo que creí tener con Isabella, ha desaparecido.

Y su rechazo duele.

Estoy acostumbrada a que me hagan daño, mi vida nunca ha sido fácil, pero esto es duro. Con Isabella me permití bajar las barreras, durante unas horas le dejé ver mi verdadero yo, me mostré vulnerable. A cambio he recibido indiferencia. Tan solo ha visto las cicatrices de mi pasado. Se ha centrado en las espinas del tallo, sin querer apreciar la rosa.

—Si te molesta algo, dilo de una puta vez —suelto de golpe, sin poder aguantarme por más tiempo.

—¿Qué?

—Joder, detective. Entiendo que no tenemos que ser amigas y mucho menos otras cosas, si tú no quieres. Tan solo estamos colaborando en un caso, pero no me ignores como si ni siquiera estuviese aquí —protesto.

Simplemente bufa y pone los ojos en blanco. No se molesta en responder. Ha vuelto a ponerse en modo "detective dura y gilipollas" y yo soy solo la delincuente con la que se ve obligada a colaborar. Esa a la que metió en la cárcel hace poco más de ocho años.

—¿Algún avance? —pregunta Isabella en cuanto un miembro del equipo forense entra en su despacho.

Se levanta de la silla como un resorte, como si estar conmigo en esta oficina fuese lo más incómodo del mundo.

—Las piezas de ese valor suelen estar muy bien documentadas —anuncia el investigador —. Nos hemos puesto en contacto con la joyería que lo vendió y el dueño parece ser Héctor Rummage.

—¿El financiero? —interrumpo.

—Tiene varias empresas de todo tipo —explica Isabella.

—Sí, incluyendo fondos buitre que compran edificios en las zonas pobres de la ciudad y explotan a sus inquilinos. Eso cuando no les acosan hasta que abandonan sus casas para derruirlas y construir centros comerciales. Puf, y luego me llaman a mí delincuente —me quejo, alzando los ojos al cielo.

—El señor Rummage ha sido investigado en varias ocasiones por su relación con posibles actividades ilegales —anuncia el miembro del equipo forense, cruzando una rápida mirada con Isabella, por si ha metido la pata al decirlo delante de mí.

—¿Por qué lo tenía el matón de la gala benéfica?

—¿Ha denunciado su robo? —pregunta Isabella.

—Eh, mi pregunta ya llevaba implícita la tuya —protesto.

La detective no responde, entorna los ojos y niega con la cabeza. Respira hondo, antes de coger su chaqueta del perchero.

—Nos vamos —anuncia—. Le haremos una visita a Rummage, quizá saquemos algo.

Isabella

Me duele ser tan fría con Crow, pero pienso que es lo mejor para ambas. Lo ocurrido la pasada noche no puede volver a repetirse. Es inaceptable desde todo punto de vista.

Reconozco que es adictiva, demasiado adictiva. Hay algo en ella que me atrae sin poder evitarlo, y la única manera que se me ocurre para protegerme es minimizar cualquier vínculo entre nosotras.

Lo malo del distrito financiero es que no hay manera de aparcar, así que optamos por dejar el coche en un parking y hacer la última parte a pie, cortando por un callejón que ha conocido días mejores.

Nada más entrar, todo mi cuerpo se pone en alerta. Odio los lugares como este. Realizo varias respiraciones profundas, como me enseño Karen, la psicóloga que me trató durante años. La suela de nuestros zapatos resuena contra el pavimento mientras avanzamos y, con cada pisada, mis latidos se hacen más irregulares.

Sin poder evitarlo, escudriño con la mirada cualquier recoveco en busca de amenazas. Tan solo veo cubos de basura, desbordados con enormes bolsas negras de las que sale un hedor nauseabundo, mezclado con el olor a orina que desprende una de las paredes.

Una rata del tamaño de un gato se escabulle entre una montaña de cartones y me quedo paralizada. Un cruel recuerdo, conocido y doloroso, toma el control una vez más.

Regreso a la Isabella Álvarez de veintitrés años. Recién salida de la academia. Inexperta e imprudente. Patrullaba junto a mi compañero por un callejón similar. En teoría, la misión no revestía peligro, tan solo debíamos comprobar un episodio de violencia doméstica. Todo iba bien hasta que el hombre se puso nervioso y sacó una pistola. Pete trató de negociar con él, mantuvo la calma, pero yo me asusté, hice un rápido movimiento, coloqué la mano sobre la empuñadura de mi arma.

Lo que sigue transcurre a cámara lenta. Dos disparos. Me quedo petrificada. Incapaz de reaccionar, agachada en el suelo, cerrando los ojos. El cuerpo de Pete se desploma a mi lado. Sin vida.

El miedo me clava en el sitio. Su sangre forma un inmenso charco carmesí que tiñe el pavimento. Sus ojos me miran fijamente, incrédulos, como si, a pesar de no estar vivos, se preguntasen por qué no hice nada para cubrirle.

Recuerdo que grité.

Un grito ahogado, desgarrador. Grité hasta romperme la voz. Apreté su cuerpo inerte entre mis brazos, le supliqué que resistiese. Entre sollozos, rogué a los médicos de la ambulancia que salvasen su vida, a pesar de que ya era demasiado tarde.

Le quedaban seis meses para jubilarse.

Todavía hoy, el recuerdo me persigue. Me despierto sujetando el cuerpo de Pete, gritando sin que nadie me escuche. La culpa y el horror de aquella noche me han dejado una herida

que ni el tiempo ni las horas de psicólogo podrán curar.

—Joder, ¿estás bien, detective? De pronto te has quedado pálida.

Parpadeo varias veces. Las palabras de Crow me devuelven a la realidad. Me observa con preocupación, frunciendo el ceño. Seguramente, preguntándose si estoy perdiendo la cabeza.

De pronto, unas ruedas chirrían contra el asfalto. El ruido llama mi atención. Todo ocurre demasiado rápido como para registrarlo. El sonido de los disparos es atronador. Los cristales de un escaparate caen sobre nosotras. Crow me empuja con fuerza contra el suelo, me cubre con su propio cuerpo.

Apenas soy consciente de lo que ocurre. Tapo mi rostro con las manos, agacho la cabeza y, al abrir de nuevo los ojos, mis palmas están cubiertas de sangre.

—¡Crow!

Capítulo 14



Crow

—Buah, detective, vaya corte más feo te han dejado en la frente. ¿Estás bien? —inquiero al ver que uno de los cristales del escaparate ha impactado cerca de su ceja y sangra abundantemente.

—¿Qué coño ha sido eso?

—¿Un tiroteo?

—Eso ya lo veo, Crow. Pero, joder, ¿crees que fue fortuito o venían a por nosotras? —insiste Isabella.

—¿Fortuito? No, la gente no anda por la ciudad disparando así por las buenas. Alguien te quiere muerta, guapa —anuncio, encogiéndome de hombros.

—¿A mí?

—O al menos quiere asustarte mucho. Quédate quieta para que te saque el cristal.

Isabella observa sus manos cubiertas de sangre, como si no entendiese todavía lo que ha ocurrido.

—Ya está, deja que te limpie un poco —susurro mientras saco un pañuelo del bolsillo y lo coloco sobre la herida, intentando detener el sangrado—. Te juro que no tiene mocos —agrego en tono de broma al ver que aún no ha recuperado el color.

—¿Es profundo?

—Ahora sí te quedará una pequeña cicatriz. ¿Te acompaño a un médico para que te pongan unos puntos?

Isabella niega lentamente con la cabeza, observa con la mirada perdida el final del callejón, desde donde vinieron los disparos. Cojo su mano y nos sentamos en unas cajas de plástico pegadas a la pared, en una zona relativamente limpia.

—Crow… gracias de nuevo. Yo…

—Soy tu compañera, ¿no? Al menos, durante este caso. Siempre se cubre a un compañero, lo he visto en las películas. Pero, oye, si me quieres invitar a otra hamburguesa, la acepto sin problema —bromeo con un guiño de ojo.

Isabella se queda en silencio unos instantes. Deja escapar un largo soplido, echando la cabeza hacia atrás mientras presiona la herida.

—Sé que he estado muy fría contigo esta mañana, yo…

—Has estado gilipollas, pero bueno, imagino el motivo, así que no pasa nada —interrumpo.

—Supongo que entiendes que lo de esa noche tras la gala benéfica no debió ocurrir nunca, ¿verdad? —pregunta, buscando mi mirada.

—Tenemos un trabajo que hacer, detective. Hay que cazar a ese hijo de puta, esa es la prioridad —me apresuro a responder, forzando una sonrisa, aunque me esté rompiendo por dentro.

En cuanto se recupera del susto y se levanta, prefiero no perder el tiempo en expresarle mis sospechas.

—Ese tiroteo… estaba demasiado bien planeado. O bien nos seguían desde el principio, o

alguien les informó de que visitaríamos a Héctor Rummage. Más bien lo segundo —añado, chasqueando la lengua con desdén.

—No hay ningún topo en mi unidad —protesta.

—¿Estás segura? Porque los tipos esos que nos dispararon parecían tener muy buena información sobre nuestros movimientos.

—Debieron seguirnos desde el principio —asegura, ofreciéndome de vuelta el pañuelo ensangrentado, aunque le hago una seña para que lo tire en uno de los cubos de basura que nos rodean.

—Acéptalo, tienes una rata en tu departamento. ¿Lo de nuestro paso por el callejón? Demasiado conveniente para ellos, sabían que veníamos hacia aquí. Que decidieses atravesarlo al ritmo de un caracol reumático tampoco nos ayudó mucho —bromeo, abriendo los brazos de manera exagerada.

Isabella simplemente bufa en señal de desacuerdo y se estira la blusa con las palmas de las manos, tratando de quitar unas hojas que se le han quedado pegadas al tirarnos al suelo. A continuación, otro bufido al observar que ha empeorado la situación, manchándola de sangre.

—Yo que tú vigilaría a la detective cara de zorra que nos encontramos en el Club Náutico —mascullo, dándole un pequeño empujón con el hombro.

—Puede que Kalinsky sea gilipollas, pero nunca llegaría a estos extremos.

—Ya, bueno, si algo he aprendido en mi oficio es que todo el mundo puede hacer cosas que no te esperas por el suficiente precio o motivación —añado, poniendo los ojos en blanco y negando con la cabeza.

—Basta ya, Crow —protesta, alzando ligeramente la voz.

—Vale, vale, tú misma. Pero alguien ha hablado, al menos que creas que esos tipos de las pistolas tienen poderes psíquicos. Solo quiero que tengas cuidado y, sobre todo, que tengas claro en quién confías —indico, acariciando su brazo izquierdo.

—Confío en ti —suelta de pronto, dejándome sin aliento.

Creo que esas palabras se han escapado de su garganta antes de que pudiese frenarlas. Intercambiamos una tensa mirada y media sonrisa se dibuja en sus labios.

Prefiero no decir nada. Los recuerdos de aquella noche se arremolinan en mi mente. Pero, estoy segura de una cosa. Le cubriría las espaldas aunque tuviese que atravesar el mismísimo infierno.

Por desgracia, el pequeño momento de complicidad se acaba demasiado pronto. Un mensaje a su teléfono móvil rompe la magia y su rostro palidece al leerlo.

—Esta investigación se termina aquí. La próxima bala no será contra el cristal de un escaparate —masculla entre dientes.

—Déjame adivinar. Alguien que sabe lo que estamos investigando.

—Eso parece —admite.

—Odio decir que te lo dije, pero… te lo dije. Tiene que ser una persona de tu unidad —aseguro, asintiendo lentamente con la cabeza.

—¿Puedes rastrear el número?

—Dudo que merezca la pena, detective. Seguramente será un teléfono para un solo uso que ya habrán descartado.

Isabella parece dudar unos segundos, a continuación, alza la mirada y hace una seña con la cabeza.

—Tenemos una visita pendiente con Rummage —me recuerda.

—¿Con esas pintas? Tu apartamento está a dos calles de aquí. ¿Por qué no limpiamos esa herida? Luego puedes descansar un poco y visitar a Héctor Rummage por la tarde. Supongo que debes informar a esos tipos de los detalles del tiroteo —añado, señalando a dos oficiales de policía que se bajan de un coche y se acercan con precaución, dudando de si somos las víctimas o las agresoras.

Una vez que Isabella se identifica, les da los datos de lo ocurrido y les asegura que ella misma escribirá el informe, me acerco y cojo con suavidad su barbilla para inclinarla, observando la herida.

—Habría que limpiarla bien, al menos. No queremos que se infecte. Tú mira las condiciones higiénicas de este callejón —le recuerdo, señalando alrededor con el dedo índice.

—No es nada —insiste.

—Eres terca como una mula, detective. Vamos a tu apartamento a limpiarla o a un médico. Lo que prefieras.

Isabella titubea. Vacila por unos segundos, pero, finalmente, la razón vence a las dudas y accede.

***

—Lo siento, ya sé que escuece —murmuro al ver que hace un pequeño gesto de incomodidad cuando aplico el antiséptico en la herida.

—Tranquila, es parte del trabajo.

—Sí, menos mal que tus compis llegaron a tiempo para salvarnos. No tardarían más de media hora —ironizo.

Isabella entorna los ojos, pero en sus labios se dibuja una breve sonrisa.

—Ya está, todo listo —anuncio, dejando que mis dedos se detengan un instante, trazando la línea de su mandíbula en un sutil roce—. Ahora, deberías descansar un poco.

—Gracias —susurra antes de cogerme por las solapas de la chaqueta y atraerme hacia ella.

No hablamos. No es necesario.

Rodea mi cuello y me besa. Al principio con suavidad, como si quisiese observar mi reacción o pedirme permiso. Más tarde con urgencia. Enreda los dedos en mi melena mientras me siento a horcajadas sobre sus muslos. Desliza una mano por mi espalda, levantando mi blusa, colándose bajo ella para acariciar mi piel.

La punta de su lengua recorre mis labios en busca de la mía. Se entrega en cada beso, me hace temblar con cada caricia, pero, de pronto, en algún rincón de mi mente se enciende una luz de advertencia.

—Creo que… creo que es mejor dejarlo aquí. Lo siento —suspiro mientras me levanto.

Echa la cabeza hacia atrás y resopla. Cierra los ojos, dejándose caer contra el respaldo del sofá, claramente decepcionada.

—Crow —protesta, tratando de tirar de mi mano para atraerme hacia ella.

—Las dos sabemos que luego te vas a arrepentir y no quiero eso —siseo, antes de inclinarme para robar un último beso que me sabe a poco.

Capítulo 15



Isabella

Aprieto con rabia el teléfono mientras escucho las órdenes del jefe Davis diciendo que me quede en casa durante un par de días. Es como si alguien no quisiera que nos acercásemos a Héctor Rummage y ya no sé en quién confiar, porque ese alguien se está tomando muchas molestias para evitar que sigamos adelante con nuestra investigación.

Cuelgo el teléfono y me dejo caer en el sofá con un largo suspiro. No quiero creerlo, pero es posible que Crow tenga razón. Quizá hay un topo en mi unidad y la sola posibilidad de que eso sea cierto, me está volviendo paranoica.

Va contra todo lo que me han enseñado, contra todo lo que he defendido siempre. Confía en el sistema, tus compañeros te guardan la espalda, obedece ciegamente a tus superiores.

El tiroteo de hoy ha abierto una brecha en mi confianza. Si alguien filtró nuestra ubicación desde la propia policía, ya no sé en quién puedo confiar. Incluso tengo dudas de si las órdenes del jefe Davis de que descanse son por mi bien o para darle un tiempo extra a Rummage.

—Muy bien, ¿tú qué harías?

Crow me mira con los ojos muy abiertos, como si no se pudiese creer lo que acaba de escuchar.

—Piensa mal y acertarás, detective. Si yo fuese tú, desaparecería del sistema durante el tiempo que te han ordenado estar fuera del caso y seguiría con las investigaciones. En el peor de los casos, tendrás que dar alguna explicación al jefe Davis cuando vuelvas. En el mejor de los casos, quizá consigas pillar al responsable de todo esto. Si hay una rata en tu unidad, es peligroso confiar en tus compañeros hasta no saber quién es. Ganarte una bronca de tu superior siempre será mejor que la otra opción.

—¿La otra opción?

—Que te maten —responde como si fuese lo más normal del mundo—. Mira, a mí me parece que las cosas se están poniendo bastante mal. Cada vez que hacemos algún avance, se abre un nuevo frente y el juego empieza a ser muy peligroso. Tal y como está todo, tengo muchas papeletas de acabar en la cárcel con una perpetua y tú bajo tierra. Yo lo tengo muy claro, desaparecería del sistema —agrega, encogiéndose de hombros.

—Desaparecer no es tan fácil —mascullo.

—Izzy, llevas dispositivos de rastreo, ¿verdad? —inquiere, bajando la voz.

—Tengo un localizador personal y un dispositivo en el móvil. Ambos dan mi localización en tiempo real. El coche también lleva un rastreador por GPS que indica la localización a la central. Todo eso son medidas necesarias para nuestra seguridad —le explico.

—Vale, el localizador personal lo dejamos aquí un par de días. Seguirá emitiendo la señal y pensarán que no has salido de tu casa. Para tu móvil, puedo instalarte una VPN que enmascare tu verdadera ubicación y hacerles creer, de nuevo, que no has salido de casa. Lo ideal, tal como están las cosas, sería clonar tu teléfono y dejar el clon en la casa para que siga recibiendo las llamadas y mensajes desde aquí.

—¿Y eso por qué? —interrumpo.

—Se están tomando muchas molestias. No sería de extrañar que quisieran rastrearte por la red móvil. Te puedo instalar un programa espía que falsifique el IMEI del teléfono y así simular que estás conectada desde la ubicación que desees —propone.

—Eso es como las huellas dactilares de mi móvil, ¿no?

—Así es.

—Mierda, vaya dónde hemos llegado —me quejo, escondiendo el rostro entre las manos con desesperación.

—Lo del rastreador del coche es fácil. Con dejarlo aparcado en el garaje, ya está. Puedo pedir prestada una moto, si quieres.

—Por pedir prestada, no te refieres a robarla, ¿verdad? —inquiero, todavía sin fiarme del todo de sus métodos.

—Joder, vaya cosas que se te ocurren. Se la pido a un colega —explica, poniendo los ojos en blanco como si lo de robar motos no lo hubiese hecho nunca.

Una hora más tarde, según el departamento de policía estoy en casa descansando. Allí estaré durante los próximos dos días, cuando en realidad, cierro los ojos con preocupación, mientras Crow conduce una moto de gran cilindrada a mucha más velocidad de la permitida de camino al despacho de Héctor Rummage.

—Todo va a ir bien, detective —grita y yo tan solo puedo agarrarme con más fuerza a su cintura con cada curva que toma, nuestras rodillas mucho más cerca del asfalto de lo que sería conveniente.

En el despacho de Rummage, lucho por contener la ira. Normalmente, soy una persona muy paciente en los interrogatorios, pero hoy no estoy teniendo un buen día. Por momentos, me apetece dar un manotazo en su elegante escritorio de caoba y exigir respuestas.

—Detective Álvarez, no soy ningún santo, todos lo sabemos. Soy un importante hombre de negocios y, por tanto, valoro mucho el dinero. No soy tan gilipollas como para comprar un Patek Philippe Calatrava en oro blanco y regalárselo a alguien a quien no conozco —expone con un gesto de desdén.

Para alguien a quien se relaciona de manera habitual con todo tipo de actividades ilegales, me parece un estúpido pomposo. Tiene suerte de que dispone de mucho dinero para pagar a un excelente equipo de abogados que siempre consigue salirse con la suya.

Tiene suerte también de que no le debo presionar, porque ni siquiera se supone que estoy aquí. No puedo arriesgarme a que presente una queja a mis superiores, eso, suponiendo que no esté compinchado con alguien en la comisaría y sea él quien está detrás de todo este embrollo.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, seguimos hablando en círculos sin conseguir ninguna información útil. Lo niega todo. Y lo peor es que no tenemos nada contra él.

—Gracias por atendernos. Estoy segura de que nos volveremos a ver —me despido, chasqueando la lengua.

Irnos con las manos vacías consigue que la furia inicial se convierta en algo peor. Está siendo un día de mierda y no tengo ni idea de cómo seguir.

—¿Me dejas investigar a mí? —propone Crow al ver que golpeo una pared con el puño.

—¿Quieres jugar a ser policía?

—Si lo piensas fríamente, tu trabajo y el mío no son tan diferentes. Lo único es que yo tengo muchas menos limitaciones y puedo utilizar métodos que… digamos que bordean la legalidad —indica, alzando las cejas—. Me da la impresión de que estás centrada en investigar a una araña sin ver la telaraña. Es posible que alguien haya pirateado los registros

del joyero y nos esté desviando. O que, efectivamente, Héctor Rummage esté involucrado.

—Joder, Crow, ¡me estás volviendo loca! Habla claro de una vez —protesto.

—Tranqui, detective. Te digo lo que yo haría: entraría en el sistema de Héctor Rumage y revisaría sus estados financieros y sus emails. Es decir, nada distinto de lo que haría la policía.

—Solo que sin orden judicial.

—Bueno, es nada más que un tecnicismo. Entre que pides la orden y no, suponiendo que te la den, que lo dudo mucho porque no le puedes acusar de nada, le da tiempo a borrar cualquier prueba que le incrimine.

—Si haces eso… siempre desde un punto de vista teórico, claro, ¿no podrían seguir la conexión hasta mi apartamento o el tuyo?

—Sí, la mujer esa que tenéis en el departamento de delitos informáticos es muy competente. Estoy segura de que podría. Por eso usaríamos un piso franco. Tengo un colega que me debe algunos favores desde hace años. Podríamos usarlo por uno o dos días mientras se supone que estás descansando en tu apartamento. Pero, claro, te hablo desde un punto de vista teórico, a mí no se me permite hacer esas cosas, ya lo sabes. Va en contra de las pautas de mi libertad condicional —agrega con un guiño de ojo.

Capítulo 16



Isabella

El piso franco que Crow ha conseguido en una zona industrial de la ciudad es estéril, austero, casi monástico, desprovisto de cualquier elemento que no sea absolutamente esencial. Sus paredes desnudas, sin otra decoración que alguna grieta en forma irregular. La luz que se cuela a través de un hueco en las gruesas cortinas deja ver las motas de polvo flotando en el aire.

Acostumbrada a los pisos francos de la policía, esta parece una estación de paso para fantasmas. Una especie de purgatorio entre dos mundos. No está hecha para vivir en ella, tan solo como pequeño refugio durante un par de días, una semana al máximo. Es una guarida donde hacerse invisible a los ojos de la policía o para esconderte de una banda rival. Una vivienda vacía, sin identidad.

No fue difícil para Crow conseguirla y, aunque me irrita que siga manteniendo el contacto con las antiguas redes criminales con las que colaboraba, ahora mismo no puedo negar su utilidad.

Aun así, mi alma de policía se retuerce dentro de mi cuerpo. Siempre he tenido muy claras las reglas, sabía quiénes representábamos el bien y quienes el mal. Ahora, las líneas de separación se han vuelto confusas y eso me deja a la deriva, sin un sistema de anclaje.

—Parece que el software está funcionando, pronto estaremos dentro —indica Crow, apoyando una mano sobre mi hombro y apretándolo ligeramente, como si percibiese mis dudas.

—Por favor, vuelve a jurarme que no podrán relacionarte con el hackeo de ninguna manera. No quiero que te arriesgues a volver a la cárcel —insisto.

—No hay problema.

—Y que no vas a desviar dinero de sus cuentas si consigues acceder —añado, bajando el tono de voz.

Crow me clava sus ojos azules y sonríe. Un guiño de ojo es toda la respuesta que recibo.

El sonido de sus dedos sobre las teclas es lo único que rompe el inquietante silencio del piso franco. Es extraño, sé que debería sentirme mucho más incómoda. Estoy dejando que piratee la red de un conocido financiero, ambas escondidas en una guarida para criminales, pero, supongo que ante situaciones extremas, tan solo se pueden aplicar medidas extremas. Solo espero que siga siendo tan buena en su trabajo como un día fue.

—¿Sabes? Este tipo de cosas eran mucho más fáciles antes de que me metieras en la cárcel —bufa, perdida en el teclado—. Los protocolos de encriptación se han vuelto una pesadilla.

—¿Cuándo empezaste a hackear?

—Comencé a husmear en las redes de los vecinos cuando tenía doce años o así —admite con una pizca de nostalgia—. Un chico me enseñó algunos conceptos básicos y a partir de ahí experimenté mucho por mi cuenta. No iba al colegio, así que tenía mucho tiempo libre —agrega, encogiéndose de hombros.

Me quedo en silencio y, como si leyese mis pensamientos, sus dedos se detienen.

—Seguramente te estás imaginando una historia triste —indica con ironía—. La pobre niña huérfana que encuentra en los ordenadores una manera de escapar a su vida de mierda.

—Yo no…

—Vale, sí. Si lo estabas pensando, esa es justamente la realidad —confiesa con una sonrisa extraña—. Aquel centro comunitario que visitamos… ese centro me salvó la vida —suspira—. Allí me enseñaron a programar. La directora decía que tenía un don. Pero lo más importante no fueron los conceptos de informática que aprendí, sino que fue la primera persona que creyó en mí. La única que me hizo ver que había una vida más allá de las calles. Ella y Marla. Si no llega a ser por ese centro comunitario, habría acabado en las drogas o en la prostitución. O en ambas cosas. Seguramente ya estaría muerta.

—Vi que tenías un vínculo especial con ese lugar.

—Me dio un propósito. Un motivo para mantenerme alejada de parte de los problemas que rodeaban mi vecindario. Supongo que por eso, cada vez que hacía un trabajo, una parte de mis ingresos iba para ellos. Nunca les podré devolver lo que hicieron por mí.

—Aquella directora del centro… me dio la impresión de que para ella también eras muy importante. Te admiraba —admito.

—Cuidado con los halagos, detective, que a una chica se le pueden subir a la cabeza —bromea antes de volver al teclado.

—¿Puedo preguntarte algo?

—¿Es personal?

—En cierto modo, sí —confieso, mordiendo mi labio inferior—. Me gustaría conocer mejor algunas de tus motivaciones.

—¿Por si debes volver a detenerme?

—Olvídalo, Crow —protesto, dejando escapar un soplido.

—Venga, dispara.

—¿Por qué las rosas negras cuando te colabas en alguna propiedad para dar un golpe? ¿Era tan solo tu firma o representaba algo más?

Crow levanta una ceja, vacilante, como si dudase de si debe compartir esa información.

—Cuando era niña, mi abuela tenía un pequeño jardín de rosas en unos metros de patio detrás de nuestra casa. Era lo único bonito en aquel apartamento de mierda. Le encantaba cuidar de las flores —recuerda con un atisbo de tristeza, y juraría que sus ojos se han humedecido levemente.

—Pero ¿por qué rosas negras?

—Mi abuela veía belleza donde otros tan solo veían cosas negativas —admite, hurgando en un agujero de sus pantalones vaqueros—. Las rosas negras representaban para mí la elegancia en el caos. Un recordatorio de que lo que hacía era algo más que un robo. Lo creas o no, tenía mi propio código de honor. Solo atacaba a gente que se había enriquecido por medios corruptos o aprovechándose de los más débiles —expone, mirándome fijamente como si me retase a juzgarla.

Volvemos a quedarnos en silencio, pero esta vez es un silencio cómodo, un instante de esos en los que no se necesitan las palabras.

—¿En qué piensas? —pregunta, girando la silla para coger mi mano y apretarla.

—Nada, te va a parecer una estupidez.

—¿No me lo vas a decir? ¿Solo puedes hacer tú las preguntas?

—Pensaba que… pensaba que quizá esa rosa eras tú. Hermosa dentro de la oscuridad.

—Sigue diciéndome esas cosas y no respondo de lo que pase, detective —susurra,

ruborizándose ligeramente.

Deja escapar un largo suspiro, entorna los ojos divertida y se inclina hacia mí, deslizando la punta de sus dedos por mi mandíbula y poniendo en alerta cada fibra de mi cuerpo. Trato de mantener la calma, aunque mi corazón se salta varios latidos en el momento en que me fijo en sus labios entreabiertos a apenas unos centímetros de los míos.

Y, de pronto, un sonido en el ordenador nos indica que ha conseguido el acceso a la red de Héctor Rumamge.

—Debe ser el destino, detective —bromea con un guiño de ojo y una sonrisa por la que se podría morir.

Capítulo 17



Isabella

—Bueno, bueno, bueno, ¿qué tenemos por aquí? —murmura Crow, dando ligeros golpes sobre el marco de la pantalla del ordenador.

—¿Qué has encontrado?

—Lo primero que se debe buscar en cualquier caso en el que se mueva mucho dinero son cuentas en paraísos fiscales —indica, como si me estuviese dando una clase—. Es también lo más seguro, porque la mayor parte de las veces no pueden denunciar esos robos a la policía —agrega, alzando una ceja.

—Y asumo que Héctor Rummage las tiene.

—El muy imbécil ha llamado el archivo "vacaciones al sol", como si nadie fuese a mirar ahí. Aquí hay cuentas abiertas en Suiza, Panamá y las Islas Caimán.

—Lástima que no podamos utilizar esas pruebas —mascullo.

—Lo más interesante son una serie de pagos periódicos desde sus cuentas de Suiza y Panamá a otra cuenta en un banco de las Bahamas. Se extienden durante los últimos tres años y conozco bien ese banco. Era uno de mis favoritos para ocultar el dinero en los tiempos en los que era menos respetuosa con la ley.

—Preferiría no saber ese tipo de detalles, Crow. ¿Puedes rastrear el propietario de esa cuenta en la que se reciben las transferencias?

Crow sacude la cabeza, la cola de caballo que se ha hecho apresuradamente ondulando de lado a lado.

—No necesito rastrearla. Sé a quién pertenece. Es la cuenta que utilizaba la banda de los Calderón —explica, pellizcándose el puente de la nariz.

—Tenían aterrorizados los barrios de East New York y Hunts Point. ¿No están casi todos en la cárcel? —inquiero confusa, señalando con el dedo índice la pantalla—. ¿Por qué sigue habiendo pagos?

—También controlaban Mott Haven en el Bronx y sí, casi todos los que pintaban algo en aquella banda llevan en la cárcel al menos un año —confirma, asintiendo lentamente con la cabeza—. En cuanto a los pagos actuales, puede significar dos cosas, o bien algo grande que se paga en varias veces, ya sabes, asesinatos, grandes alijos… o bien… —hace una pausa, dejando que un largo suspiro se escape de sus pulmones.

—¿O bien?

—Que se estén reorganizando —expone, bajando la voz como si eso le supusiese algún problema.

—¿Me vas a explicar por qué conoces el número de cuenta en las Bahamas de una banda violenta?

Crow vuelve a hacer una pausa. Titubea, mordiéndose el labio inferior, como debatiendo cuánta parte de la verdad puede contarme.

—Digamos que tuvimos una… diferencia de opinión en su día —explica de manera críptica.

—Después de todas las leyes que estoy rompiendo con esta investigación, creo que me

merezco una explicación. Puedes confiar en mí —protesto.

—Puf, vale, pero no me juzgues —suspira, poniendo los ojos en blanco y echando el cuerpo hacia atrás mientras cruje los nudillos—. Después de que me metieras en la cárcel de una forma tan grosera, una amiga mía hizo un trabajo para ellos que le salió mal. Digamos que mi amiga desapareció y significaba mucho para mí —confiesa, bajando la mirada.

—¿Mataron a tu amiga?

—Según me dijeron, cuando encontraron su cuerpo estaba irreconocible. La violaron, la torturaron, cortaron partes de su cuerpo mientras todavía estaba con vida. Eran unos auténticos hijos de puta —masculla, chasqueando la lengua y apartando la mirada.

—Y cuando dices que tuviste diferencias de opinión con ellos, ¿quieres decir?

—Pacté con la fiscalía una reducción de condena a cambio de datos. Vale, no me siento orgullosa, pero eran unos hijos de puta. Están mucho mejor entre rejas. Era la única manera que tenía de vengar a mi amiga desde mi celda.

—Y de reducir tu condena, de paso —añado, alzando las cejas.

—Menos tiempo de lo que me prometieron —se queja, haciendo una mueca de disgusto —. Escucha, solo dos personas saben esto, joder, ni siquiera sé por qué te lo estoy contando. Si se filtra esa información estoy peor que muerta.

—Puedes confiar en mí —siseo, acariciando su espalda.

—No te pongas sentimental conmigo, detective, que hoy tengo las barreras un poco bajas —bromea, echando la cabeza hacia atrás y regalándome una sonrisa que me derrite.

—¿Crees que son ellos los que están tras los asesinatos? ¿Pueden estar intentando incriminarte? —insisto mientras un escalofrío recorre todo mi cuerpo.

—Supongo que si fuesen ellos me habrían matado, quien está detrás intenta meterme en la cárcel. Aunque también es posible que se hayan vuelto unos blandos —ironiza con una media sonrisa.

—No sé cómo puedes estar tranquila.

—Mi antigua línea de trabajo casi siempre acababa con la muerte o la cárcel, detective. Pero, en serio, no estoy tranquila. Si se han reorganizado y saben que he sido yo, más vale que desaparezca en algún lugar muy recóndito —admite, poniéndose muy seria de pronto.

—Ahora tengo que pensar algún modo de conseguir una orden para registrar el sistema de Rummage que no implique admitir que le hemos hackeado. Quizá mirándolo con más calma nos dé alguna pista adicional —propongo.

—Conozco a un tipo, se llama León, fue de los pocos que se libró de la cárcel. Es bastante legal. Estaba bajo en el escalafón y no le gustaban los métodos de sus jefes. Quizá podría hablar con él y obtener algo de información. Tiene un pequeño taller en Staten Island.

Niego lentamente con la cabeza. No me gusta la idea. Cuanto menos tratos tenga con esa gente mucho mejor. Entiendo sus motivos, debía vengar a su amiga, aunque por el modo en que lo mencionó fuese seguramente más que eso para ella. Puedo entender incluso que negociase una reducción de su condena a cambio de entregar a esa gentuza a la justicia. Las calles de Nueva York están mejor sin ellos. Pero, no puedo dejar que se arriesgue de ese modo a no ser que no tengamos otra opción.

—Me encanta cuando te pones protectora, detective. Creo que hasta podría acostumbrarme a que alguien me cuide —bromea, dejando el ordenador para empujarme con suavidad sobre el sillón.

***

Esa noche, compartiendo la pequeña cama del piso franco, el calor en la parte baja de mi vientre se hace insoportable. Cada roce accidental de nuestros cuerpos me produce una descarga eléctrica. Siento su pie rozar el mío por debajo de las sábanas. Suspira levemente. A continuación, se gira para mirarme y el aire entre nosotras crepita de tensión.

Permanecemos un largo rato en silencio, mirándonos a los ojos. Estira la mano para acariciar mi mejilla con la punta de los dedos y cierro los párpados, ladeando la cabeza al sentir su tacto, hasta juraría que se me escapa un ligero ronroneo. Crow sonríe y nuestros labios se encuentran en un suave beso que es todo ternura.

—Nadie puede enterarse de esto —susurro con preocupación.

Vuelve a sonreír, niega divertida con la cabeza, entornando los ojos antes de hablar.

—Creo que hoy has infringido más leyes que en toda tu vida. No creo que una más tenga mucha importancia —confiesa antes de volver a besarme.

Desliza la mano por mi cuello, recorriendo a continuación la línea de mi clavícula con una suavidad que consigue que todo mi cuerpo tiemble. Cuando cuela esa misma mano por debajo de mi camiseta no puedo evitar un breve gemido.

Mientras me besa, roza mis pezones, endureciéndolos bajo sus dedos, al tiempo que yo cuelo la mano por debajo de su pantalón de pijama. Cierra los ojos, ronronea contra mis labios al sentir mis dedos deslizarse entre la humedad de su sexo y, en ese instante, sé que la línea que he cruzado ya no se puede borrar.

Y mientras hacemos el amor esa noche, me doy cuenta de que esta vez es muy diferente. Nada tiene que ver con la pasión primaria, casi salvaje del primer día. Hay algo más, una conexión mucho más profunda entre nosotras.

Tras un maravilloso orgasmo, con la cabeza apoyada en mi pecho mientras peino su cabello entre los dedos, Crow me mira con una mezcla entre sorpresa y algo más que no sabría definir. Es como si un torrente de emociones se agolpara en sus ojos.

—Sabes que esto es peligroso, ¿verdad? —suspiro, rompiendo el silencio de la noche.

—Lo sé, pero no quiero parar —responde Crow, besando mi pezón con una suavidad que me hace estremecer.

Capítulo 18



Crow

Abro los ojos y lo primero que veo es a Isabella profundamente dormida a mi lado. Sonrío como una tonta, la dura Crow empieza a estar pillada por la detective que la llevó a la cárcel. El corazón funciona de maneras muy extrañas.

Duerme tranquila, su melena oscura ondeando sobre la almohada, los labios ligeramente entreabiertos. Preciosos. La sábana tan solo le cubre hasta la cintura, esta noche se quejaba del calor, y mi corazón se salta varios latidos simplemente observando sus hermosos pechos.

—Buenos días —susurro tras besar su frente, recorriendo con la punta de los dedos su barbilla.

Isabella ronronea medio dormida, coge mi mano y la lleva a sus labios para darme un beso que despierta todos mis sentidos.

—Supongo que tenemos que ponernos en movimiento. Es el último día que tenemos para investigar por nuestra cuenta —le recuerdo.

Isabella simplemente asiente, dedicándome una sonrisa por la que se podría morir.

—Desde una de las ventanas se ve una cafetería con muy buena pinta. Podríamos desayunar algo y planificar el día —propone, su voz todavía ronca por el sueño.

Al salir, el aire fresco de la mañana nos golpea a pesar de que la luz del sol se filtra con pereza entre los edificios, tiñéndolos de un precioso color dorado.

Nada más pisar la cafetería, nos envuelve el aroma a café recién hecho. Es un sitio tranquilo, dentro de un vecindario multicultural en el que nadie hace preguntas. Dos señoras de unos sesenta años conversan amigablemente en chino, mientras Isabella no puede evitar fijarse en una ruidosa familia de origen latino cuyos tres hijos devoran el desayuno.

—Este café está mucho mejor que el que hacen frente a la comisaría —admite, cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás al beber el primer sorbo.

Coloca la mano derecha sobre la mesa, la palma extendida hacia arriba y me sorprendo a mí misma acariciándola con una estúpida sonrisa en los labios.

—Los Calderón operaban desde un viejo almacén en East New York, ¿verdad? —pregunta de pronto.

Me tenso al escuchar sus palabras. Los Calderón eran gente despiadada, por no mencionar que prefería olvidar mi historia personal con ellos.

—¿Por qué te interesa?

—¿Sabrías llegar hasta él? —insiste, bajando la voz e inclinándose hacia mí.

—No creo que sea buena idea visitarlo.

—¿Y si hubiese alguna pista? Nadie va a estar allí. En todo caso, podemos ver desde fuera si hay movimiento. Solo quiero descartar que no se estén reuniendo de nuevo —se apresura a explicar—. Con los cascos de motorista no sabrán quién les observa y en caso necesario podemos escapar fácilmente sobre la moto.

Revuelvo el café de mala gana. Sé que tiene parte de razón, pero ese almacén me trae recuerdos que me ha costado mucho enterrar. Es el lugar donde se encargaban de impartir

justicia, como ellos decían. Donde violaron, torturaron y mataron a mi amiga.

—Está bien, no tenemos que ir si no quieres —asegura, apretándome la mano—. Solo pensé que quizá mereciese la pena echarle un vistazo.

Suspiro y giro la mano para entrelazar nuestros dedos.

—Vale. Un vistazo rápido. A la mínima señal de movimiento nos largamos de allí —le recuerdo.

Media hora más tarde, detenemos la moto frente a la valla metálica que rodea el viejo escondite de los Calderón. Al apagar el motor, los cristales rotos del edificio y las pintadas en la pared me producen una sensación extraña.

—Estamos juntas en esto —susurra Isabella, acariciando con suavidad la parte baja de mi espalda.

Tras asegurarme de que no hay gente alrededor, me encargo de la vieja cerradura y accedemos al interior. Las motas de polvo danzan en los haces de luz que se cuelan por las ventanas rotas. La vieja guarida de los Calderón, testigo de tanto sufrimiento, es ahora nada más que un paraje fantasmal: frío, vacío, muerto.

Tras encender su linterna, Isabella me da la mano y recorremos las estancias abandonadas. Es como si quisiera recordarme que los Calderón son ahora espectros que se pudren en la cárcel, pero ella es real.

El haz de luz de la linterna baila sobre la pintura desconchada de las paredes, las tuberías oxidadas, montones de basura acumulados en las esquinas. El aire huele a moho y humedad.

En la oficina de uno de los hermanos, el lugar en que me reuní con ellos la única vez que estuve aquí, las mesas están volcadas, los papeles amarillentos tirados por el suelo. Permanece inquietantemente inmóvil, congelada en el tiempo. No hay ni rastro de actividad reciente, solo decadencia.

De pronto, un ruido a nuestra derecha nos sobresalta, pero tan solo es una enorme rata, asustada por nuestra presencia.

—Joder, casi me da un infarto —susurra Isabella, su mano sobre la empuñadura de la pistola.

Al final de un oscuro pasillo, la linterna ilumina una puerta parcialmente abierta. Isabella la abre con cautela y nos encontramos con varios papeles ordenados sobre una mesa de escritorio. Alguien ha estado aquí recientemente.

—¡Joder, Crow! —suspira, apretando mi mano con tanta fuerza que me clava las uñas en la piel.

En la sucia pared, un macabro collage de fotografías, casi todas mías, junto a una lista de nombres y fechas. A su lado, una fotografía de la primera víctima, jugando con su hijo pequeño, quizá de dos o tres años. Debieron tomarla días antes de asesinarlo.

Capítulo 19



Isabella

—Esto demuestra que los Calderón vuelven a estar activos y te buscan —mascullo, todo mi cuerpo temblando.

Crow escudriña las fotografías con el ceño fruncido. Poco convencida.

—Todos los antiguos jefes están entre rejas. Los pocos que no acabaron en la cárcel son peones, no tienen la capacidad de organizar nada.

—Podrían vengarse desde la cárcel —me recuerda.

—Si quisieran matarme o secuestrarme para torturarme, ya lo habrían hecho. No es precisamente difícil. Esto no me cuadra. No tiene nada que ver con su modo típico de actuar. Los Calderón eran sanguinarios, quien está detrás de todo esto es alguien calculador, con una mente estratégica. Quiere verme en la cárcel, no matarme. Y, de paso, disfruta haciéndome sufrir, es como si estuviese jugando una partida de ajedrez —murmura Crow con un largo suspiro.

Sigue parada frente a la pared, como si sus propias fotografías pudiesen hablarle. Quizá tenga razón, desde luego, alguien se está tomando muchas molestias contra Crow. Pero ¿quién? ¿Y por qué?

—Izzy, sé que no te gusta, pero debemos hablar con León —suelta de pronto.

***

Un letrero de neón proyecta un resplandor inquietante sobre la entrada del garaje cuando llegamos a Staten Island. Tras una oxidada valla metálica, dos mecánicos trabajan en un coche que ha conocido días mejores. El lugar parece más un desguace que un taller mecánico.

—Es él, el de atrás, el tipo grande con la bandana en la cabeza —indica Crow, señalando con la barbilla hacia un hombre enorme con una camiseta sin mangas que deja ver unos brazos más propios de un gorila que de una persona.

—Yo me encargo, Izzy. Le conozco desde hace mucho y nunca nos llevamos mal. Pégate a mí y no abras la boca. Ni se te ocurra decir que eres policía —me recuerda, alzando una ceja.

—No tiene pinta de que se pueda confiar en él —susurro, acercándome a su oído.

—No lo hago —responde meneando rápidamente la cabeza.

Al pasar a su lado, los mecánicos nos miran con desinterés antes de seguir con su tarea, mientras León observa extrañado y abre los ojos como platos, limpiándose la grasa de las manos a los pantalones.

—¡No me jodas! La mismísima Crow regresando de entre los muertos —grita, sacudiendo la cabeza—. ¿Y tu amiguita es…?

—Una amiga —responde seca.

—Cuanto tiempo. ¿A qué debo esta visita? Pensé que estarías aún entre rejas. ¿No te habían caído doce años? —pregunta extrañado.

—Fui muy buena allí dentro —bromea Crow, encogiéndose de hombros—. Tenemos que hablar… en privado.

León parece pensárselo, vacila por un momento antes de hacernos una seña para que le sigamos a un despacho tan mugriento o más que sus pantalones. Cruza los enormes brazos sobre el pecho antes de hablar de nuevo.

—¡Joder! Pensé que no volvería a verte con vida. ¡Qué pedazo de zorra, no hay quien pueda contigo! —exclama, como si se alegrase de verla.

—Necesito información sobre los Calderón —espeta Crow sin más preámbulos.

—¡Putos psicópatas! —resopla, antes de escupir con desdén sobre el sucio suelo—. Ahora tengo un negocio legal. No me meto en líos —explica.

—¿Borrar números de bastidores? ¿Qué haces con esos coches? ¿Salen hacia Europa? —pregunta Crow, señalando con la barbilla hacia un Porche negro escondido en una esquina del taller y tapado a medias con varias mantas.

—Cosas de los italianos, yo prefiero no saber nada. Es un trabajo sencillo. Casi legal del todo —explica, abriendo las manos, como si pretendiese disculparse.

—Parece que alguien quiere joderme, León —insiste Crow—. Pensé que podrías saber por qué, dados nuestros… tratos en el pasado.

—Se me ocurren unas cuantas personas que podrían estar en esa lista —bromea el gorila de la bandana—. Pero no los Calderón. Están todos en la cárcel, fue un golpe duro, bien ejecutado, como si supiesen de antemano qué buscar y dónde. Los pocos que no hemos entrado en prisión no queremos saber nada con esa pandilla de sanguinarios —agrega.

—Gracias, siempre has sido legal —indica Crow, pegándole un ligero puñetazo en el brazo.

—¡Cuídate! Mantén los ojos abiertos. Ah, si tienes algún coche que arreglar, ya sabes dónde estoy. Los negocios con los italianos van bien, pero no vendría mal algo más de ingresos. La vida está muy jodida —recuerda antes de despedirse.

Cuando salimos del taller, el cielo se ha oscurecido y las primeras gotas de lluvia comienzan a caer perezosas sobre la acera.

—Otra vez en la casilla de salida —bufa, secando el asiento de la moto antes de sentarse.

—Pillaremos a ese cabrón, Crow. Ya lo verás —susurro, colocándome tras ella y rodeando su cintura con los brazos.

***

En cuanto regresamos al piso franco, Crow enciende el ordenador de inmediato y me doy cuenta de lo cómoda que parece sentada frente a una pantalla.

—¿Qué buscas? —inquiero, sentándome a su lado.

—Si no son los Calderón, quienquiera que sea me guarda mucho rencor —reconoce.

—Yo me alegro de que no sean los Calderón. Suponiendo que te puedas fiar del tipo ese. En cualquier caso, antes estaba pensando que quien lo esté haciendo tiene conocimientos avanzados de informática o no actúa solo. ¿Otro hacker quizá? —propongo.

—No solemos matar a la gente.

—La obsesión por la venganza puede llevar a las personas a extremos —le recuerdo.

—No lo sé, Izzy. Todo esto es una mierda. Siento que no hemos avanzado nada —se queja.

Fuera, el viento aúlla con fuerza, lanzando láminas de lluvia contra las ventanas y el bramido de los truenos parece sacudir las paredes. Las siluetas de los árboles se agitan con violencia con cada ráfaga.

—Es como si el clima se hubiese contagiado de un arrebato de violencia de los Calderón —bromea Crow, dejándose caer junto a mí en el sillón.

—Ven aquí, se me ocurre una cosa para matar el tiempo antes de dormir —sugiero, sentándome a horcajadas sobre sus muslos.

Con una pícara sonrisa, cuela las manos por debajo de mi camisa, deslizándolas hasta mi espalda para soltar el sujetador. Acaricia mis pechos con suavidad, rozando mis pezones con su dedo pulgar mientras cierro los ojos y dejo escapar los primeros gemidos contra su boca.

—¡Mierda puta, joder! —ladra cuando suena su teléfono móvil.

—¿Tienes que mirar el mensaje justo ahora? —protesto.

—¿Cuánta gente puede tener este número?

—Mierda —mascullo mientras mira la pantalla del teléfono con cara de preocupación.

—Es de ese cabrón.

—¿Qué dice?

—Esto es una batalla en la que el objetivo es destruir la mente del oponente —lee entre susurros.

—¿Te dice algo?

—Es una frase de Gary Kasparov. "*El ajedrez es una batalla en la que el objetivo es destruir la mente del oponente*". Está jugando con nosotras —gruñe Crow con una mueca de disgusto.

Capítulo 20



Crow

La puerta de cristal de la unidad de delitos informáticos se abre con un leve silbido y el aire frío nos golpea en cuanto entramos. Shelly levanta la vista de los monitores, esbozando una amplia sonrisa al vernos.

—Siempre hace un frío horrible en este lugar —protesta Isabella con un soplido.

Shelly entorna los ojos al escucharla.

—He perdido la cuenta de las veces que le expliqué por qué mantenemos una temperatura de quince o dieciséis grados en la sala de ordenadores —se queja, dirigiéndose a mí—. Luego le recuerdas las razones si quieres, aunque estoy segura de que las olvidará —bromea.

—Crow ha recibido un mensaje en su teléfono móvil. Un número que muy pocas personas conocen. Necesitamos tus habilidades en esto. Y… tu discreción absoluta —añade Isabella muy seria—. Nadie puede saberlo, Shelly. Digamos que ahora mismo hay muy pocas personas en las que puedo confiar.

—¿Así que ahora tu admirador secreto te envía mensajes de amor, Crow? —ironiza la informática.

—Es más bien un admirador mortal.

—¿Puedes rastrear la llamada o no? —se inquieta Isabella.

—Tranquila, detective, ya vamos. Ya sabes que seguramente no será fácil, ¿verdad, Crow? —pregunta.

Asiento con la cabeza. No tengo dudas de que la persona que está detrás de todo esto sabe lo que hace. Eso o está utilizando un hacker experto. Por mucho que desde el laboratorio puedan usar *exploits* o vulnerabilidades, dudo que consigan rastrear el mensaje y Shelly también lo sabe.

—Ese asqueroso es bueno —masculla mientras la pantalla se llena de muros de código—. Parece que está enrutado a través de múltiples servidores proxy en distintos países, ocultando el verdadero origen.

—Creo que además usa técnicas de cadena de custodia falsa, lo envía a través de varios teléfonos intermedios antes de llegar al destino final. Seguramente teléfonos desechables. Se toma muchas molestias para que no le pillemos —añado.

Isabella resopla frustrada a nuestro lado, desesperada al ver que las distintas opciones que consideramos no dan resultado. Shelly, en cambio, parece encantada con nuestra pequeña charla técnica.

—Veo que la cárcel no ha adormilado esos instintos criminales —comenta con un guiño de ojo—. De todos modos, si tuviese que apostar, debe tratarse de una persona que se cree superior. Para él no solo es una vendetta, también quiere demostrar que es mejor que tú. Está compitiendo.

—Sea quien sea, es audaz. O está lo suficientemente loco como para desafiar directamente a la policía —añade Isabella—. Posiblemente, tratamos con un ególatra.

—Un hacker ególatra… fantástico —murmuro.

Shelly sonríe y se reclina en la silla mientras me mira pensativa.

—¿Sabes? Ya te lo dije una vez, pero te lo recuerdo. Cuando acabes de desperdiciar tus habilidades dando vueltas con la detective aburrida, quizá podría conseguirte un trabajo con nosotros —expone, alzando las cejas.

—Es un poco estirada, pero le acabas cogiendo cariño —bromeo, señalando a Isabella con la barbilla—. De todos modos, sí que me gustaría tener acceso a todas las herramientas y al poder de computación que tenéis aquí. ¿Te imaginas, detective? ¿Poder hackear desde la propia unidad de delitos informáticos? Buah, sería un lujazo.

—O quizá podrías ser legal y ayudarnos a pillar a los tipos malos —añade Shelly, encogiéndose de hombros.

No le respondo, pero, creo que una sonrisa tonta se dibuja en mis labios. ¿Yo trabajando como consultora externa en la unidad de delitos informáticos? He de reconocer que la idea no me disgusta.

—Si un día te aburres de hacer de canguro para la detective Álvarez, ven a verme. Quizá me cueste un poco convencer al jefe Davis, dado tu historial, pero mi oferta seguirá en pie —propone, aunque Isabella me coge por el codo y me saca precipitadamente de la sala.

Ya en su despacho, la detective parece enfadada por algo. Quizá frustrada por no haber hecho ningún progreso con la llamada, aunque eso se lo podría haber dicho yo antes de venir.

—Parece que te llevas muy bien con Shelly.

—Es brillante —admito—. Y aprecia mis habilidades, no como otras —agrego, estirando la mano para darle un pequeño golpe en el hombro.

—¿De verdad trabajarías allí si te ofrecieran el puesto?

—¿Estás celosa?

—Deja de decir gilipolleces y centrémonos en el trabajo —apunta, colocando encima de la mesa las diferentes pistas que tenemos sobre el caso.

Su brusca reacción me decepciona. Pensé que se alegraría por mí, imaginé que le haría ilusión que me plantease ser legal, incluso trabajar en su mismo edificio.

Los rostros de las víctimas nos miran desde la mesa, sus ojos reflejan una expresión de terror al enfrentarse con la muerte. Son peones, aparentemente aleatorios, sacrificados en un juego sádico con el simple objetivo de poner en marcha la partida. El gambito de un asesino egocéntrico.

Supongo que debería sentir algo más. Quizá ira por sus muertes sin sentido. Puede que tristeza por las vidas truncadas. En lugar de eso, noto un extraño vacío.

—¿En qué piensas? Háblame, Crow, ¿qué te preocupa? —la voz de Isabella me devuelve a la realidad y creo que ha llegado el momento de sincerarme con ella.

—A ver… no sé cómo explicarte esto y siento no haberlo mencionado antes —comienzo despacio, ponderando cada una de mis palabras—. La verdad es que el caso de la familia Calderón… no fue la única información que filtré a la fiscalía y que acabó con arrestos —admito con un largo suspiro.

Isabela se queda muy quieta. Me mira perpleja, aprieta un bolígrafo entre los dedos como si pretendiese romperlo.

—¿Qué coño estás diciendo, Crow? —inquiere bajando el tono de voz.

—Bueno, pues resulta que… a ver, tampoco te creas que era algo habitual ni nada. Eh, y no ganaba nada con ello, solo impartía justicia y…

—¿Quieres centrarte de una puta vez? —chilla, pegando un manotazo en la mesa que

hace saltar los papeles.

—Vale, vale… ¡joder, qué genio tienes! —protesto—. Hubo algunos casos en los que… ciertas personas se aprovecharon de los más débiles y como la policía no era capaz de hacer nada…pues… Bueno, digamos que supuestamente filtré información incriminatoria a la fiscalía. Siempre de manera anónima y supuestamente. Ni lo niego ni lo confirmo.

—¿Y esas personas acabaron en la cárcel?

—Sí —murmuro.

—¿Y me lo dices ahora?

—Y como sigas así no te cuento nada más. Con lo calmada que parecías. Comprende que no sabía si podía confiar en ti. Tú tampoco te fiabas de mí, es normal guardar cierta información. Además, probablemente no entenderías mis razones.

Isabella se queda en silencio. Hace una larga pausa, su mandíbula apretada con rabia. Me preparo mentalmente para un nuevo arrebato de ira, otro manotazo sobre la mesa, pero su respuesta me deja helada.

—Tienes razón. No lo entiendo —gruñe—. No tienes ni idea de lo que es ser policía, seguir pistas en la oscuridad de dos asesinatos. No sabes lo que es estar preocupada por si tú serás la siguiente víctima, mientras me escondes información crucial para el caso. Y todo porque no sabes si te puedes fiar de mí después de haberme follado varias veces.

—Oye, que he ayudado a encerrar a gente muy chunga. Gentuza que estaría libre todavía. Es solo que… bueno, no encontré el momento adecuado para decírtelo. Llevamos unos cuantos días con mucha tensión.

—¡No es tu decisión! —grita—. ¿Quién te da derecho a creer que puedes juzgar a la gente? ¿Por qué piensas que eres digna de decidir quién debe ir a la cárcel y quién no?

—Intentaba ayudar de la única forma que sabía —suspiro.

—¡Eres gilipollas, joder! —ladra—. Nunca debí confiar en ti, supongo que algunas cosas no cambian. Siempre serás una delincuente —agrega con un gesto de desdén.

—Vete a la mierda —mascullo antes de abandonar el despacho.

Mantengo la compostura hasta que salgo del edificio. No quiero que nadie se fije en mis ojos humedecidos, pero sus palabras han dolido como si me arrancasen la carne de los huesos.

Camino sin rumbo por la ciudad, deteniéndome en algún punto indeterminado, aleatorio. Apoyando la mano en la pared, la golpeo varias veces con un grito ahogado. Un alarido de rabia y frustración.

Me juzga por mi pasado. A sus ojos nunca he dejado de ser una criminal. Incluso cuando he intentado hacer el bien, meter entre rejas a gente que se lo merecía.

De pronto, la verdad me cala hasta los huesos.

Me permití soñar con un futuro distinto, algo bueno por una vez en mi vida, pero no puedo escapar de un pasado repleto de espinas. Nunca tuve una oportunidad real. Nuestros mundos son demasiado dispares como para unirlos con algo más que sexo ocasional.

¿De verdad creí que podríamos llegar a algo?

Soy una ilusa. Tiene que mantener su imagen de detective perfecta. Y, sin embargo, despertarme a su lado era tan bonito.

Capítulo 21



Isabella

Camino por la calle como un animal enjaulado, incapaz de manejar mis emociones. Ayer, solté palabras que tan solo pretendían herir. Estaba dolida por no haber tenido antes esa información, celosa de la complicidad que crece entre Shelly y Crow. Pero, hoy me arrepiento. La llamé delincuente cuando lo único que ha hecho desde el principio es ayudar a la investigación.

La tristeza en sus ojos, la decepción en su mirada, es demasiado para mí. Esas palabras nunca debieron salir de mi boca. No las sentía. Y lo peor de todo es que ahora que la he perdido, me doy cuenta de lo enamorada que empiezo a estar de ella.

Frente a su puerta, aprieto nerviosa la caja de bombones, esperando que no me la tire a la cara.

—¿Qué coño quieres? —gruñe al abrir.

—¿Podemos hablar un momento? —pregunto con miedo, levantando instintivamente la caja de bombones, casi como si fuese un escudo.

No dice ni una sola palabra, pero, al menos, se hace a un lado para dejarme entrar.

Nos sentamos en un sofá agrietado por el sol. Nunca había estado dentro de su apartamento y es un auténtico desastre. Cajas de comida para llevar que aún no ha tirado a la basura, rosas de origami esparcidas por todos los lados. Jugueteo con el lazo que adorna la caja de bombones, rebuscando las palabras adecuadas para romper el horrible silencio que se ha instalado entre nosotras.

—Te has mantenido ocupada, ¿eh? —susurro, señalando con el dedo las rosas de origami. Joder, ha sonado patético.

—Me ayuda a liberar tensión. Empecé a hacerlas en la cárcel —explica.

—Escucha, Crow —suspiro—. Siento mucho lo de ayer. No debí decir esas cosas. Sabes que no las siento, yo…

—Un poco tarde para eso, detective. Porque las dijiste, y eso es lo que importa.

—Mierda, Crow. Lo siento muchísimo, de verdad —admito, parpadeando rápido para que no se me escapen las lágrimas.

—Ayer me hiciste sentir como una mierda, como que no valía nada para ti. No te puedes imaginar el daño que me has hecho —confiesa con un hilo de voz, clavándome sus preciosos ojos azules.

—No he podido dormir pensando en ello. Si pudiese volver en el tiempo me habría dado a mí misma un par de bofetones —reconozco, dejando escapar un largo soplido y cogiendo su mano mientras rezo para que no la retire.

Crow me gira la mano y traza con delicadeza dibujos imaginarios sobre la palma.

—Supongo que has levantado más muros alrededor de tu corazón que yo misma —expone, negando con la cabeza.

—Crow, me estoy… joder, me estoy enamorando de ti —suelto de golpe y me sorprendo a mí misma al decir esas palabras.

Levanta una ceja sorprendida y, por unos instantes, no sé si me va a dar un tortazo o un

beso.

Pero, no hace ninguna de las dos cosas.

—¿Qué? —pregunta confusa.

—Mierda, Crow. No puedo evitarlo. Esto no es solo sexo, no es que esté a gusto a tu lado… es… joder, siento algo por ti —suspiro, mordiendo mi labio inferior.

La sorpresa que se había dibujado en su rostro se dulcifica ligeramente. A continuación, se inclina hacia mí, lentamente, como si se estuviese acercando a un cachorro asustadizo. Acuna mi cara entre las manos y seca con su pulgar una lágrima que rueda por mi mejilla.

—No pensaba que la estoica detective se pusiese a llorar —sisea.

—He llorado toda la noche —confieso.

—No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo. No arruinaré tu reputación de policía dura —bromea.

—Eres tonta —suelto con una risa nerviosa, mientras la atraigo hacia mí para fundirnos en un abrazo.

Cuando nos separamos, me armo de valor y pronuncio las palabras que jamás pensé que diría.

—Te quiero, Angie.

La frase flota en el aire. Incluso he utilizado su nombre. El que a ella le gusta, el de verdad. No dice nada. Solamente me observa y, por unos instantes, me aterra haber cometido un grave error.

—Guau —suelta de pronto, alzando las cejas.

Se inclina de nuevo hacia mí y coloca con delicadeza un mechón de pelo detrás de mi oreja.

—Sé que no puede ser fácil, pero me gustaría intentarlo. Bueno, quizá cuando acabe la investigación y… —los sentimientos son tan fuertes que las palabras se me escapan.

—Vamos paso a paso, detective —sisea tras darme un golpecito en la punta de la nariz—. Antes de ponerse toda romántica deberíamos cazar a un asesino.

Asiento con la cabeza y le pido que haga una lista con todas las personas que recuerde a las que ha entregado a la justicia. Y lo cierto es que me gustaría que esa lista fuese más corta.

Mientras escribe, me invade un sentimiento agridulce. Desvelar lo que siento por ella ha sido liberador. Escuchar ese “te quiero” salir de mis labios me aceleró el corazón… pero, ella no dijo nada. De vuelta no recibí la misma frase. Tampoco otra parecida, ni un abrazo, ni un beso. Solo un golpecito en la punta de la nariz que ni siquiera sé cómo interpretar.

—Pues creo que ya está. ¡Buah, salen más nombres de los que pensaba! —se asombra, entregándome la lista.

La observo con detenimiento. La mayor parte de ellos están aún encarcelados o no merece la pena tenerles en cuenta. Alguno ha muerto. Es lo que tiene joderle la vida a mucha gente.

Y, de pronto, un nombre en concreto llama mi atención.

—Wayne Collins —mascullo entre dientes.

—Eso sí que fue incómodo. Yo estaba ya en la cárcel y tuve que testificar contra él. Todo por tu culpa, detective —indica, señalándome con el dedo—. Si me hubieses dado un par de horas más, habría podido cubrir todas mis huellas, pero no, tenías que meterme entre rejas.

—Sabes que le soltaron hace poco, ¿verdad?

—Supongo que tiene buenos contactos. Siempre ha sido un capullo pomposo. Aun así,

una cosa es arruinarle la vida a un montón de personas en los barrios más pobres de la ciudad y otra muy distinta asesinar por venganza —reconoce Crow—. No me acaba de encajar.

—Como has dicho. Siempre fue un capullo pomposo. Lo suficiente como para creer que puede jugar con nosotras mientras cumple su venganza. Siempre pensó que estaba por encima de la ley —le recuerdo.

Durante años, Wayne Collins lo tenía todo. Poder, prestigio, contactos de alto nivel y más dinero del que podía gastar. Las pruebas aportadas por Crow consiguieron que su castillo de naipes se viniera abajo. Si alguien tiene una buena motivación para destruirla, ese es Wayne Collins.

—Todavía no me puedo creer que el juez no admitiese los vídeos de sus orgías con menores de edad. Puto cerdo —masculla, chasqueando la lengua con un gesto de desdén.

Capítulo 22



Isabella

Rastreo la última dirección conocida de Collins hasta un bloque de apartamentos, situado en una zona relativamente humilde de la ciudad. Desde luego, todo muy diferente al lujoso rascacielos en el que tenía antes su despacho.

El modo en que curva los labios al vernos me hace hervir la sangre. A pesar de estar muy lejos de lo que un día fue, apesta a arrogancia. Sigue siendo el tipo de narcisista que se cree intocable, superior al resto de los mortales.

—¿A qué debo el placer de su visita, detective Álvarez? —inquiere.

El abogado se inclina en su silla y entrelaza ambas manos tras la nuca en una pose chulesca. Mira a Crow con desdén, pero ni siquiera la saluda. Simplemente, le mantengo la mirada, esperando ponerle nervioso.

—Como seguro que ya sabe, he cumplido mi condena. Injusta, por cierto, pero la he cumplido y estoy en paz con la ley —añade.

Trato de mantener la calma y deslizo el expediente del primer caso sobre la mesa, esparciendo las terribles fotos para observar su reacción.

—¿Te resulta familiar, Collins? —pregunto, señalando con el dedo la rosa Black Baracca que han colocado junto al cadáver.

—¿Debería, detective? Los arreglos florales no son mi fuerte, a diferencia de la rata callejera que ha venido con usted —espeta, encogiéndose de hombros y rezumando tranquilidad.

—¿Te jode haber ido a la cárcel por mi culpa y ahora intentas incriminarme en dos asesinatos? —interrumpe Crow, dando más detalles de lo que debe.

—Pues, sí, bastante, lo perdí todo por tu estúpida cruzada ética, pero no se me ocurriría andar por ahí matando gente y colocando florecitas a su lado. No tengo mi lado femenino tan desarrollado.

—Interesante tablero de ajedrez tienes sobre la mesa, Collins. Parece de los caros —comento al observar un precioso tablero con piezas de madera que ocupa en un lugar prominente de su despacho—. Supongo que no se te ocurriría iniciar una partida con vidas humanas en juego.

—Encuentro el ajedrez muy estimulante —responde sin dar mayor importancia a mi comentario.

—Las mejores partidas de Gary Kasparov, Cómo la vida imita al ajedrez… muchos libros sobre el antiguo campeón del mundo, ¿eres su admirador? —interviene Crow.

—Me gustan las mentes estratégicas, y desde luego, la suya es extraordinaria.

No pierde la calma ante el comentario. Cuando vuelve a hablar, su voz es letalmente suave.

—Algo me dice que no tiene absolutamente nada contra mí, detective, ¿estoy en lo cierto? Si me disculpa, aquí se acaba nuestra animada conversación. La próxima vez que quiera hablar conmigo, le agradecería que no esté presente esa… esa elementa de los tatuajes —masculla, señalando a Crow con la barbilla y chasqueando la lengua.

En sus labios se dibuja una sonrisa de suficiencia mientras se alisa la corbata. Sabe que ha ganado esta batalla, pero no pienso dejarle escapar tan fácilmente, incluso si ahora no tenemos nada que le incrimine. Su arrogancia será su perdición.

***

—Voy a clavar a ese cabrón a una pared, aunque sea lo último que haga —ladra Crow al abandonar el edificio.

—Eh, no tenemos nada, ni siquiera pruebas circunstanciales. Nada.

—¿Y la frase de Kasparov?

—¿Quieres que pida una orden de arresto porque admira el juego de Kasparov? ¿En serio? Olvídalo, Crow. Seguiremos buscando, removeremos la tierra, y si es él, le pillaremos. Ahora mismo no hay nada —le recuerdo.

—Lo sé —suspira.

—¿Qué me dices si te preparo algo de cenar en mi apartamento? Si te apetece, claro.

—¿Sabes cocinar? —pregunta sorprendida.

—Es uno de mis talentos ocultos.

—Yo diría que tienes otros talentos, pero no te lo voy a recordar por si se te sube a la cabeza, detective —murmura con un juguetón guiño de ojo.

Ya en el apartamento, agradezco la distracción de preparar juntas la cena. No quiero admitirlo en voz alta, pero tras un día agotador, esta sensación de intimidad que crea cocinar a su lado me deja el corazón bastante blandito.

Al ritmo de la música, entre besos robados, una tarea tan mundana como cortar y trocear los ingredientes se hace inesperadamente divertida.

—Sí que manejas bien los cuchillos —observo sorprendida al ver la facilidad que tiene para cortar las verduras sobre la tabla.

—Mejoré mucho en el manejo del cuchillo mientras estuve en la cárcel —apunta sin desviar la mirada—. En la cocina de la cárcel, no seas malpensada, detective. Por cierto, huele increíble —añade, inclinándose para darme un beso.

—¿Estamos bien? —pregunto con miedo.

Hace una pausa, parece pensárselo y a mí se me para el corazón durante unos segundos.

—Estamos bien —susurra—. Pero ni se te ocurra volver a hacer algo así, porque no habrá otra oportunidad. No voy a permitir que me hagas daño de ese modo —me advierte.

Sentadas a la mesa, el estrés del día desaparece bocado a bocado. La conversación fluye y, cada vez que coge mi mano entre las suyas, siento un calor en la parte baja del vientre que es difícil de ignorar.

—¿Te apetece quedarte a dormir? —pregunto con algo de timidez al terminar el postre.

—Lo que dijiste por la mañana de que me querías…

—Todas y cada una de las letras —le aseguro.

Al igual que hizo en su apartamento, no responde. Simplemente asiente y sonríe, dejándome perpleja.

—Entonces… ¿te quedas?

—Sí, tu cama es mejor que la mía —bromea, encogiéndose de hombros—pero necesito darme una ducha —señala, levantando el brazo derecho y fingiendo que se huele la axila.

***

Las gotas de agua resbalan por su cuerpo desnudo, brillando en la piel como pequeños diamantes y no puedo evitar morderme el labio inferior mientras la observo de arriba abajo.

—¿Te gusta lo que ves? Porque me estás follando con la mirada —bromea, esbozando

una sonrisa traviesa mientras arquea una de sus cejas.

Pongo los ojos en blanco y trato de disimular, pero, lo cierto es que no puedo apartar la vista de su cuerpo. Crow, se ríe, coge el champú y echa una generosa cantidad en la palma de la mano.

—Ven aquí y date la vuelta —susurra, haciendo un gesto con la cabeza.

Con los ojos cerrados, dejo escapar un suspiro al sentir el olor a lavanda inundando el ambiente. Sus manos recorren mi pelo con una sensualidad única, masajeando mi cabeza hasta hacerme gemir de placer. Quizá sentir sus pechos en mi espalda o el roce de su sexo contra mis nalgas ayude a que se me escapen más gemidos.

—Podría acostumbrarme a esto —suspiro, inclinando la cabeza hacia atrás.

De pronto, sus manos se detienen y abro los ojos sorprendida, girándome hacia ella para encontrarme con una mirada tan intensa que me deja sin aliento.

—¿Sí?

Asiento lentamente con la cabeza, incapaz de hablar, y Crow se inclina para besarme el cuello. A continuación, empuja mi cuerpo contra la pared de la ducha. Busco apoyo, abriendo las palmas de las manos mientras ella acaricia mis pechos, endureciendo mis pezones bajo sus dedos, jadeando mientras se frota contra mi culo hasta hacerme temblar.

—¿Te acostumbrarías a esto? —sisea junto a mi oído antes de darme un pequeño mordisco en el hombro.

—Joder, Crow —jadeo.

—Date la vuelta —ordena.

Obedezco y sus ojos reflejan una pasión primaria. Coge mi mano derecha y la lleva directamente a su sexo, apretándola contra él.

—Mira cómo me tienes —anuncia entre suspiros.

Mis dedos se deslizan por su excitación y ambas nos dejamos ir en una sinfonía de gemidos y jadeos que parece no tener fin. Bajo el agua de la ducha, nos perdemos la una en la otra, empujando, acariciando, besando, disfrutando de un placer sin límites, hasta que Crow se estremece contra mi cuerpo, enredando su mano libre en mi melena mientras me sigue penetrando.

—No pares, por favor, no se te ocurra parar —le ruego con la respiración entrecortada, sintiendo cómo un maravilloso orgasmo me envuelve como una ola contra la orilla.

Sujeto su mano contra mi sexo para impedir que saque los dedos, me vuelve loca sentirlos dentro, incrementando la intensidad de cada espasmo de placer que me regala. Suspiro, envuelta en besos llenos de pasión, apagando mis gemidos contra sus labios.

Sonríe. Una sonrisa preciosa.

Cierra el grifo y me envuelve con delicadeza en una toalla, abrazándome desde atrás, pegándome a su cuerpo como si no quisiese separarse de mí nunca.

Y, poco más tarde, acurrucada contra su cuerpo desnudo, mientras besa mi cabeza y me rodea con los brazos, es demasiado fácil imaginar que esto quizá pueda llegar a ser para siempre.

—Te quiero —susurro, besando uno de sus pezones mientras se queda dormida, aunque esta vez, ya no espero una respuesta.

Capítulo 23



Crow

—¡Joder, apaga el puto móvil, Izzy! —gruño, metiendo la cabeza debajo de la almohada para no escucharlo.

Isabella busca a tientas su teléfono en la mesita de noche y el resplandor de la pantalla ilumina su rostro.

—Detective Isabella Álvarez —responde con voz ronca y tensa.

Me apoyo sobre el antebrazo mientras la observo. Las llamadas a las tres de la madrugada no suelen traer nada bueno. Es una comunicación corta. Mucho. Sus ojos se abren de par en par y se queda mirando la pantalla en blanco con las manos temblando.

—¿Qué querían?

—Que me aleje de ti. Era una advertencia. Solo dijo que pronto estarás en la cárcel o muerta. Insistió en que cuando te enamoras de alguien, suele perder la vida.

—¿Nada más? —ironizo.

—También te llamó zorra.

El sueño desaparece al instante. Esto se está convirtiendo en algo demasiado personal. Sin mediar palabra, arranco el teléfono móvil de sus dedos fríos y lo conecto al ordenador.

—¿Qué haces? —pregunta confusa.

—Intento rastrear la llamada. Me imagino que nos pasará lo mismo que en el laboratorio de la unidad de delitos informáticos, habrá cubierto bien las huellas. Aun así, me gustaría probar un enfoque nuevo. He combinado uno de vuestros *sniffers* con un *exploit* programado por mí y…

—¿Cómo que uno de nuestros *sniffers*? Ni siquiera sé qué es eso, pero ¿por qué dices "vuestros"? —interrumpe Isabella frunciendo el ceño.

—Puede que lo haya tomado prestado de la unidad de delitos informáticos, aunque eso no viene al cuento ahora —mascullo, tratando de mantenerme concentrada sobre mi labor de rastreo.

—Joder, Crow —suspira.

—Iba a mejorarlo y devolvérselo a Shelly —insisto, levantando las manos ante la mirada severa de Isabella. Menea la cabeza, aunque juraría que se le ha escapado media sonrisa.

El software resulta inútil de nuevo. Quienquiera que esté orquestando todo esto, sabe lo que hace o paga a alguien muy bueno. Por mucho que me duela, creo que el abogado corrupto venido a menos queda descartado.

—Cada día tengo más claro que alguien en mi unidad está metido en estos crímenes —protesta Isabella, apoyando ambas manos en mis hombros para darme un pequeño masaje.

***

A la mañana siguiente, tiene unas claras sombras bajo los ojos. Mi propio cerebro parece aletargado. No solo hemos dormido poco, también mal. Izzy ve ahora enemigos por todas partes, ya no confía en nadie, ni siquiera en Shelly o en el jefe Davis.

—Sigo insistiendo en que si tenéis un topo es la zorra esa con apellido raro y cara de perro —gruño tras beber un largo sorbo de mi café.

—¿Kalinsky?

—Sí, esa.

—Es imbécil, pero no da el perfil. La motivación es la clave para resolver cualquier crimen, y en su caso no la hay. Al menos, no sabiendo que hay asesinatos, no llegaría a tanto. Siento que tan solo puedo confiar en ti —agrega, bajando la voz y acariciando mi mejilla con el reverso de la mano.

—Bueno, eso no es mucho…

—Lo es todo, Angie —suspira, deslizando su dedo pulgar por mis labios.

—Ya me estaba acostumbrando a que me llamases siempre Crow —bromeo.

Isabella sonríe, pero antes de que pueda responder, una nueva llamada nos interrumpe. Hace una mueca al ver el identificador de llamadas antes de responder.

—Detective Álvarez al habla. Sabes que hoy es mi día libre, ¿verdad, Smith?

De pronto, su expresión cambia por completo. Alza los ojos al cielo y deja escapar un largo soplido.

—¿Otro? Vamos para allí —contesta antes de colgar.

Se levanta de la mesa con urgencia y me hace una seña precipitada para que nos pongamos en marcha.

—Otra víctima. De nuevo, han dejado una rosa negra a su lado —indica mientras se coloca bajo el brazo la funda con la pistola.

***

El hedor a muerte asalta mis fosas nasales incluso antes de entrar en el apartamento. Esta escena es diferente. Recorro el salón con la mirada, observando los muebles volcados, un espejo roto, signos de lucha.

—La víctima debía conocer al agresor —indica un miembro del equipo forense—. La cerradura no está forzada. Todo hace pensar que le dejó entrar.

Entonces la veo.

Se me forma un nudo en el estómago al observar su cuerpo tendido en el suelo. La mirada perdida, los ojos vidriosos en una expresión de terror, consciente de que su vida se acaba.

—No, por favor, Eva —suspiro, cayendo de rodillas junto a ella.

Isabella hace un amago de levantarme, apenas noto su contacto, pero, comprende mi dolor y me deja donde estoy, recordándome que no toque nada.

A su lado, el técnico del equipo forense narra los detalles en un tono monótono. Traumatismo craneal por un objeto contundente. Indicios de ataduras en las muñecas. Marcas que indican una agresión prolongada y brutal. De no ser por la rosa que han colocado a su lado, nada tiene que ver con los otros dos asesinatos. La víctima se defendió.

Apenas puedo controlar las ganas de vomitar. Quiero gritar, golpear algo, llorar. En lugar de eso, escucho cómo el forense describe el jersey doblado bajo la cabeza de la víctima, a modo de almohada, y que, seguramente, fue colocado una vez muerta.

—Es como si, en el fondo, quisiese a la víctima —explica, encogiéndose de hombros.

¿Cómo si la quisiese? ¿Colocar una prenda bajo su cabeza tras golpearla y asesinarla puede absolver una monstruosidad?

—Lo siento mucho, Eva —susurro sin poder apartar la mirada de sus ojos sin vida. De esos ojos que solían volverme loca cada vez que me sonreía.

Isabella me acaricia la espalda con suavidad. No pregunta, no juzga. Solo comprende que entre la víctima y yo existió algo profundo. Que perdió la vida por mi culpa, por una estúpida venganza.

—A esto se refería ese puto mensaje a las tres de la mañana —mascullo con rabia.

Y entonces, algo dentro de mí se rompe. Dejo escapar un grito desgarrado, trato de abrazarme a Eva, pero Isabella y el técnico forense me lo impiden. Me separan de la escena entre sollozos, jurando que cogeré al hijo de puta que hizo esto aunque sea lo último que haga en la vida.

—La quería —reconozco entre lágrimas mientras Isabella me envuelve en un tierno abrazo, ajena a las miradas curiosas del resto de policías.

Me doy cuenta de que hablo en tiempo pasado. Se acabaron para siempre los días de risas al sol. Nuestras largas conversaciones tras hacer el amor. Le pedí que no fuese a visitarme a la cárcel. No podía soportar la vergüenza. Le rogué que me olvidase, que pasase página sin mí, que siguiese con su vida. Ahora, esa vida ha sido cercenada en un acto de violencia. Un nuevo peón sacrificado en una loca partida de ajedrez.

—¿Aguantas? —pregunta Isabella mientras aprieta mi cuerpo con fuerza.

—Lo siento, Izzy, estoy haciendo el ridículo en medio de la escena de un crimen. Se supone que soy una colaboradora de la policía —me disculpo.

Una preciosa sonrisa es la única respuesta que recibo. Aprieta mi mano y besa mi frente, justo cuando el técnico del equipo forense nos interrumpe de nuevo.

Nos lleva junto al cuerpo, la rosa negra colocada a su lado como un oscuro presagio.

—Colocó este trozo de papel en la mano de la víctima. No hay huellas —indica, mientras le entrega a Isabella un trozo de papel ensangrentado.

—Es para ti.

—¿Qué dice? —pregunto con miedo.

—Es hora de bajarte los humos, cuervo —lee en voz baja.

Y es entonces cuando algo hace clic en algún rincón de mi mente. Esas palabras… esas jodidas palabras las he escuchado antes. Pero ¿dónde?

Me devano los sesos en un intento por recorrer mentalmente los rostros del pasado y ahí está. Roman Knox. El hacker engreído y flacucho que no sabía perder.

—¿Puedes describirlo? —pregunta Isabella.

—Muy alto, delgado. Con el pelo grasiento y los ojos rojos de mirar todo el día las pantallas. Era un estúpido engreído, pero inofensivo. Estaba perdidamente enamorado de Eva, aunque ella nunca le hizo caso. Lo tomó especialmente mal cuando empezamos a salir. Supongo que para él fue una nueva derrota.

—Podría encajar con el sospechoso.

—Izzy, ¿has escuchado lo de delgado e inofensivo? Imagina los dibujos animados de Scooby Doo, pues sería algo así como Shaggy, el dueño hippy del perro —le explico con una mueca de desprecio.

—Hablas de hace ocho años…

—Sí, exacto, pero, aun así… ¡Ay, joder!

—¿Qué ocurre? —pregunta confusa la detective.

—Mierda, no sé. Es imposible. Me ha venido una idea loca a la cabeza, pero sé que no puede ser de ningún modo. Ese tipo de la gala benéfica… la del Club Naútico…

—¿El que me pegó un puñetazo que me tiró al suelo?

—Ese mismo. Apenas le vi bien, pero… rápale el pelo, añade una montaña de músculos, fruto de ocho años en el gimnasio, ponle un tatuaje horrible en el cuello y… Nada, olvídalo, es una estupidez —me apresuro a agregar, negando rápidamente con la cabeza.

Capítulo 24



Crow

La idea de que Roman Knox pueda estar detrás del asesinato de Eva me golpea con la fuerza de un tren de mercancías. Trato de hacer alguna conexión, pero se me escapan los detalles.

—No puede ser —insisto, mi voz tan solo un murmullo.

Isabella apoya la mano derecha en mi hombro y lo aprieta con suavidad.

—Sé que no cuadra del todo, pero tenemos que considerar todas las posibilidades. Cuéntame más sobre ese hombre —susurra.

—Es imposible, era un friki escuálido. Se creía superior a todos, pero era inofensivo. Vivía a la sombra de su hermano Caleb. Roman estaba obsesionado con el ajedrez y la informática. ¿Sabes que sus padres le llamaron Roman por Roman Dzindzichashvili?

—Ni idea de quién es.

—Bueno, no importa, es un gran maestro de Georgia que luego jugó por los Estados Unidos. Los padres de Knox tenían grandes esperanzas puestas en él y nunca consiguió destacar más allá del nivel escolar. Supongo que eso añadió a su frustración —le explico.

—La gente cambia, Crow. Ocho años es mucho tiempo —añade Isabella en voz baja.

—Sí, bueno, en el caso de Roman lo veo difícil. Era el típico que vivía en el sótano de sus padres, pegado día y noche a la pantalla del ordenador.

La conversación es interrumpida por la detective Kalinsky al entrar en el despacho de Isabella. Se cruza de brazos, apoyada en el marco de la puerta, sin molestarse en disimular su desprecio.

—Sí que te estás haciendo amiga de la delincuente. ¿Seguís con los besitos o ya habéis pasado a follar? —escupe con desdén.

—¿Necesitas algo? Estamos trabajando en un caso importante, como sabes. Si puedes aportar alguna cosa, te lo agradezco, si no, es mejor que nos dejes a solas —responde Isabella, manteniendo a duras penas la calma, a juzgar por el modo en que sus nudillos se ponen blancos al apretar el borde de la mesa.

—¿Qué se siente al estar al otro lado de la ley, Crow? —pronuncia mi apodo como si fuese un insulto—. ¿O debo decir estar en ambos lados al mismo tiempo?

—Tiene sus ventajas, café gratis. No me dan donuts como en las películas, pero al menos, no tengo que correr cada vez que veo a un policía. Creo que podría acostumbrarme a esta vida —ironizo.

El rostro de Kalinsky enrojece. Se nota a la legua que esperaba que perdiese los papeles ante su provocación, pero se necesita bastante más que eso. Ocho años entre rejas te dan mucho entrenamiento a la hora de no entrar al trapo.

—Bueno, puede que Álvarez se haya tragado tu actuación de chica buena reformada, pero a mí no me engañas. Una criminal es siempre una criminal —espeta antes de desaparecer de nuestra vista.

***

—¡Tenéis que ver esto! —chilla Shelly en cuanto entramos en el laboratorio de la unidad

de delitos informáticos.

—Sorpréndenos.

—Hemos estado investigando toda la información posible sobre Roman Knox. Resulta que tenía un hermano al que parecía estar muy unido y…

—Caleb, eso ya os lo podía haber dicho yo —interrumpo—. Era el hermano simpático.

—Pero ¿a que no sabes lo que ocurrió con Caleb? —insiste Shelly.

Simplemente me encojo de hombros. Los ocho años en prisión han dejado un agujero en mi vida, como si hubiesen borrado un montón de información de un disco duro. Tengo un antes y un después de la cárcel, pero me faltan muchos datos intermedios.

—No te sigo…

—Caleb Knox fue detenido poco más tarde que tú. Le implicaron en una operación en la que cayó la banda de los Calderón y…

—Joder.

—Eso digo yo. Alguna persona filtró información que le incriminaba en una denuncia anónima.

Isabella se lleva una mano a la frente y deja escapar un largo suspiro. A continuación, desvía su mirada hacia mí, esperando mi reacción, como diciendo: "vaya la que has liado con tus denuncias anónimas".

—Lo más extraño de todo es que Caleb tan solo iba a cumplir dos años de prisión, pero murió en la cárcel en circunstancias extrañas.

—Por circunstancias extrañas, ¿te refieres a …? —corta Isabella.

—Le apuñalaron en los baños con un punzón. Por supuesto, nadie vio ni escuchó nada. Murió antes de llegar al hospital. Se dice por ahí que los Calderón pensaron que ese chico había hablado con la policía —explica Shelly.

—Madre mía —suspiro, sentándome en una silla y escondiendo el rostro entre las manos.

—Tú no tienes la culpa —susurra Isabella, acariciando mi espalda con suavidad—. Hiciste lo correcto, mantuviste a esa gentuza fuera de las calles. No podías saber que los Calderón le culparían a él —añade, una vez que Shelly se aleja a por una Coca Cola.

—¿Crees que Roman me culpa a mí de la muerte de su hermano? —pregunto con miedo.

—Desde luego, eso ya entra dentro de lo que consideraríamos un motivo sólido para vengarse —apunta la detective.

—¡Qué mierda! —mascullo entre dientes.

—Eh, encerraste a una banda muy peligrosa, les sacaste de las calles. Hiciste el mundo un poco mejor. No es culpa tuya que las cosas se torciesen para Caleb Knox —me recuerda.

—O para Eva —suspiro.

Asiento lentamente con la cabeza, pero sus palabras no consiguen aliviar la sensación de culpa que me retuerce las entrañas. Por muy justos que fuesen mis motivos, al final, mis acciones acabaron en tragedia. Estoy rota, lo he estado desde niña, y la desgracia parece perseguirme allí donde voy.

—El único culpable es el asesino —indica Shelly, que parece saber más de lo que aparenta, abriendo la lata de Coca Cola.

—Hay que detener a Roman —propongo, levantándome de la silla como un resorte.

—Ojalá fuese tan sencillo. Parece haber desaparecido de la faz de la tierra.

—Sé lo importante que es esto para ti, Angie. Haremos justicia, pillaremos a ese cabrón, te lo prometo —apunta Isabella, inclinándose para besar mi cabeza, sin importarle que Shelly nos mire extrañada. O quizá precisamente por eso.

Los latidos de mi corazón se aceleran al pensar en esa segunda opción. ¿Ha querido enviarle un mensaje a la informática? Porque juraría que ese beso cariñoso gritaba "deja de flirtear de una vez, que Crow es mi chica". Izzy no es consciente de lo que me acaba de excitar ese comportamiento.

Mientras Shelly e Isabella revisan el caso de Caleb, una alerta en el monitor llama mi atención. Alguien ha enviado una consulta al sistema por el mismo expediente. Frunzo el ceño, el caso está cerrado desde hace años. Salvo nosotras, ¿quién más podría estar interesado? Pero cuando reviso la cuenta desde la que han solicitado la consulta, me quedo de piedra.

—Voy a por un sándwich, vuelvo enseguida, es que me muero de hambre —miento, saliendo a toda prisa por la puerta.

Corro por el pasillo hasta el despacho, mi corazón latiendo con tanta fuerza que parece que quiere escaparse del pecho. Kalinsky levanta la mirada al verme. Extrañada.

—¿Qué quieres? —escupe con odio.

—Es solo curiosidad. ¿Por qué te interesa el caso de Caleb Knox que lleva años cerrado?

—¿Qué te hace pensar que me interesa? ¿No tienes nada mejor que hacer? ¿Por qué no vas a comerle el coño a Álvarez y me dejas tranquila?

—Los elfos mágicos que habitan en los servidores lo mencionaron de pasada. Les pareció extraño que solicitases el expediente, pero, ya sabes, son elfos mágicos, no policías, ¿qué sabrán? Ellos viven en el sistema informático.

—¿Tú eres gilipollas? ¿Te dedicas a espiar lo que hago? Voy a poner una queja al jefe Davis que os vais a cagar las dos —ladra enfadada, pegando un manotazo sobre la mesa.

Por un instante estoy a punto de presionarla un poco más, pero no quiero meter en líos a Izzy. Hasta que no sepa por qué esta mujer parece odiarme a muerte, prefiero mantenerme al margen.

—Bueno, pues nada, yo solo andaba por los pasillos aburrida, como no me dejan hacer nada por lo de mi libertad provisional, pues ya sabes. Te dejo con tus cosas.

—¡Espera! —chilla.

—¿Hablas conmigo?

—Sí, claro que hablo contigo. Ya que sabes tanto, ¿por qué ha sacado Álvarez el mismo expediente? —lo directo de la pregunta me descoloca por unos instantes, pero ahora estoy en alerta máxima.

—Ni idea. Ella se dedica a sus cosas y no me dice mucho. Le doy conversación y poco más. Fueron órdenes del jefe Davis. Álvarez no me quería en el caso. Ahora me mantiene cerca por mi encantadora personalidad y por mis habilidades para… ya sabes… —hago una pausa, haciendo un gesto con la lengua como si estuviese comiendo un helado y Kalinsky resopla con una mueca de asco.

Mientras me dirijo de nuevo a la unidad de delitos informáticos, repaso en mi cabeza las palabras adecuadas para contarle a Isabella lo que acabo de descubrir. Izzy me va a matar, pero sea cual sea el interés de Kalinsky en el hermano de Roman, no es nada bueno para nosotras.

***

—Tenemos que hablar —indico en cuanto llegamos a su apartamento.

He decidido esperar a que saliese de la unidad de delitos informáticos. Confío en un 99,9 % en Shelly, pero prefiero asegurarme. Cualquier paso en falso lo mandaría todo a la mierda.

—¿Has hablado con Kalinsky a mis espaldas? —pregunta incrédula cuando le cuento mi conversación.

—Si no te parece sospechoso que justo ahora esté revisando el caso de Kaleb Knox, ya me dirás… —protesto.

—Sospechoso sí que es —admite.

—¿Deberíamos poner al corriente al jefe Davis?

—No sé si puedo confiar en él —resopla Isabella.

—Kalinsky es la rata que tienes en el departamento. Estoy casi segura de ello —insisto.

—No puedo acusar a una compañera sin motivo. Ahora mismo tan solo confío en ti, Angie. Con mi carrera, o con mi vida si se diese el caso.

—Odio parecer vulnerable, pero me vas a hacer llorar —trato de disimularlo como que es una broma, pero cada vez es más difícil esconder mis sentimientos cuando estoy a su lado.

—Debo reconocer que tus locas teorías sobre la detective Kalinsky empiezan a parecer cada vez más reales. Lo que no consigo ver es la conexión entre ella y Roman Knox.

—¿Locas teorías? Déjame hackear su ordenador. Será pan comido y no se va a enterar. Luego ya veremos si mis teorías son locas o no —me quejo, llevándome una mano al corazón como si estuviese indignada.

Izzy cierra los ojos y sacude la cabeza divertida. A continuación, cuela una mano por debajo de mi cinturón para atraerme hacia ella y besarme. Y juro que el mero roce de sus labios consigue que, por un momento, se me borren todos los pensamientos sobre asesinos y topos.

—Angie, ahora mismo significas todo para mí. Y cuando digo todo me refiero a mucho más que un interés romántico o de atracción sexual. Eres mi compañera en el caso. Ahora estoy segura de que harías cualquier cosa para protegerme, al igual que yo lo haría por ti. Pero no te puedo dejar que hackees el ordenador de una policía —añade, besando la punta de mi nariz.

Sonrío como una tonta al escuchar sus palabras. Mucho más al escuchar mi nombre de sus labios. Tras la muerte de Eva, ella es la única que empieza a usarlo. Para todos los demás soy Crow, la hacker, la delincuente.

Para ellos, aquella Angie murió hace muchos años en las calles más duras de la ciudad, cuando era apenas una niña. Dejó paso a una criminal. Solo Izzy ve mi verdadero yo, el que hay detrás de los tatuajes y mi actitud arrogante y despreocupada.

—Sabes que no soy una persona muy de fiar, ¿verdad? Quiero decir, tengo un historial un tanto turbio como para que confíes en mí de ese modo —le advierto.

—Mírame, Angie —susurra, colocando dos dedos bajo mi barbilla para levantarla—. Siento cada una de las palabras que te he dicho. Quiero estar contigo, ahora y cuando acabe este caso. Pero solo si tú también lo quieres, si estás convencida de verdad.

Se interrumpe insegura. Muerde el labio inferior antes de continuar hablando y juro que a mí me va a dar un ataque al corazón en cualquier instante.

—Quiero esto —prosigue, cogiendo mi mano y acariciando mis nudillos con el pulgar—. Te quiero a ti.

—Izzy, toda mi vida ha consistido en sobrevivir. Yo no sé lo que es una relación. Estoy rota, rota por completo. Y lo peor de todo es que rompo todo lo que toco, por eso nunca dejo que nadie se acerque demasiado. Me asusta que las cosas acaben muy mal.

—Eso no va a ocurrir.

—Es que tú… tú consigues hacerme creer que merezco más de lo que he tenido hasta

ahora. Que merezco ser feliz. Quizá sea tan solo una ilusión, pero es una ilusión muy bonita —confieso.

—Lo mereces, Angie —asegura con un nuevo beso.

Y esa noche, acurrucada junto a su cuerpo desnudo, me permito soñar con una vida diferente. Una vida en la que no soy Crow, la delincuente, sino Angie Hollander, experta en informática, colaboradora de la policía de Nueva York. Cazadora de monstruos.

Esa noche sueño con una casita a las afueras de la ciudad. Tiene un pequeño jardín y una valla blanca. Un perro corretea frente a nosotras mientras nos reímos, quizá perseguido por uno o dos niños pequeños.

En mi sueño me permito ser feliz. Mañana, cuando despierte, volveré a ser Crow. Rota por dentro, criada en las calles. La que no se atreve a decir “te quiero” por miedo a que todo desaparezca.

Capítulo 25



Isabella

—Mañana podría morir —mascullo, mordiendo el interior de mi labio con tanta fuerza que siento el sabor de mi propia sangre.

Una oleada de pánico me invade en cuanto comienzo a asimilar la realidad de nuestro plan.

—Te has puesto pálida, detective —Crow intenta bromear, pero sus manos tiemblan sobre el teclado.

—Escucha, Isabella —corta Shelly, colocando una mano en mi hombro y apretándolo ligeramente—. Sé que da mucho miedo, pero lo tenemos bajo control, ¿vale?

—Dentro de lo que se puede controlar algo así, que es más bien poco —agrega Crow, poniéndome aún más nerviosa.

Tengo tantas ganas de pillar a ese cabrón de Roman Knox que he aceptado como una idiota, ciegamente, a lo loco. El plan de Crow es arriesgado, puede que hasta estúpido. Descabellado. Una auténtica locura.

Como policía sé que no debo simplemente cruzar los dedos y esperar a que todo salga bien. En cambio, aquí estoy, jugándome la vida.

—Míralo de este modo —su susurro interrumpe mis pensamientos—. Si no acepto yo el trabajo, alguien más lo hará. Y esa vez será mucho más peligroso.

Desde que pillamos a Jeremy Bennett, Shelly ha vigilado el foro de la Dark Web en el que Roman le había contratado. Ayer, un nombre hizo saltar todas las alarmas.

“Isabella Álvarez”.

Alguien había puesto precio a mi vida.

Y según Crow, ofrecen una buena cantidad por ella. Mi muerte está bien remunerada.

Quien esté pagando, suponemos que Roman Knox, quiere asegurarse de que mañana será mi último día entre los vivos. A mí, la idea de que mi vida valga cualquier cantidad de dinero me hace vomitar. De manera literal.

—¡Joder, qué malo parezco! —espeta Crow, enseñándome una foto, modificada con inteligencia artificial, en la que se hace pasar por un asesino a sueldo con amplia experiencia en crímenes violentos.

Shelly y ella han ido un poco más allá de lo que sería legal, creando un perfil de detenciones falsas y enlazándolo con algunos crímenes especialmente sangrientos sin resolver.

A todos los efectos, el personaje creado por Crow es un asesino despiadado y sanguinario. Alguien a quien le puedes pedir los actos más brutales. El hecho de que se haya ofrecido a no cobrar ninguna cantidad hasta cumplir su trabajo y rechace un adelanto, demuestra la seguridad que tiene en sus habilidades.

—Ha aceptado —suspira Shelly, cerrando el puño y haciendo un gesto de celebración, como si mi propia vida no estuviese en juego.

Y es que, de algún modo, verlo por escrito lo hace parecer mucho más real. Mañana, en el funeral de Eva, un sicario, supuestamente contratado por Roman Knox, intentará acabar

con mi vida.

—Me encantará ver en persona cómo te cargas a esa puta —añade el muy cabrón.

—Es la oportunidad que estábamos esperando —asegura Shelly—. Utilizaré mis contactos en otras unidades, será una operación limpia. Solo gente de total confianza, seis o siete personas al máximo, bien entrenadas, saltándonos esta comisaría para evitar cualquier filtración. Bueno, y en general, la cadena de mando al completo. En cuanto aparezca, le pillaremos.

—Total, el jefe Davis jamás aprobaría ese plan —protesto.

—No te preocupes, que no te voy a disparar —bromea Crow—. Estaré a tu lado todo el rato.

—No hay ninguna garantía de que no haya contratado a más de un tirador —les recuerdo, tragando saliva al escuchar mis propias palabras.

***

A la mañana siguiente, de pie frente al espejo, me resulta difícil colocar el traje negro del funeral. Los 12 milímetros del chaleco antibalas nivel IIIA protegerán mi torso de los disparos de un 44 Magnum o de rifles de asalto ligero, en caso de que haya un segundo tirador. Nada protegerá mi cabeza. Ese será el objetivo principal si Roman ha contratado a un buen asesino a sueldo.

Mientras me duchaba hace un rato pensaba en ello. Es irónico. Acudimos al funeral de Eva, a rendir un último respeto a otra víctima inocente de Roman Knox. Y yo puedo convertirme en la siguiente.

—Joder, estás preciosa con ese vestido negro —suspiro al ver a Crow salir del baño, recién duchada, su pelo oscuro aún mojado.

—Ojalá pudiese decirte lo mismo, pero tienes unas ojeras bastante marcadas —bromea.

—Vaya, gracias —me quejo—. Solo te falta decirme que con el chaleco bajo el traje parezco más gorda.

—Quiero decirte algo, por si… —baja la voz, pero se interrumpe a sí misma en una larga pausa.

—¿Por si…?

Deja escapar un larguísimo suspiro, muerde su labio inferior y le cuesta mantenerme la mirada. La mañana no está siendo fácil para ninguna de las dos.

—Por si las cosas se tuercen hoy… necesito que sepas que te… —otra pausa, se pasa una mano por la nuca, nerviosa, luchando por que salgan las palabras.

Ver a Crow así de vulnerable me destroza por dentro.

—No va a pasar nada, Angie. Saldremos de esta y cogeremos a ese cabrón. Dentro de un par de horas todo se habrá acabado y estaremos celebrando —le aseguro, apretando su mano entre las mías, más para calmarme a mí misma que a ella.

—Estar contigo estas últimas semanas ha sido increíble, Izzy. Nunca pensé que podría sentirme así. No con mi pasado —agrega, sacudiendo la cabeza, sus ojos azules humedecidos.

—Joder, no me hagas llorar —suplico, apoyando mi frente sobre la suya.

—Lo que intento decirte es que me… me estoy enamorando de ti, me aterra imaginar un futuro en el que no estemos juntas y que te… joder, Izzy…te… te quiero, ¿vale? —admite con un suspiro y escuchar esas palabras me deja sin respiración, como si alguien se hubiese llevado todo el aire de mis pulmones.

—Ven aquí —murmuro, tirando de su brazo para fundirnos en un beso.

Sus labios entreabiertos son una invitación silenciosa. Cierra los ojos al sentir mi mano acariciando su mejilla, saborea cada segundo. Es un beso tierno, dulce, maravilloso, la promesa de una vida a su lado.

—Joder, si lo llego a saber te lo digo antes —bromea cuando nos separamos.

Antes de que pueda decir otra palabra me aferro a ella con fuerza, como si fuese mi salvavidas, temiendo soltarme. Escondo la cara en su cuello, inhalando su aroma, deseando con todo mi corazón que el tiempo se detenga. Y, en sus brazos, tan solo por un instante, me olvido de que dentro de una hora pasaré por el momento más difícil de toda mi vida.

Capítulo 26



Crow

El aire parece estar cargado cuando llegamos al funeral de Eva. Bajo unas gafas de sol negras, escudriño el cementerio, observando cómo los agentes elegidos por Shelly se entremezclan con la multitud sin llamar la atención.

No deberían estar aquí. Si el jefe Davis se entera de lo que estamos haciendo, nos despellejará vivos. A nosotras y a ellos. Es una jodida locura. Una operación no autorizada, utilizando a una policía como cebo. Pero, al mismo tiempo, es tan descabellada que ni siquiera Roman pensará que es una trampa.

Isabella aprieta mi mano, los nervios a flor de piel. La zona del cementerio alrededor de la tumba de Eva comienza a llenarse de gente y ruego en silencio que Roman no haya contratado a un segundo sicario que les ponga en peligro.

Shelly me avisó antes de salir. Insistió en que debo parecer tranquila, permanecer junto a Izzy, centrarme en el funeral. Me recordó una y otra vez que debo confiar en ellos, evitar a toda costa buscar a Roman con la mirada.

Aun así, la confianza es un lujo para alguien criado en las calles, y mucho más cuando la vida de Isabella pende de un hilo. Joder, nunca me había aterrorizado tanto perder a alguien.

Lucha por disimularlo, pero sé que Izzy está asustada. Aprieto su mano y sonrío, una promesa silenciosa de que todo irá bien, aunque yo misma no me lo crea. La mente de Roman es demasiado retorcida como para esperar que todo salga como has planeado.

Me atraviesa una punzada de dolor al ver el féretro. Un hombre rubio nos observa desde la lejanía, apoyado en un grueso árbol. Cada fibra de mi cuerpo se pone en alerta. Tres golpecitos rápidos sobre un auricular tapado por mi pelo avisan al equipo de Shelly de una posible amenaza. Yo no le quito ojo, observando cualquier movimiento extraño. Dos golpes como respuesta. Falsa alarma. El hombre se va por donde ha venido. Era tan solo un curioso.

En cuanto empieza el servicio, Isabella gira el cuello y me busca con la mirada, sus ojos reflejan temor. Es ella quien se está enfrentando al peligro.

Y, de pronto, tras una gran lápida de color blanco, se asoma un hombre corpulento. Lleva puesta una gorra que cubre su cabeza rapada. Viste chaqueta y corbata en un intento de disimular el tatuaje, pero ahora le reconocería en cualquier circunstancia. Roman Knox.

Mi mano derecha vuela al auricular. Tres golpes en sucesión. Los agentes observan el perímetro. Uno tras otro golpea su micrófono. Una sola vez, indicando que tienen contacto visual con el objetivo.

Respiro hondo. Isabella ni siquiera se ha dado cuenta. En unos minutos neutralizarán a Roman y todo se habrá acabado. Ha mordido el anzuelo. A la señal de Shelly, los agentes convergerán sobre él, antes de que pueda darse cuenta de que es una trampa. Simple, limpio. En cuestión de segundos.

Al menos, ese es el plan, pero los planes tienen una forma extraña de torcerse cuando menos te lo esperas.

La oración del párroco resuena en el silencio del cementerio, acompañada de algunos

sollozos. Observo de reojo la posición de Roman y me atraviesa una punzada de inquietud. No reacciona ante los agentes que le rodean. Alza las manos, las coloca detrás de la nuca, se pone de rodillas.

Resignado, inclinando la cabeza con una fingida solemnidad.

Algo no va bien.

Y entonces ocurre.

El disparo sale de la nada. Se desata el caos. La gente corre en todas las direcciones, otros se tiran al suelo. Unos gritan, algunos rezan escondidos tras las lápidas. A mi lado, el rostro de Isabella pierde el color. Cae de rodillas, como si fuese una muñeca rota. Un segundo disparo y su sangre me salpica la cara al sujetarla.

—Crow —susurra, aterrorizada, sus ojos fijos en mí.

El tirador hace varios disparos más, seguramente perseguido por alguno de los agentes, pero ni siquiera me molesto en mirar si le han capturado. Tampoco compruebo si Roman se ha escapado aprovechando el caos. Solo tengo ojos para ella.

—Por favor, Izzy… tranquila, te pondrás bien —sollozo.

Quiero mantener la calma. No quiero que se asuste más de lo que ya está, pero la sangre comienza a empapar su blusa blanca. Crueles flores rojas brotan de su cuerpo. Cierra los ojos y se queda inerte entre mis brazos.

—¡Mírame, Izzy! ¡Mírame! —chillo.

Es un grito ahogado, desgarrador. De pura desesperación. Agónico.

Capítulo 27



Crow

Todo se hace confuso, borroso. Como si estuviésemos rodeados de una densa neblina. El olor cobrizo de la sangre en mis manos, los gritos, el pánico.

A lo lejos, escucho el ulular de las sirenas. Se van acercando. Antes de que me quiera dar cuenta, los sanitarios se afanan por salvar la vida de Isabella, mientras uno de ellos me sujeta para que les deje trabajar.

Apenas puedo procesar sus palabras. Gritos urgentes, vocablos dispersos.

—Ha perdido mucha sangre.

—Hay que comprobar que la bala no haya perforado la arteria Braquial.

—Transfusión, debemos evitar un shock hipovoémico.

—Cero negativo. Vámonos.

Como si fuese una coreografía bien ensayada, le colocan un collarín y la suben a una camilla. Tropiezo tras ellos, aturdida, incapaz de perder de vista el cuerpo inerte de Izzy.

—No puedes subir a la ambulancia —anuncia uno de los sanitarios.

—Te juro que si no me dejas subir te arranco la puta cabeza —amenazo nerviosa.

—¡Déjala, da igual, tenemos prisa! —intercede un segundo sanitario.

El viaje hasta el hospital es un calvario. Alterno la mirada entre Isabella y el monitor cardiaco, como si los datos que arroja me pudiesen servir de algo. Quizá, lo único que espero es que sus constantes pitidos no dejen de sonar.

—Por favor, tienen que salvarla —suplico, secándome con la mano las lágrimas que corren por mis mejillas.

El sanitario que me dejó subir con ellos se acerca a mí. Coloca una mano en mi hombro y lo aprieta. Sonríe.

—Estará bien. El chaleco ha parado el disparo más peligroso. Alguna costilla rota casi seguro, pero le ha dado en una buena zona. Ha perdido mucha sangre, eso sí. Quizá el otro disparo en el brazo rasgó una arteria, pero la herida está ahora controlada y parece limpia —explica, aunque el tono rojizo que va adquiriendo la venda que le han puesto no me da mucha confianza.

—Siempre y cuando las costillas no se hayan astillado y perforen algún órgano vital —añade el sanitario que no quería dejarme subir a la ambulancia. Juro que le meteré tantos virus en su ordenador que se volverá loco.

Ya en el hospital, todo un enjambre de personal se amontona junto a la ambulancia. Se la llevan detrás de unas frías puertas de metal y desaparece de mi vista.

Tiemblo mientras espero, me atormenta el recuerdo de sus ojos apagándose, llenos de terror. La imagen de sus labios pronunciando mi nombre antes de perder el conocimiento me perseguirá toda la vida.

El reloj marca agonizante el paso del tiempo, perezoso, como si se negase a avanzar. Trato de no imaginarme a Izzy sin vida en una mesa de operaciones.

Por fin, una enfermera grita mi nombre. Corro junto a ella, le suplico que me diga algo, pero, o nada sabe, o el protocolo le impide hablar. Un médico se avecina a nosotras.

—¿Cómo está? Por favor, dígame algo —ruego entre lágrimas.

Esboza una sonrisa cansada y me mira extrañado.

—Tranquila mujer, no le va a pasar nada —susurra y sus palabras son las más bellas que he escuchado jamás.

—Entonces, ¿está bien? —insisto para asegurarme.

—Sorprendentemente bien. Es muy dura. Le hemos suturado la herida del brazo, le quedará una buena cicatriz, pero nada preocupante. No ha dañado ningún nervio y el chaleco ha detenido el impacto del pecho. Estará dolorida durante unos días, pero no hay lesiones internas —explica.

Casi me derrumbo al escucharle y, poco más tarde, me llevan como una zombi, con las piernas temblando, a la habitación donde ya se encuentra Isabella.

—Tu novia ha llegado —indica una enfermera que está junto ella—. ¡Madre mía, qué genio tiene! Quiso pegar a uno de los sanitarios de la ambulancia y nos insultó a todos al bajar, solo porque no la dejamos acompañarte al quirófano.

—Eh, ¿cómo estás? —suspiro, acercándome a ella y haciendo caso omiso a los comentarios de la enfermera, sin duda exagerados, aunque no recuerdo casi nada de lo que ocurrió.

—Me duele todo, pero bien —responde, intentando esbozar una sonrisa.

—Menos mal que el sicario tenía mala puntería —bromeo.

Sonríe y al intentar mover instintivamente el brazo derecho, hace un gesto de dolor.

—No te muevas, descansa. Joder, qué susto me has dado. Pensé que te perdía para siempre —admito, inclinándome para besar su frente.

—¿Les cogieron?

—No lo sé, Izzy. No tengo noticias de Shelly. Aquello era un jodido caos y bastante tenía con sostenerte entre mis brazos —me disculpo.

—¿Sabes? Lo último que vi antes de perder el conocimiento fue tu cara. Es extraño, pero, en ese momento, pensé que si moría sería una imagen bonita, aunque tus ojos estuviesen llenos de lágrimas.

—Seguramente estabas en shock, yo he visto muchos tiroteos en las calles —protesto, haciéndome la dura.

—Llorabas, y me pareció súper tierno.

—Joder, eres gilipollas, Izzy. Pensé que te morías.

—Está bien. Me gusta que puedas echar una lagrimita de vez en cuando. Será nuestro secreto —suspira con un guiño de ojo.

—Era un mar de lágrimas, no una lagrimita —reconozco, poniendo los ojos en blanco—. Cuando vi toda esa sangre… joder, Izzy. Nunca he tenido tanto miedo en toda mi vida. No puedo perderte. Te quiero demasiado.

—¿Lo puedes repetir?

—Te quiero, imbécil.

Justo cuando abre la boca para responder, el timbre de mi teléfono móvil nos interrumpe y se me para el corazón al ver quién hace la llamada.

Shelly.

—¿Cómo está Álvarez? —pregunta a modo de saludo.

—Demasiado simpática, deben ser las drogas que le han puesto por la vía intravenosa. Por favor, dime que habéis cogido a esos cabrones.

—¿No confías en mí? ¡Claro que les tenemos!

Dejo escapar un largo suspiro de alivio y me abrazo a Isabella, que hace una mueca de dolor. Casi puedo imaginarme a Shelly, haciendo gestos de triunfo, puño en alto.

—Dile que quiero ser yo quien lleve el interrogatorio —masculla Izzy.

Shelly ni siquiera la escucha. Empieza a contarme que han conseguido llegar al lugar desde el que operaba Roman, siguiendo los datos de su teléfono móvil.

—Tendrías que verlo. Este sitio está lleno de pruebas. Registros telefónicos, correos encriptados, datos financieros, fotografías. No te lo vas a creer. Nos llevará un tiempo saltarnos todas sus medidas de seguridad, pero le tenemos más que pillado. Se pasará entre rejas el resto de su vida —asegura—. El muy engreído lo documentaba todo. Nunca he visto a una persona tan egocéntrica.

—Tendrá tiempo de sobra para hacer muchas pesas.

—¿Tú cómo estás? —corta de pronto.

—¿Yo? Bien. Eh, un tiroteo de nada no me va a asustar.

—Ya me parecía a mí —bromea, pero incluso sin ver la expresión de su rostro, sé que no la engaño.

Capítulo 28



Crow

—¿Qué se siente al estar al otro lado del espejo, Crow? —bromea Shelly.

Lo cierto es que se me hace raro observar el interrogatorio desde el otro lado del cristal unidireccional. Siempre quise saber lo que había en esta parte. Aquí, todo parece mucho más relajado. Los policías observan mientras toman café, no te gritan como en la sala de interrogatorios.

Izzy es terca como una mula. Con su brazo derecho en cabestrillo para que no lo mueva, se ha empeñado en ser ella quien dirija el interrogatorio. Se lo ha tomado como algo personal y no sé yo si el jefe Davis estará de acuerdo.

Se sienta frente a Roman que, a pesar de enfrentarse a una posible cadena perpetua, mantiene su arrogancia. Incluso esposado y acorralado se sigue creyendo intocable.

—Detective, ¿ha tenido un accidente? —pregunta para provocarla, aunque, por suerte, Izzy no entra al trapo.

—Empecemos por lo sencillo, Roman —comienza Isabella, clavándole la mirada—. Sabemos que pagaste a un hombre llamado Jeremy Bennett para colocar explosivos en el apartamento de Marla Trenton.

—¿Por qué querría hacer algo así? —responde Roman, examinando las uñas mientras finge una aburrida despreocupación. El abogado que se encuentra a su lado le hace un gesto de aprobación.

—El departamento de delitos informáticos ya ha desencriptado una buena parte de tus archivos. Es completamente inútil que lo sigas negando todo. Hay que ser verdaderamente engreído como para mantener las pruebas, por muy encriptadas que estén. Nos llevará un tiempo, pero tendremos acceso a todo. Se acabó. Lo sabes. Las consecuencias serán mucho peores si no cooperas —le advierte Izzy.

Roman Knox mantiene la compostura a duras penas, pero a su abogado le ha cambiado la cara. Desde detrás del espejo se ven muy bien las cosas.

—¿Todo esto ha sido por tu hermano Caleb? —presiona Isabella.

Al escuchar el nombre de su hermano, su expresión cambia por completo.

—Acabó muerto por culpa de esa zorra —gruñe con rabia.

—¿No deberías estar enfadado con los que le mataron? Que yo sepa, Angie estaba en una prisión diferente, a cientos de kilómetros de Caleb.

—¿Angie? —bufa con desprecio—. Esa puta trae la desgracia a todo lo que toca. Supongo que ahora mismo estarás encantada de que te folle por las noches, pero es solo cuestión de tiempo. Atrae los problemas como si fuese un jodido imán. Destrozará tu vida por completo, detective —advierte y a mí se me hiela la sangre al escucharle—. Siempre ha sido así—concluye.

—No le hagas caso —susurra Shelly, cogiéndome por la cintura al ver que sus palabras me han afectado—. Tan solo intenta provocar a Álvarez, eso son tonterías.

Roman dirige su mirada a través del cristal unidireccional, como si pudiese ver más allá, y un escalofrío recorre todo mi cuerpo.

—Caleb perdió la vida por tu culpa, zorra —acusa, dirigiéndose al espejo—.¿Lo sabe ya tu novia, la detective? ¿Le has dicho que te dedicabas a incriminar a otros en secreto? ¿A mandarles a la cárcel?

—Así que todo esto… tres asesinatos, dos intentos de homicidio, contratación de sicarios a través de la Dark Web… ¿todo ha sido para vengarte de Crow? —interrumpe Isabella y no puedo evitar soltar un suspiro de alivio.

Roman simplemente sonríe. No muestra ningún tipo de arrepentimiento. La muerte de esas tres personas significa para él poco más que insectos aplastados bajo sus botas. Es una demostración de su poder, se cree capaz de decidir entre la vida y la muerte. Siempre fue muy raro, pero ahora pienso que se ha vuelto completamente loco.

—Sabes que estás jodido, ¿verdad? —masculla Isabella, inclinándose hacia él.

—Lo sé —admite.

—Bien, háblame del topo dentro de nuestra comisaría. Tengo claro que alguien te pasaba detalles de la investigación. Si nos echas una mano con esto intentaré que no te envíen a la peor prisión de los Estados Unidos.

—Joder, ¿todavía no lo has descubierto, detective? Te creía más lista. ¿Crow tampoco? —su tono se vuelve gélido, para él vuelve a ser una partida de ajedrez en la que piensa que va ganando.

—Dame un nombre —presiona Isabella.

—¿Quién va a ser, detective? ¿Quién odia tanto a Crow como para tomarse tantas molestias? ¿Y por el mismo motivo que yo? —inquiere con chulería.

—Ilumíname.

Se echa hacia atrás en la silla, las manos en la nuca, orgulloso.

—Supongo que los del departamento de delitos informáticos llegarán a ello de igual modo. De hecho, me sorprende que no lo hayan conseguido ya, porque la encriptación de los correos electrónicos con esa zorra es mucho más débil. Nunca me gustó, siempre fue una prepotente, se creía mejor que nosotros. Se lo dije muchas veces a mi hermano, pero no me hizo caso y siguió con ella.

—¿Quieres centrarte? —corta Izzy, visiblemente enfadada.

—Dana Kalinsky —masculla entre dientes.

—¿Kalinksy? ¿Qué tiene que ver Kalinsky con Crow o con tu hermano Caleb?

—Joder, detective, veo que se mantienen muchos secretos dentro de esta comisaría. Ahora que lo pienso, ¿tus compañeros saben que te follas a Crow?

—¡Céntrate!

—Kalinsky salía en secreto con mi hermano. Por supuesto, ella creía estar por encima y nadie debía saberlo. Cuando Caleb fue asesinado en la cárcel, Kalinsky juró venganza. Yo solo añadí un poco de gasolina al fuego y aproveché su odio. Ojalá no lo hubiese hecho, la verdad. La muy inútil tendría que haberme avisado de que lo del funeral era una trampa. ¡Un gambito arriesgado, Crow, aunque brillante! —añade, dirigiéndose a mí a través del cristal unidireccional.

—Joder, ¡qué puta la Kalinsky esa! —murmuro, negando con la cabeza.

En ese instante, Isabella abandona la sala de interrogatorios como una exhalación y entra en la que nos encontramos.

—Que no salga del edificio, pero no hagáis nada. Quiero ser yo quien la detenga —ordena.

—Esto no ha terminado. Lo sabes, ¿verdad, Crow? —amenaza Roman, dirigiéndose a mí

a través del espejo—. Has estado ocho años entre rejas. Sabes que las noticias vuelan, incluso de una cárcel a otra. Estoy seguro de que los Calderón estarán encantados de saber quién fue la persona que les delató —amenaza.

—Estás hablando por hablar —le corta Isabella, que apenas ha tardado unos segundos en volver a la sala de interrogatorios—. No ha sido Crow.

—Puede que no. Reconozco que no tengo pruebas, pero eso da igual. Tampoco tenían ninguna prueba contra mi hermano y perdió la vida igualmente. Tu novia no está segura ni dentro ni fuera de la cárcel y, te repito, solo trae la desgracia a quien tiene cerca. Le persigue la muerte. Es un puto cuervo de mal agüero —insiste, encogiéndose de hombros y mirando fijamente a Izzy.

***

—¡Guau! Eso ha sido… intenso. Ya no me acordaba del miedo que metes en un interrogatorio. Dan ganas de mearse encima —bromeo cuando Isabella entra en nuestra sala.

—Ya se acabó. Tenemos suficientes datos como para que pase el resto de su vida en la cárcel —me asegura, acercándose a mí para besarme ante la sorpresa de varios de sus compañeros—. Ahora, vamos a por Kalinsky—añade con una sonrisa de orgullo.

—Eh, te iba a decir "ya te dije lo de Kalinsky y no me hiciste ni puto caso", pero ese beso hace que te perdone —bromeo mientras la sigo por los pasillos de la comisaría.

Isabella abre de una patada el despacho de Dana Kalinsky, que se levanta de golpe de su silla, con una expresión entre sorpresa y rabia.

—¿Qué coño haces? ¿Te has vuelto loca? —chilla.

—Estás detenida —gruñe Izzy— Tienes derecho a…

—Me sé de memoria los derechos Miranda. ¿Qué significa esta gilipollez?

—Se acabó, Kalinsky. Roman Knox te ha delatado, ha aportado pruebas de vuestras comunicaciones —anuncia con una amplia sonrisa, delatando el especial placer que obtiene con este arresto.

El rostro de la detective Kalinsky pasa por varias tonalidades al escuchar la acusación, desde el blanco inicial hasta un preocupante color rojo. Abre la boca, como si quisiese hablar, pero ningún sonido se escapa de su garganta. Simplemente, permanece con ella abierta, su mandíbula colgando mientras la esposan.

—¿Sabes? Ahora estás muy contenta con tu putita callejera —gruñe con rabia, dirigiéndose a Izzy—. Yo también lo estaba con Caleb. Ojalá vuestra relación acabe de igual modo, con ella muriendo en la cárcel, asesinada en los baños. Desangrándose sin que nadie mueva un dedo para salvarla —agrega, escupiendo al suelo al pasar a mi lado.

***

—Buah, recuérdame que no me enfade contigo. Das un miedo que te cagas —bromeo cuando llegamos a su apartamento.

Isabella cierra los ojos y sonríe, negando con la cabeza.

—Tenía ganas de acabar con todo esto —susurra, dejándose caer sobre el sofá y haciéndome una seña para que me siente junto a ella.

—Lo mismo digo —le aseguro mientras me siento a horcajadas sobre sus piernas.

Por un largo instante, nos quedamos en silencio, pero hay momentos en los que las palabras no son necesarias. Su mirada y el beso que viene a continuación me lo dicen todo. Y el "quédate a mi lado para siempre" que le sigue, me derrite por completo.

—¿Estás llorando? —pregunta, levantando mi barbilla con los dedos.

—Cállate, idiota —suspiro mientras cubro de besos su cuello.

Con la cabeza apoyada en su hombro y nuestros dedos entrelazados, me siento feliz. Levanto la cara con un suspiro, nos miramos a los ojos y le robo un rápido beso, provocando en ella una sonrisa.

Sé que todavía habrá retos. Cabos sueltos de un pasado con demasiadas espinas, pero lucharemos juntas.

Las rosas negras que un día nos unieron dan paso hoy a algo bonito. Un futuro con el que aquella niña que creció en las calles, nunca se atrevió a soñar.

Otros libros de la autora

Tienes los enlaces a todos mis libros actualizados en mi página de Amazon.

Si te ha gustado este libro, seguramente te gustarán también los siguientes: (Y por favor, no te olvides de dejar una reseña en Amazon o en Goodreads. No te lleva tiempo y ayuda a que otras personas puedan encontrar mis libros).

Bajo una estrella fugaz
Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B0CPQY6XMM
Versión en papel https://relinks.me/B0CPTCVNGC



"Las cartas perdidas de Sara Nelson"
Versión Kindle y Kindle Unlimited relinks.me/B0CKL9LJW4
Versión en papel https://relinks.me/B0CKL9LJW4

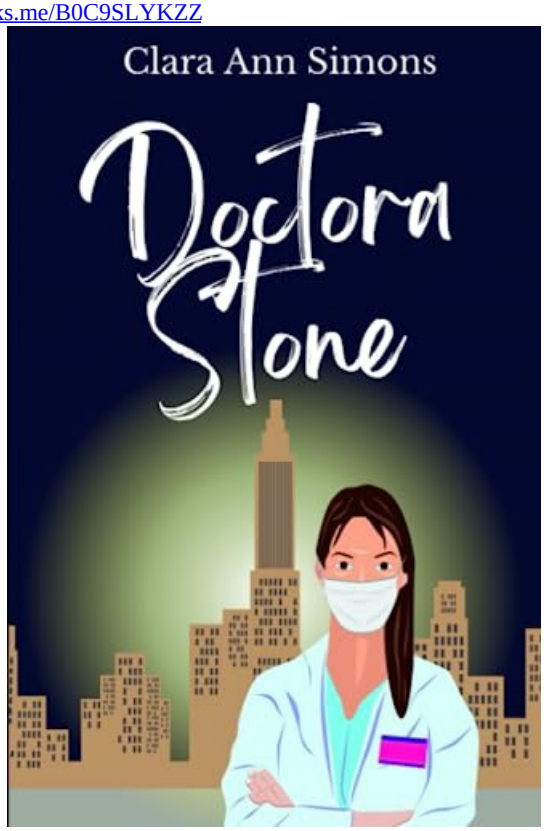


***

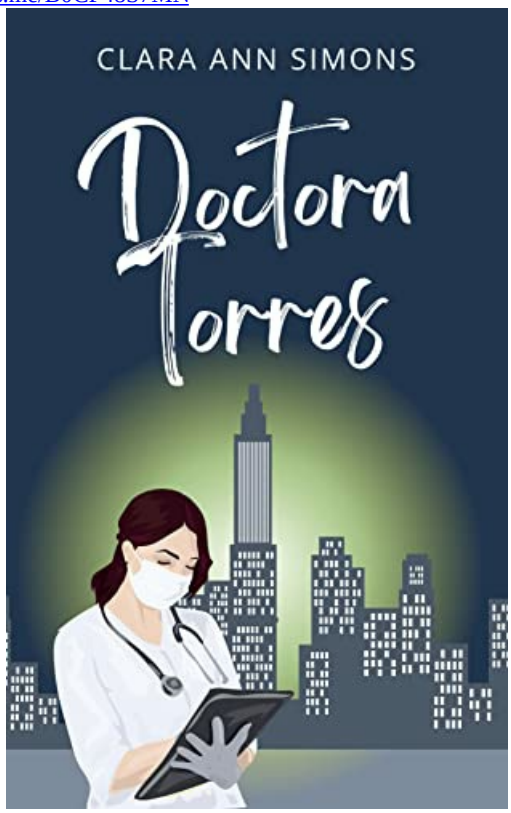
Trilogía Hospital Watson Memorial
Pueden leerse de manera independiente. Comparten algunos de los protagonistas y el hospital con el libro que acabas de leer.

"Doctora Stone"
Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B0C3Y7R7MF

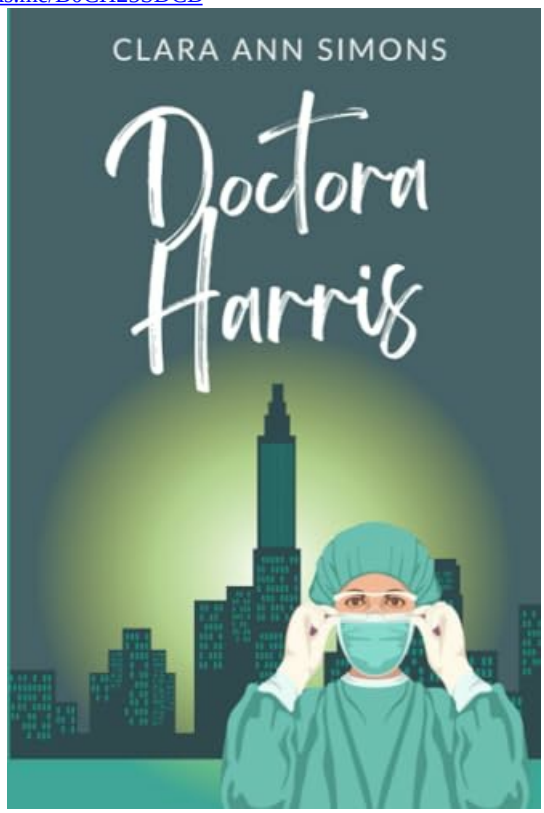
Versión en papel https://relinks.me/B0C9SLYKZZ



“Doctora Torres”
Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B0C3Y7BY1P
Versión en papel: https://relinks.me/B0CF48S7MN



“Doctora Harris”
Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B0C3Y72YY7
Versión en papel https://relinks.me/B0CH25SDCD

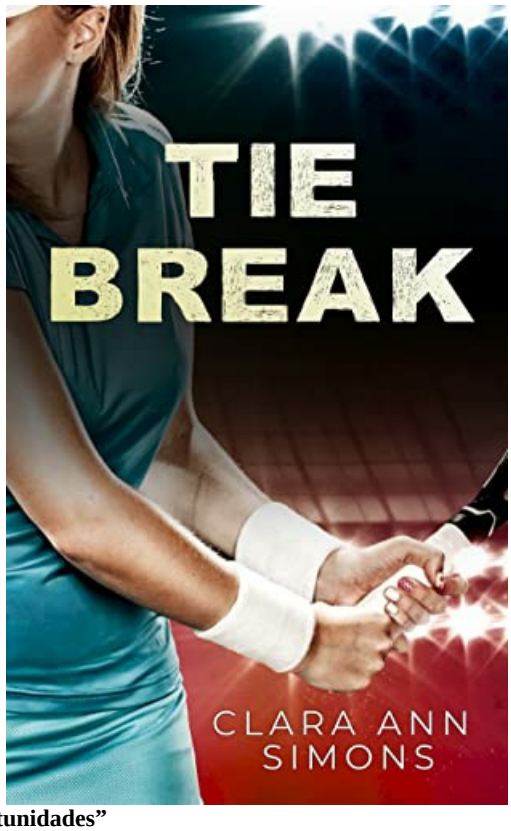


***

“Destinos cruzados”
Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B0C3FB4J4C
Versión en papel https://relinks.me/B0C5PGWF79



“Tie Break”
Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B0BZJJVXFN
Versión en papel https://relinks.me/B0C1RC6C9G



“El café de las segundas oportunidades”
Versión Kindle y Kindle Unlimited relinks.me/B0BV2W25K2
Versión en papel https://relinks.me/B0BW2G3ZR8

